

Ojos que no ven

Vicente Battista



COLECCIÓN CONTINENTES

Ojos que no ven

Vicente Battista

Ojos que no ven



- 1.ª edición en Editorial argentina El Ateneo, 2012
- 2.ª edición en Editorial cubana Arte y Literatura, 2016
- 3.ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2024

Ojos que no ven

© Vicente Battista

CORRECCIÓN

Héctor González

DISEÑO DE PORTADA

Greicy Letelier

DIAGRAMACIÓN

Fabiola Emperatriz Arneaud

© Monte Ávila Editores Latinoamericana C. A., 2024.

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, urbanización El Silencio,
municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.

Teléfono: (58 212) 485.0444

www.monteavilaeditores.gob.ve

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

DEPÓSITO LEGAL: DC2024000949

ISBN: 978-980-01-2429-1

A Tomás, mi nieto

Agradecimientos

*A Gloria, como siempre mi primera lectora, rigurosa
e implacable, y a Salvador Marcelo Gargiulo, de
buen ojo y mejor olfato, por lo que supieron darme
para que esta historia se leyera mejor.*

Vivo en conversación con los difuntos

Y escucho con mis ojos a los muertos

FRANCISCO DE QUEVEDO

1. Ojos bien cerrados

Clava la vista en el monitor. Lo ve tan negro como su ánimo. En el ángulo superior izquierdo el cursor titila indiferente. Sonríe: el conflicto de la página en blanco se ha convertido en el conflicto de la pantalla en negro. Más allá del cambio de soporte, el conflicto sigue siendo el mismo. Por consiguiente, ahora Raúl Benavides debería refregar sus ojos o quizá pasar una y otra vez su mano izquierda por la cabeza, construyendo un gesto que indique frustración y/o parálisis creativa. Sin embargo, tanto su mano izquierda como su mano derecha están posadas en el estómago, y, por momentos, lo acarician suavemente. A primera vista podría pensarse que Benavides está evocando alguna buena comida. Nada de eso. Si observamos con algo más de atención, advertiremos que el gesto de Benavides es de desagrado, no de placer. Habrá que acostumbrarse a no aceptar lo primero que se ve. El negro de la pantalla no le preocupa en absoluto, en este momento solo piensa en su estómago, en el malestar de su estómago, en la acidez que siente ahí, justo en el sitio en el que acaba de posar su mano derecha. Tal vez se soluciona con un poco de sal de frutas. Con la mano izquierda abre el primer cajón del escritorio. Abandona por un

instante la caricia del estómago y con la mano derecha busca en vano. La esperanza de encontrar un sobrecito de Uvasal se diluye de inmediato. Sabe que ahí no está, nunca estuvo, la pócima mágica que ahora podría aliviarlo. Posa otra vez la mano derecha sobre su estómago. Cierra los ojos y lo acaricia dulcemente. Un gesto que nuevamente puede provocar falsas lecturas: las caricias no son dulces y no hay placer en esos ojos cerrados. Esto, por supuesto, lo ignora Damián Di Salvo, que en este momento se dirige hacia la mesa de Benavides.

—Despierta, bella criatura —dice Di Salvo ni bien llega, y apoya una foto sobre la pantalla—. Sesenta líneas —ordena. Benavides abre los ojos y mira por un instante a Di Salvo. Puede ser la mirada de alguien que está molesto porque lo han interrumpido en sus reflexiones o tal vez la mirada de alguien que pregunta por qué pusiste ahí la foto de ese adolescente, del medio cuerpo de ese adolescente, que parece dormir sobre un piso de baldosas. No duerme: un charco de sangre junto a su oreja izquierda despeja cualquier duda.

—Va para tres años —dice Di Salvo— y todavía no se sabe si fue accidente, suicidio o asesinato. Sesenta líneas.

Ahora es el momento en que Benavides debería informarle de su estómago, de la resaca que padece. Le habían dicho que el vodka Absolut no producía efectos secundarios. Suecos mentirosos. Anoche liquidó seis copas al hilo, se tiró a dormir pensando en que mañana sería un hombre nuevo y aquí está, hecho polvo, sin posibilidades de escribir una línea. Esto debería confesar Benavides, pero Di Salvo habla antes.

—Fantaseá un poco —dice—. Inventate cualquier cosa. En el archivo hay material de sobra.

Benavides señala su estómago. Di Salvo niega con movimientos de cabeza.

—Ya tendrás tiempo para comer. Contalo como mejor te parezca, pero dejalo en la ambigüedad —dice y se va.

—Escuchame —grita Benavides.

Di Salvo se detiene y gira la cabeza.

—También habla de la madre, del dolor de la madre. Era hijo único, de padres separados. Familia bien, venida a menos.

El chico parece copiado de un cuadro de Botticelli: de piel exageradamente blanca y pelo enrulado y rubio. La muerte no le ha quitado belleza. Benavides hojea los recortes, después los ordena por fechas. Juan Ignacio Aráoz, 15 años, hijo único de un matrimonio porteño de apellido patricio, encontrado muerto en el patio interior de un Club privado de la capital. Tuvo que haber caído de la azotea, cuatro pisos en picada. Los forenses diagnosticaron que el golpe en la cabeza había sido la causa del deceso. Los socios del Club utilizaban la terraza como solárium, pero la muerte de Juan Ignacio Aráoz se había producido en un día nublado, con permanente amenaza de lluvia. Sin embargo, no hubo razones para suponer algo más que un accidente. Solo unos pocos medios aventuraron la posibilidad del suicidio. Dos meses después del hecho, la madre del chico comenzó a decir que a su hijo lo habían asesinado; decía tener pruebas de que a Nacho lo habían matado. Logró recusar al juez de instrucción; sin embargo, el nuevo juez no modificó la carátula: «Muerte por accidente». La madre del chico insistió con su denuncia. Al principio la invitaron a diversos programas de TV; siempre iba en compañía del doctor Gancedo, un abogado ostentoso. Ambos repetían que tenían pruebas, pero nunca las mostraban. Ahora casi no los invitaban a ningún programa.

Benavides revisa una vez más los recortes y decide que lo único cierto es Juan Ignacio Aráoz despatarrado sobre las baldosas del patio. La foto no admite dudas. Benavides se demora un buen rato en un detalle de la foto: los ojos cerrados del chico. ¿Los habrá cerrado para morir o alguien, piadosamente, se los habrá cerrado después? Tal vez el propio fotógrafo a fin de con-

seguir una imagen más dramática, o más bella. Piensa que las sesenta líneas podrían girar en torno a esos ojos. Devuelve los recortes y solo se queda con la foto.

La ha colocado junto a la pantalla y comienza a escribir. Desde aquella misteriosa muerte hasta hoy han pasado tres años. Ahora Juan Ignacio Aráoz habría cumplido 18, la flor de la vida. Benavides decide que «la flor de la vida» es lugar común y lo borra. Clava su vista en «cumplido 18» y no sabe cómo seguir. Se acaricia una y otra vez el estómago, aunque el ardor ha disminuido. Busca un papel y apunta: «Accidente, asesinato o suicidio». No tenía motivos para matarse. Tacha «suicidio». Quedan «accidente y asesinato». Podría ser un crimen perfecto, lo matan y lo arrojan al patio. Ese es el argumento de la madre, pero, por lo que pudo leer, la señora no parece estar en sus cabales y, para colmo, ha contratado a un abogado famoso por los escándalos que suele provocar. Vuelve a la pantalla y resuelve que el párrafo puede cerrarse en «cumplido 18», así, sin más.

Benavides ha decidido que la muerte de ese chico carece de misterio, fue un accidente, por lo que le resulta natural que haya dejado de ser noticia. Sin embargo, en su nota cruzó algunas sospechas, expuso ciertas ambigüedades, con el solo fin de que aún pudiera despertar cierto interés. El apellido del chico le da nombre a una calle, eso es suficiente para hablar un rato más del pobre Juan Ignacio Aráoz. ¿Había cerrado los ojos o se los habían cerrado? Casi como respondiendo a esa pregunta escribe las líneas que le faltan para completar las sesenta. Pulsa la opción «Contar líneas»: sobran cuatro. Va al principio de la pantalla y comienza a corregir.

Ha quedado mejor de lo que él esperaba. Incluso Di Salvo, escéptico por naturaleza, lo felicita. Benavides le agradece la gentileza. No sabe, aún no puede saberlo, todo lo que va a suceder a partir de esa nota, escrita bajo una fastidiosa acidez de estómago.

2. Buena Vista Social Club

Cómo y por qué ha llegado hasta las puertas de este Club exclusivo es una pregunta que Raúl Benavides prefiere no formular. Pura casualidad o requisitos de la historia. Lo cierto es que una tarde de otoño, Raúl Benavides está frente a la puerta del Club en donde Leandro Ignacio Aráoz encontrara la muerte. La puerta, flanqueada por dos voluminosas columnas, parece más el pórtico de una biblioteca que la entrada de un centro social y deportivo. Aunque denominarlo «social y deportivo» quizá no sea del todo correcto. Dicho así pareciera que estuviéramos hablando de un Club de barrio, de sábados bailables y luces de colores para carnaval. Sería como decir que el Jockey Club de Buenos Aires es una entidad que agrupa a los jinetes del país. Es cierto que el edificio frente a cuya puerta ahora se encuentra Benavides alberga una institución social y deportiva, pero lejos está de parecerse a un centro social y deportivo. De ahí que Benavides vacile antes de decidirse a entrar, pero por fin lo hace. Nadie repara en él. Siente orgullo: puede pasar por un miembro de ese Club. Adopta los gestos de un socio vitalicio que conoce las instalaciones

como la palma de su mano. ¿En qué lugar de la palma estará el patio interior? Camina por diversos corredores que a veces le parecen el mismo. Unas puertas de vidrios empañados le indican que ha llegado a destino.

Le inquietan la soledad y el silencio del patio. «Paz de cementerio», murmura y decide que es una frase poco feliz. Comienza a bordearlo, buscando la improbable mancha de sangre. Intenta recuperar el alboroto de aquella tarde, pero es imposible. Si bien no logra componer el escándalo que tuvo que haber provocado el hallazgo de un chico muerto, compone al chico, tal como lo mostraba la foto. ¿Quién le habrá cerrado los ojos?

—¿Qué busca?

La voz suena solemne, ampliada por un extraño eco. Le sorprende que las cuatro paredes que rodean al patio puedan provocar esa acústica. Mira a su alrededor, y no ve a nadie. No es ni sitio ni hora para pensar en fantasmas. Estos habitan castillos góticos y hacen su ronda minutos antes de la medianoche. Benavides se encuentra en un patio solitario, y son las tres de la tarde.

—¿Qué busca? —repite la voz.

Benavides gira ciento ochenta grados y alza la vista. En una ventana del primer piso ve a un hombre a mitad de camino entre la gordura y la corpulencia, parece estar cerca de los cincuenta años, deportivamente cuidados, cara limpia y fresca, sin rasgos de barba, y pronunciadas entradas en el pelo que muy pronto se convertirán en calvicie.

—Nada —dice Benavides—. Curioso.

—El patio no está habilitado.

Benavides afirma con un ligero movimiento de cabeza y señala las baldosas.

—Fue aquí, ¿no?

—¿Fue qué?

—Lo de ese chico.

—¿Usted es socio?

Por fin la pregunta que había esperado desde el principio.

—No —dice Benavides y baja la cabeza como quien se arrepiente de un pecado.

—¿Qué hace aquí? —pregunta el hombre.

—Curioso —repite Benavides, sin levantar la cabeza.

—Espere, no se vaya —ordena el hombre.

Benavides obedece. Ahora el hombre de la ventana se ha convertido en el hombre de la puerta: ahí está, en la de entrada al patio. Es bastante más alto que Benavides y mucho más corpulento.

—¿Qué busca? —pregunta.

—Soy periodista —dice Benavides—, vengo por lo del chico.

—¿Otra vez con eso? Pasó hace más de cuatro años.

—Tres.

—Bueno, tres.

—Y aún no está resuelto.

—¿Qué es lo que hay que resolver?

—Si fue asesinato, suicidio o accidente —dice Benavides y siente como si estuviera pidiendo una nota de sesenta líneas.

—Fue un accidente —dice el hombre corpulento—, usted es periodista, pero no lee los diarios.

—Los leo. ¿Usted cree que fue un accidente?

—Yo no creo nada. No me pagan para creer.

Por su jogging azul, el hombre corpulento tiene aspecto de ser profesor de algo; no de esgrima, por cierto, tampoco de natación. Benavides está punto de preguntarle, pero el hombre corpulento se adelanta.

—¿Qué busca? —pregunta.

—Ya le dije —dice Benavides—. Escribí una nota acerca de ese chico, acerca de la muerte de ese chico, y vine al lugar de los hechos.

—El lugar de los hechos —sonríe el hombre corpulento.
—Sucedio aquí —dice Benavides.
—No era socio —dice el hombre corpulento, como si esa circunstancia mitigara en algo su muerte.
—Sin embargo, venía a menudo.
—Venía con el colegio. Un par de veces por semana. Usaban las instalaciones.
—¿Usted estaba?
—Siempre estoy.
—¿Cómo fue?
—Insisto en que usted no lee los diarios. Si es periodista lo sabrá mejor que nadie: salió en todos los diarios.
—Sí, sí. Pero para usted, ¿cómo fue para usted?
—Como salió en los diarios.
—La madre del chico dice que lo mataron.
—Pregúnteselo a la madre.
—¿Ella estaba?
Aunque la paciencia del hombre corpulento parece a punto de agotarse, niega con pacíficos movimientos de cabeza.
—¿Por qué dice que fue un crimen? —pregunta Benavides.
—Pregúnteselo a ella.
Raúl Benavides comprende que el diálogo llega a su fin y aún no ha averiguado nada. Ni siquiera quién es ese hombre corpulento. Aventura una última pregunta.
—¿Cómo se llama?
—¿Tampoco sabe eso?
—Usted. ¿Cómo se llama usted? —dice y se dispone a recibir la respuesta o un golpe en la nariz.
—Fagot. Leandro Fagot, y no admito bromas —dice el hombre corpulento.
—¿Y es profesor de qué?
—De nada —dice Leandro Fagot—. Cuido. Soy el intendente. Vivo en el Club.

—Usted me puede ayudar, Fagot —dice Benavides—. Necesito datos para la nota. Cuénteme cómo fue, cómo lo vio usted, ¿qué tiene para decirme?

—Que no se meta en líos, joven —dice Fagot y apoya su mano derecha sobre el hombro izquierdo de Benavides—. No vale la pena meterse en líos.

—¿Usted tiene otra versión? —arriesga Benavides.

Leandro Fagot sonríe, pone su brazo derecho sobre los hombros de Benavides y cariñosamente lo va llevando hasta la salida. Parecen padre e hijo. Un padre vigoroso junto a su hijo enclenque, explicándole las ventajas de practicar deportes. Cuando llegan a la puerta le palmea el hombro.

—Escriba cualquier cosa —dice—. A la gente le gusta que le inventen historias.

3. Las reglas del juego

La nota aparece el jueves 13. No está editada para cubrir un vacío: ocupa dos páginas, con fotos, título y firma destacados. ¿A qué se debe la transformación? Raúl Benavides no acostumbra a formular este tipo de preguntas. Di Salvo suele decir que en periodismo infinitos son los caminos y seguramente ha sido él quien editó la nota, por lo que tal vez ahora pueda contestar la pregunta que Benavides no quiere hacer, pero finalmente hace.

—La orden vino de arriba —dice Di Salvo y con el índice de su mano derecha señala el techo.

—¿Solo por eso?

Ahora es cuando Di Salvo debería decir «infinitos son los caminos»; sin embargo, dice:

—Les habrá gustado el tono, pero tranquilo, no te van a dar el Pulitzer.

Benavides agradece la gentileza y asegura que no le importan los premios.

—Me importa la anónima opinión del lector común —dice.

El lector común, su opinión, no es un tema que inquiete a Benavides. Tampoco le inquieta a Di Salvo, aunque, en rigor de verdad, a Di Salvo no le inquieta ningún tipo de lector.

—Me conmovés —dice—, aunque no sé si me conmueve tu inocencia o tu estupidez, que a veces son sinónimos.

Benavides arma una sonrisa complaciente. No tiene ganas de discutir. Desde hace un buen rato está pensando en Fagot. Pone un ejemplar de *Impacto* en un sobre y le avisa a Di Salvo que volverá en un rato.

—En menos de una hora —dice y se marcha sin esperar respuesta.

En la calle duda: ¿hasta qué punto quiere encontrarse con Fagot? Camina unos pasos y se detiene frente a una vidriera de artefactos para el hogar. No necesita nada de lo que ahí exhiben; sin embargo, para cualquiera que lo viese podría ser alguien interesado por esa tostadora o por aquel secador de pelo. Una falsa presunción. Benavides no está interesado ni en la tostadora ni en el secador de pelo ni en ninguno de los artefactos que exhibe la vidriera, no ve nada de lo que ahí se muestra. Desde hace un buen rato se ha preguntado algo y aún no pudo articular una respuesta. Tal vez por eso ahora camina nuevamente hacia la redacción. No obstante, cuando está a menos de diez metros de la entrada, se detiene y le hace señas a un taxi. Sube, se deja caer, literalmente, sobre el asiento e indica la dirección del Club. Llegan en menos de quince minutos.

En ningún momento del viaje, ni ahora mismo frente al mostrador de informaciones, Benavides contempló la posibilidad de que Leandro Fagot no estuviera. Está. No bien pregunta, la mujer de informaciones asiente con un ligero movimiento de cabeza, levanta el auricular del teléfono y le anuncia a Fagot que alguien lo espera en el hall. Benavides agradece y se dirige hacia uno de los enormes sillones de cue-

ro. No llega a sentarse. Desde el fondo del pasillo ve venir a Fagot. Camina a paso lento. Usa un jogging marrón. Benavides cree recordar que la vez anterior había sido azul. Acaso esa es la única ropa de Fagot: un ropero con joggings y zapatillas de diferentes colores.

—Usted —dice en un tono que va de la sorpresa al fastidio.

Benavides decide que el tono es de sorpresa y le tiende la mano.

—Le traje algo —dice.

Fagot abre el sobre y saca la revista. Ahora no hay ni sorpresa ni fastidio; simplemente indiferencia.

—Página diez —dice Benavides.

Fagot ignora esa indicación. Lentamente, pasa página a página hasta que por fin se detiene en la foto de Juan Ignacio Aráoz. Lee la nota en menos tiempo del que Benavides imaginara. Sin levantar la vista, Fagot dice:

—Está bien, es emotiva.

—¿Quién le cerró los ojos? —pregunta Benavides.

—Los tenía cerrados.

—Entonces no fue un accidente.

—Tenía los ojos cerrados —repite Fagot y le devuelve la revista.

—Es suya —dice Benavides—. Supongo que ante una caída así uno abre los ojos, por la desesperación, digo.

—No sé —dice Fagot—, nunca me caí así.

—¿Cómo fue?

—No tengo idea.

—Está caratulado «Muerte por accidente» —informa Benavides.

—Si usted lo dice.

—Por lo que bien pudo haber sido un asesinato —insiste Benavides.

—¿Le gustan las novelas policiales? —pregunta Fagot.

—No son mi pasión —dice Benavides—. Leí algunas.

—¿Entonces por qué se mete en esto?

—Por curiosidad —dice—. O por afán de justicia.

Lo ha dicho con gesto de periodista de los años 40, película en blanco y negro, clase B.

Leandro Fagot sonrío.

—Usted me cae bien —dice y lo toma de un brazo—.

Venga.

Lo lleva por el largo pasillo, van en silencio. Fagot solo mueve los labios para responder algún que otro saludo de gente que viene en sentido contrario. De pronto Benavides siente miedo. ¿Qué está haciendo con ese hombre en ese Club? Tiene ganas de echarse a correr. Tal vez, para darse fuerza, decide que es ridículo pensar esas cosas.

—¿Hace mucho que trabaja aquí? —pregunta.

—Años —dice Fagot—. Acá estaremos cómodos.

Entran en un cuarto. No es necesario encender la luz. Desde el amplio ventanal el sol alumbra hasta el último rincón. No se puede decir que hay mucho para alumbrar: un armario de madera opaca, una larga banqueta apoyada contra la pared y una mesa ovalada son los únicos muebles. Las paredes están cubiertas por banderines, clavados con chinchas; muchos se ven desteñidos, obra del sol o del tiempo. Polvo y mal olor. Sin duda, el personal de limpieza ignora esa parte del Club.

—Siéntese —dice Fagot y señala la banqueta.

Benavides obedece en silencio. Fagot se apoya en la mesa.

—¿Por qué se mete en esto? —pregunta.

Visto desde la banqueta, Fagot parece más grande. Un crecimiento desmesurado, amenazador. Benavides otra vez siente miedo.

—Ya se lo dije. Por curiosidad —dice e intenta ponerse de pie.

Fagot se lo impide con un simple gesto, después se acaricia las manos, como quien se dispone a decir un discurso. Benavides clava la vista en un banderín que tiene un extraño anagrama.

—¿Solo por curiosidad? —pregunta Fagot.

Benavides, sin dejar de mirar el banderín, afirma moviendo apenas la cabeza. Parece un chico sorprendido en una travesura.

—¿Adónde puedo llamarlo? —pregunta Fagot.

Benavides quita los ojos del banderín y busca una lapicera en su saco.

—A la revista —dice—, a la redacción de la revista. O mejor a casa.

Anota un par de números de teléfonos en un trozo de papel y se lo alcanza.

—No importa la hora —completa—. A cualquier hora.

Fagot mira por un rato la tapa de *Impacto*. A Benavides ese rato le parece larguísimo.

—¿Todo lo que sabe es lo que puso aquí? —pregunta Fagot.

—Es todo lo que sé —dice Benavides—, por eso se me ocurrió...

—Si llego a saber algo le aviso —lo interrumpe Fagot y con un gesto invita a que se pare.

Benavides obedece, quiere irse cuanto antes de esa habitación. Una vez en el pasillo se siente más tranquilo. Ahora caminan hacia el hall de entrada.

—Usted ya sabe por dónde se sale —dice Fagot.

Benavides asiente en silencio y le tiende la mano.

—Espero su llamada —dice.

—Si llego a saber algo —promete Fagot y se marcha.

4. La cena

El departamento, dos ambientes, baño y cocina, sufre el desorden habitual. Mes a mes Raúl Benavides promete llevar a cabo un arreglo completo, pero jamás cumple su promesa. Desde hace un buen rato está sobre la cama, mirando el techo. Se ve tan blanco como su historia. No entiende por qué insiste en buscarle la quinta pata al gato, ¿así es el dicho? Si fuera así, ciertamente sería ridículo: ¿quién en su sano juicio le buscaría una quinta pata al gato? Benavides decide volver a su sano juicio. Se trata de un chico que se ha caído desde la azotea de un edificio de cuatro pisos. Cientos de chicos se caen en todo el mundo. Cierra los ojos. El chico también los tenía cerrados, y ya no los abriría. Se despierta dos horas más tarde. En todo ese tiempo no hubo una sola llamada telefónica. Salta de la cama, dispuesto a llamar a Eugenio.

Eugenio Iglesias es el único amigo que Raúl Benavides tiene en esta ciudad. Sus compañeros de la redacción de *Impacto*, incluido el propio Di Salvo, son solo eso: compañeros. Aunque pueden leerse como sinónimos, hay sutiles diferencias entre amigo y compañero. La amistad supone una rela-

ción íntima y cercana; el compañerismo, no. En la escuela primaria ya se advierte esa diferencia: todos los chicos que están en el aula son compañeros, pero no todos son amigos.

Raúl Benavides cursó sus primeros estudios en un colegio de Lobos, ahí había nacido y ahí vivió hasta 1982. Eugenio Iglesias cursó sus primeros estudios en una escuela de la Capital Federal. Aunque había nacido en Córdoba, se consideraba porteño, ni siquiera conservaba el acento que caracteriza a los cordobeses. Era natural que no lo conservara, sus padres se habían mudado de Huerta Grande al barrio de Almagro cuando Eugenio Iglesias solo tenía tres años. Antes de cumplir los diez, como consecuencia de las bromas que provocaba su apellido y tal vez por un incipiente agnosticismo, prefirió que lo llamaran por su nombre. Decisión que respetaremos a partir de este momento.

Catorce años más tarde, como consecuencia de un hecho fortuito que no vale la pena relatar, Benavides y Eugenio se vieron por primera vez y casi de inmediato se hicieron amigos. No comparten el mismo ideal político; en realidad, a ninguno de los dos les preocupa mayormente la política. Tampoco comparten el mismo oficio: uno es creativo en una agencia de publicidad, el otro redactor en una de esas revistas llamadas «del corazón». Tampoco comparten el mismo Club de fútbol: Benavides casi con indiferencia prefiere a Vélez Sarfield; Eugenio, con mayor pasión, a River Plate. Aquel primer encuentro se produjo cuando Raúl Benavides llevaba solo dos meses viviendo en la Capital. Desde entonces hasta esta mañana en que Benavides salta de la cama con el propósito de llamar a Eugenio han pasado tres años, tiempo suficiente para consolidar una amistad.

Benavides marca el número y espera a que su amigo atienda. Cuando está a punto de perder la paciencia, oye la voz de Eugenio.

—Supuse que eras vos —dice.

—¿Pusiste un identificador de llamada o tenés la bola de cristal?

—Ni lo uno ni lo otro —dice Eugenio—, simple intuición.

—Acerca de eso quería hablarte —dice Benavides.

—¿De la intuición?

—O de algo parecido, pero no es para contarlo por teléfono. Seguramente todavía no comiste.

—Ni pienso comer —se apresura a anunciar Eugenio.

—¿Mal del estómago o ayuno espiritual?

—Mal de estómago y cargado de laburo, una campaña que me tiene podrido.

—No jodas. En una hora y media, dos horas como máximo, liquidamos el asunto. Yo te cuento mi problema y vos me contás el tuyo. Para eso están los amigos.

Ahora se produce un silencio que a Benavides le resulta muy largo. Está a punto de carraspear, pero Eugenio habla antes.

—Sos un manejador —dice—, en media hora en La Huella.

No es un sitio de maravilla, pero suelen tener buena carne. Benavides piensa en un bife de chorizo con papas fritas y dice que sí, que en menos de media hora estará ahí.

La Huella se encuentra a siete cuadras de su casa. Es una noche estrellada, aunque algo fresca. Benavides decide ir caminando, tiene tiempo de sobra. Se arrepiente por no haber llevado un pulóver, pero está a doscientos metros del restaurant y le parece absurdo volver a su casa. Habrá que aguantar el frío. Eugenio aún no llegó. Benavides elige una mesa apartada, pide una botella de Trapiche Cabernet y aunque sabe qué comerá se entretiene leyendo el menú. El mozo llega con el vino y detrás del mozo aparece Eugenio. Carga un pulóver sobre los hombros.

—Fuiste prevenido —dice Benavides y señala el pulóver de Eugenio.

—Anunciaron descenso de temperatura —dice Eugenio mientras se sienta—, pero no me llamaste para hablar del tiempo.

—No —acepta Benavides y señala la carta—, yo me inclino por el bife de chorizo. ¿Dos bifés de chorizos con papas fritas?

Eugenio niega con un gesto de desagrado.

—Te dije que andaba mal del estómago.

—Un bife de chorizo con fritas para mí —ordena Benavides—, y un plato de arroz blanco para el caballero.

Eugenio acepta, resignado. El mozo se va.

—Así estaba yo cuando comenzó todo —dice Benavides.

—¿Cómo? —pregunta Eugenio.

—Con el estómago hecho mierda, así estaba.

—Dejate de hacerte el misterioso —pide Eugenio— y habla de una vez: ¿cuándo empezó qué?

Benavides bebe un trago de vino, coloca la copa de nuevo en su sitio y ni bien advierte que ha captado la atención de su amigo, comienza el relato. Le cuenta lo que de algún modo ya sabemos, que Di Salvo le pidió una nota corta, de relleno, para cubrir un espacio muerto, un aviso que se había levantado, y para compensar ese espacio nada mejor que recurrir a la muerte de un chico, vos sabés cómo es el periodismo, y resulta que él escribió esa nota de relleno que le pidiera Di Salvo, y la escribí de mala manera, porque tenía el estómago hecho mierda, como ahora lo tenés vos, y a pesar de esa mala manera la nota parece que cayó bien. Tal vez porque el chico muerto cargaba un buen apellido, Aráoz, o tal vez porque todavía se discute acerca de esa muerte. Hay quienes dicen que el pendejo se suicidó, no sé si te acordás, y hay quienes dicen que lo mataron. Esto lo dice la madre del chico, por lo que leí; yo no hablé con ella. A la madre la acompaña un abogado mediático. Suelen aparecer por televisión; del padre no tengo idea, creo que están separados.

—Algo me acuerdo —dice Eugenio—, pasó hace unos años.

—Tres —confirma Benavides.

—¿Te parece que me va a hacer bien? —dice Eugenio y revuelve con la cuchara el arroz.

—Seguro. Masticá mucho, lentamente —aconseja Benavides mientras corta un trozo de su bife.

—Cien veces, masticar cien veces —dice Eugenio—, comer sano es aburrido: en lugar de saborear, contar. ¿Me hiciste salir de casa para hablarme de esa nota?

—Por algunos detalles de esa la nota. Huelo algo pesado.

—Como este arroz —dice Eugenio y aparta el plato—. Un chico muerto siempre es pesado.

—No es solo eso —dice Benavides—, hay más.

—¿Qué más?

Benavides lleva un trozo de bife a su boca y lo mastica apenas cinco veces, luego bebe un poco de vino y continúa con el relato. Dice que fue al Club donde sucedió la desgracia, pero ni bien termina de decirlo, modifica desgracia por muerte, y, por fin, le cuenta cómo conoció a Fagot, a Leandro Fagot. Hay que llamarse Fagot.

—Un tipo extraño —completa.

—No quiero romper tu fantasía —dice Eugenio—, pero para mí no tiene nada de extraño.

—Tendrías que conocerlo —dice Benavides.

—Ni pienso —dice Eugenio—. Fue suficiente con que me hayas traído a comer este arroz de mierda. Ni fagot ni viola da gamba ni clavicordio, nada de nada. Es cierto, Fagot es un apellido que se las trae. ¿Qué edad dijiste que tenía?

—No lo dije, pero creo que estará cerca de los cincuenta.

Eugenio inclina el pulgar derecho hacia el piso: César condenando al gladiador.

—¡Qué lástima! —dice—. No me sirve.

Ahora es Benavides quien no entiende.

—No entiendo —dice—, qué tiene que ver la edad de Fagot con Juan Ignacio.

—¿Juan Ignacio? —pregunta Eugenio.

—Aráoz, Juan Ignacio Aráoz se llamaba el chico que apareció muerto. ¿Qué tiene que ver con la edad de Fagot?

Eugenio sonríe.

—Nada, no tiene nada que ver. Para mí ese chico ya fue, pertenece a los rollos en los que te solés meter, rollos que son puramente tuyos. Pensaba en Fagot por la campaña.

—¿La campaña?

—Sí, cuando me llamaste te dije que estaba cargado de trabajo, pero vos no solés prestar atención: estamos diseñando una campaña para una AFJP, necesitamos viejitos cercanos a los setenta años. Tenemos que mostrarlos felices porque acaban de jubilarse y con lo que perciban de la AFJP van a poder realizar ese viaje alrededor del mundo que tanto habían postergado.

—Pero eso es mentira —dice Benavides.

—A mí no me pagan por decir verdades —dice Eugenio—. Eso lo dejo en tus manos, sagaz periodista de una revista comprometida con su tiempo.

Benavides sabe que será una discusión inútil. Le acaban de traer el café y no quiere que se enfríe.

—No —dice—, a Fagot le falta bastante para jubilarse, todavía le queda mucho trecho por andar.

Y eso, tal vez, es lo único verdaderamente cierto de todo lo que se habló esta noche.

5. Miss Simpatía

Benavides llega a la redacción a la hora de siempre y con el ánimo de siempre. Revisa las noticias que podrían convertirse en una nota. Descarta la del presidente Menem en el programa de Mirtha Legrand intentando unos pasos de baile frente a una odalisca que realizaba la danza del vientre y se interesa por la de Moria Casán anunciando que en la próxima temporada reabrirá su Playa Franka, Tierra de Toppless, en las cercanías de Mar del Plata. Con algunas fotos mostrando tetas y un cóctel con comentarios de famosos y gente de la calle podrían cubrirse tres o cuatro páginas. Di Salvo le recuerda que aún falta mucho para el verano y dice que tiene una buena noticia: Santángelo lo había convocado de urgencia. Quería que le hablara del caso Aráoz y que le dijera cuál de todos sus muchachos había escrito esa nota.

«Mis muchachos», así llama Joaquín Santángelo a los periodistas que trabajan en su editorial. Un modo que puede leerse como algo tierno, la calidez de un padre comprensivo hacia todos sus hijos, o como un categórico sentido de propiedad. Depende de quién lo lea. Lo cierto es que Joaquín

Santángelo es el dueño de la editorial. La recibió por herencia, del mismo modo que los auténticos estancieros que él secretamente admira recibieron sus tierras. Los padres de Santángelo supieron tener una modesta imprenta en Nueva Pompeya. Allí comenzaron a imprimir folletos que publicitaban los negocios del barrio; luego se atrevieron con una voluntariosa revista, también barrial. Algunas buenas inversiones hicieron crecer el negocio y lo que fuera una pequeña imprenta se convirtió en una empresa editorial de la que Joaquín Santángelo es amo y señor. Poco antes o poco después de tomar el mando, comenzó a circular el mote de Muñeco. Hay quienes aseguran que se debe a la piel de Santángelo, tersa y desmedidamente blanca. Otros sostienen que se refiere a su cara, inexpresiva y tosca, como la de esos muñecos fabricados en China. José Santángelo no cuestionó su mote, lo adoptó de inmediato. No le desagrada que le digan El Muñeco Santángelo. Ahora el Muñeco recibe a sus súbditos en el interior de un despacho solemne, detrás de un inmenso escritorio de laca. En el ángulo derecho del escritorio descansan tres teléfonos, dos minúsculos celulares y un intercomunicador que enlaza a Santángelo con los jefes de las distintas áreas; en el centro, carpetas y papeles distribuidos con alarmante prolijidad; en el ángulo izquierdo, una lámpara de modernísimo diseño. Todo parece estar dispuesto para la foto. Junto a Santángelo se distingue una PC de última generación. Un cuadro de Le Parc y otro de Berni, ambos auténticos, cuelgan de la pared izquierda. Más que verlos hay que imaginarlos: están envueltos en brumas como consecuencia del sistema de luces, planificadas por algún anarquista de la iluminación. Una enorme foto del primer local, de cuando solo eran prósperos imprenteros, domina la pared opuesta. Conservan ese modesto edificio con la certeza de que algún día va a ser el museo de la Fundación Santángelo.

—No te podés quejar —dice Di Salvo—, escribiste una nota de dos páginas y estás a punto de convertirte en un periodista-estrella. Quiere que hagas una seguidilla de artículos. Andá pensando en cinco o más, todos al borde de la ambigüedad.

Raúl Benavides imagina la foto de su cara, junto a su firma. En *Impacto* muy pocos gozan de ese privilegio.

—¿Con foto? —pregunta.

—Con fotos —pluraliza Di Salvo—, aunque no creo que tengamos muchas.

—Con foto mía —dice Benavides.

—Sí, también con foto tuya. Poné gesto serio, de periodista de investigación, el resto dejalo en manos del fotógrafo.

¿Cuál es el gesto serio, de periodista de investigación? Benavides acaba de componer un gesto que se parece muchísimo al de cierto periodista que suele ver por TV. Di Salvo no conoce ese programa o tal vez no capta el gesto, porque solo señala que en la primera nota será necesario hablar del chico, un perfil de Juan Ignacio Aráoz ofrecido por aquellos que lo conocieron.

—Podemos entrevistar a sus amigos, a sus profesores, a sus padres —dice Benavides.

—Están separados —dice Di Salvo—. El padre, por lo que sé, anda en la onda new age; pero perfil bajo. La madre, todo lo contrario. Es una histérica que utiliza la muerte de su hijo para buscar fama. Eso al menos es lo que comentan las malas lenguas. Por ahora trabajá con material de archivo.

Raúl Benavides cumple la orden al pie de la letra. Abre la nota con una pregunta: ¿se mató o lo mataron? De inmediato confiesa que él no tiene respuesta, pero promete que a partir de ahora comenzará a buscarla y les pide ayuda a los lectores. Tal vez usted cuenta con alguna información que permita dilucidar el enigma. Promete mantener el nombre

del o de los informantes en reserva, y evoca nuevamente a ese chico, muerto cuando recién comenzaba a vivir (un giro que está a punto de quitar, pero Di Salvo insiste con que lo deje), por lo que no basta solo con llorarlo, se hace necesario, imprescindible, descubrir quién o quiénes segaron esa vida, y así continúa, sin desdeñar un solo lugar común. No omite señalar que conoce muy bien las instalaciones del Club en donde se había producido el hecho y cierra con la pregunta de apertura: ¿se mató o lo mataron? En las próximas notas intentaremos revelar este enigma.

Impacto está en los quioscos el jueves 20.

En la mañana del viernes 21, Raúl Benavides recibe la primera llamada. Al principio no le dio importancia, cree que se trata de un chiste de pésimo gusto. Interroga a sus compañeros, uno por uno, y se convence de que dicen la verdad: la llamada fue hecha desde la calle, por alguien ajeno a la revista.

—¿Qué te dijo? —pregunta una vez más Di Salvo.

—¿Te lo tengo que repetir? Cortala, me dijo, cortala con esas notas o sos boleta. ¿Te quedó claro?

—Eso pasaba antes; ahora vivimos en democracia. No te persigas —dice Di Salvo.

—Sí —dice Benavides—, nunca más. Después del juicio llegó la obediencia debida y el punto final. Luego Menem los indultó en nombre de la pacificación nacional. Ellos reconocieron su error y tomaron la buena senda: algunos ingresaron en el Ejército de Salvación, otros en Emaús y hubo quienes eligieron ser voluntarios de la Cruz Roja. ¡No jodas, Di Salvo!

—Insisto con que se trata de un chiste. No está bien hacer un chiste con un chico que murió de mala manera —repite Di Salvo—, pero no deja de ser un chiste.

—O lo mataron.

—Cortala, Raúl, está bien que quieras emocionar a tus lectores, pero no me vendas el buzón. La teoría del asesinato

solo la sostienen la madre y ese abogado delirante con el que aparece por televisión.

—Y los que llamaron por teléfono —dice Benavides—. A Juan Ignacio Aráoz lo asesinaron. Tengo que hablar con la madre.

—No te preocupés, antes de que termine el día te va a llamar —dice Di Salvo.

Y no se equivoca. A la cinco de la tarde Raúl Benavides recibe la llamada de una mujer que dice ser la madre de Juan Ignacio Aráoz. Acuerdan encontrarse en el Petit Colón una hora después.

El Petit Colón está recién reciclado. Los mozos usan largos delantales blancos, estilo fines del siglo XIX. El resto del mobiliario también tiene ese espíritu, aunque cuenta con apenas seis meses de antigüedad. Raúl Benavides ocupa una mesa del rincón, pide café y se dispone a esperar. No puede leer en los bares, tampoco escribir y menos aún pensar. Simplemente mira hacia uno y otro lado, envidiando a los que leen, escriben o piensan. Los bares han sido inventados para estar en compañía, y esta buena señora demora su aparición. Todo había tenido el clima de una conquista telefónica. Cada uno se describió. Raúl Benavides dijo que él creía recordarla, que la había visto en algún programa de televisión, y dijo que colocaría el último número de *Impacto* sobre la mesa. Habían convenido a la seis. El flamante reloj con apariencia del siglo XIX que ornamenta una de las paredes marca la seis y veinte. Benavides mira hacia la puerta principal y, como por arte de magia, aparece la madre de Juan Ignacio Aráoz.

Personalmente es más fea de lo que da en televisión o en fotos. Voluminosa de cuerpo, camina con cierta torpeza, como si además de los zapatos le molestara el resto de la ropa. Su cara no coincide con su cuerpo: un rostro afilado y pequeño, similar al de una rata. Sobre todo la boca, estirada hacia

adelante y de labios muy finos. Es de piel cetrina y pelo negro. Benavides se pone de pie antes de que ella llegue a la mesa.

—Raúl Benavides —dice y la invita a sentarse.

—Susana Gonçalves —dice ella, y se sienta.

Los primeros minutos se pierden en las formalidades del caso. Benavides le pregunta qué quiere tomar. Llama al mozo, pide dos cafés, y ahora hace un breve comentario acerca de la costumbre de envejecer a los nuevos bares, ¿se da cuenta? Susana Gonçalves afirma con un ligero movimiento de cabeza y Raúl Benavides comprende que a ella no le interesa hablar de decoración de interiores.

—Está escribiendo acerca del asesinato de mi hijo —dice.

—¿Por qué piensa que fue asesinato? —pregunta Benavides.

—¡No lo pienso, lo sé! —afirma Susana Gonçalves y, en voz más calma, agrega—: Sé quiénes fueron; en su momento lo voy a revelar. Todavía no es tiempo. Por ahora diga que lo mataron. Escriba eso, que lo mataron, ya va a llegar el momento de descubrir la verdad. Va a ser una revelación sensacional.

Parece delirar. Benavides bebe el resto del café.

—Hábleme de su hijo, de Juan Ignacio —pide.

—¿Qué le puedo decir de Nacho? Era la bondad misma. Inteligente, afectuoso, buen alumno. Tenía todo lo que una madre espera de un hijo.

—¿Tenía amigos?

—Por supuesto. ¿Por qué no iba a tener amigos? —dice Susana Gonçalves, indignada.

Una indignación comprensible: incluso para un periodista de *Impacto* esas preguntas rayan en la tontería.

—¿Por qué está tan segura de que lo mataron? —pregunta Benavides.

—Podría decirle que por intuición de madre, pero es más que eso: cuento con pruebas.

—¿Por qué no las muestra?

—Todavía no es tiempo —dice Susana Gonçalves y se pone de pie—. Por ahora escriba que lo mataron. Estamos en contacto.

Se va por entre las mesas. Benavides no hace nada por detenerla. Solo la mira alejarse; después clava la vista en el reloj imitación siglo XIX. En los cafés él no puede pensar. Llama al mozo y paga la cuenta.

6. Hable con ella

«Cosa de locos», piensa Benavides y se larga a caminar. Di Salvo suele decir que andar sin rumbo fijo ayuda a despejar ideas. Un sendero de montaña o una playa solitaria hubieran sido buenos escenarios para pensar cosas importantes y borrar dudas, pero Benavides camina por avenida de Mayo a las cinco de la tarde. Lugar y hora poco propicios para despejar ideas, aunque hay que tener en cuenta que por los senderos de montaña o por las playas solitarias difícilmente se cruzaría con mujeres como las que ahora se está cruzando. Pasa junto a ellas y apenas las mira de soslayo; ellas ni siquiera lo miran. Naturalmente intuitivas, tal vez podrían responder la pregunta que desde hace rato trastorna a Benavides: «¿Por qué carajo me metí en esta historia?». Porque son rollos en los que te gusta meterte. Así le había dicho Eugenio, la otra noche en La Huella, y seguramente tiene razón: la historia en la que se ha metido parece de película, aunque está lejos de serlo. Falta el guion que cada actor debe cumplir y falta el director que ordene el modo de cumplirlo. Solo el cine produce personajes emocionantes, aguerridos e incorruptibles. La sala aplaude

conmovida y el héroe se queda con la chica. Susana Gonçalves no está en condiciones de seducir a nadie. Antes de llegar a la próxima esquina, Benavides decide que no le importa cómo ha muerto ese chico. Sabe que resolver esa muerte difícilmente lo convertirá en un periodista de película.

Hubo una amenaza telefónica, es cierto, pero bien pudo haber sido una broma. El enigma de la muerte de Juan Ignacio Aráoz no justificaba tanto alboroto. Los chistes son frecuentes en *Impacto*, un modo de combatir el aburrimiento. Benavides determina que la llamada ha sido una broma, ahora solo le queda descubrir cuál de sus compañeros habrá disimulado la voz del teléfono. Arriesga algunos nombres posibles, pero ese consuelo le dura poco. Antes de llegar a la quinta cuadra ha resuelto que eso que le han dicho, «cortala o sos boleta», es tan cierto como lo fuera en épocas recientes. Para un taxi y le da la dirección del Club.

Pregunta por Leandro Fagot. Lo llaman por el interfono. Unos minutos después se abre una puerta disimulada en mitad del largo pasillo. Fagot aparece en el marco de esa puerta. Lleva puesto un jogging marrón. Cierra la puerta con cuidado y camina en dirección a Benavides.

—¿Podemos hablar? —pregunta Benavides.

Fagot aprueba con un movimiento de cabeza.

—¿Acá? —pregunta Benavides.

Fagot hace un gesto para que lo siga. Van al cuarto de los banderines. «El sitio de las confesiones», le dirá Raúl Benavides a Eugenio algunos días después.

—Estuve con la madre del chico —le dice ahora a Fagot.

Fagot hace un ademán de desprecio.

—¿Qué le pasa? —pregunta Benavides.

—A mí nada, ¿qué le pasa a usted?

—Estuve con la madre de Juan Ignacio.

—Eso ya me lo dijo.

Raúl Benavides comprende que no tiene muy en claro para qué o por qué está en ese Club, con Fagot.

—Me amenazaron —murmura.

—Le dije que no se metiera en esto.

—Ya estoy metido —dice Benavides, con un gesto heroico ajeno a él—. Solo pensaba hacer unas notas —agrega, con humildad.

—Es historia pasada. No vale la pena insistir, poco importa lo que usted escriba. Juan Ignacio Aráoz no va a resucitar.

Es la primera vez que Fagot llama a Juan Ignacio Aráoz por su nombre y apellido. Hasta ese momento siempre había dicho «ese chico».

—Pero podemos descubrir al culpable de su muerte —dice Benavides.

—¿Culpable? ¿Por qué tiene que haber un culpable? ¿Seguro que a usted no le gustan las novelas policiales?

—Ya le dije que no.

—¿Y las películas?

—Tampoco. ¿Piensa que hay más de un culpable?

—¡Déjese de joder! ¿De dónde saca eso?

—Usted duda de que haya solo un culpable; eso significa que puede haber más de uno.

Leandro Fagot habla pausadamente, con la infinita paciencia de un maestro de yoga.

—No dije que había más de un culpable. Dije que no tenía por qué haber culpables.

—Bien, bien —acepta Benavides—, ¿y entonces por qué me amenazaron por teléfono?

—Qué se yo. ¿Por qué tengo que saberlo?

—Hasta que comencé a escribir acerca de ese chico yo no tenía enemigos —dice Benavides.

—Dichoso de usted —dice Fagot.

—Y ahora me gustaría saber por qué los tengo.

—Usted lo dijo: porque comenzó a escribir acerca de ese chico.

—Entonces no murió por accidente —dice Benavides—. Necesito su ayuda.

—¿Mi ayuda? —pregunta Fagot y parece de verdad sorprendido.

—Hábleme de ese chico. Hábleme de Juan Ignacio Aráoz.

Ahora también Benavides le da nombre y apellido, ¿un modo de romper las defensas de Fagot?

—¿Qué puedo decirle? Buen deportista, algo bochinche-ro, como cualquier pendejo de su edad. Venía con el grupo escolar. El colegio de esos chicos no tiene gimnasio, el Club le prestaba el gimnasio y la pileta, así de simple. Después del accidente se acabó ese convenio, creo que buscaron otras instalaciones. ¿Por qué no habla con la profesora?

—¿Tenía una profesora? ¿De natación o de gimnasia?

—De literatura. Más de una vez lo vino a buscar después de las prácticas.

Benavides imagina un romance imposible.

—¿Cómo la encuentro? —pregunta.

—Grimaldi —dice Fagot—. Sé que se llama Paula Grimaldi. Búsquela en la guía o pregunte en el colegio. No es tan difícil.

Otra mujer entra en escena. Benavides sospecha que será tan desagradable como Susana Gonçalves. Las profesoras, sobre todo las de literatura, suelen acumular años y aburrimiento. También suelen ser muy charlatanas. Se propuso encontrarla.

7. La fortaleza escondida

—Se llama Paula Grimaldi y es todo lo que sé —dice Benavides mientras deja caer una pizca de azúcar en su taza de café. Es el quinto que ha bebido y aún faltan diez minutos para llegar al mediodía.

—Sos un periodista de investigación, investigala —aconseja Eugenio.

Benavides pasa por alto la ironía.

—En eso ando —dice en un tono que pretende ser grave—. Voy a seguir adelante aunque me hayan amenazado.

—¿Hubo otras llamadas? —pregunta Eugenio.

—No, pero una es suficiente. A Cabezas se lo cargaron por una foto.

Están en la esquina de Hipólito Irigoyen y Entre Ríos, en el bar Libertad. Eugenio lo citó allí porque en la escalinata del Congreso se va a realizar una producción fotográfica para la campaña de la AFJP: deben mostrar a un grupo de jubilados felices por haber abandonado el régimen estatal. Una llovizna que poco tiene de fina y mucho de molesta les frustró la producción: no es fácil mostrar felicidad en un día nublado.

—No compares, por favor —dice Eugenio y señala hacia la plaza—. Ahí tenés material para una nota.

—No comparo —dice Benavides y mira hacia donde Eugenio señalara—. No creo que a Santángelo le interese la carpa de los docentes.

—En cuanto la visiten un par de famosos manda fotografías y ya te veo a vos haciendo la nota —dice Eugenio y enciende un cigarrillo.

—La Grimaldi era una de las profesoras de Aráoz —recuerda Benavides.

—Buscala en la carpa —dice Eugenio—, tal vez está ahí.

Benavides sonrío, como si esa fuese una posibilidad a tener en cuenta: entrar a la carpa y preguntar por Paula Grimaldi.

—No —dice—, no es necesario. Tengo que verla esta tarde.

A las seis en punto Benavides está en la puerta de un edificio de departamentos, frente al Botánico. Acaba de apretar el timbre del segundo piso A y ahora repite su nombre, la boca casi pegada al portero eléctrico. Una voz femenina pregunta si está abierto. Benavides empuja la puerta con su cuerpo y dice que sí, que está abierto.

Camina por el pasillo en busca del ascensor. Las paredes se ven sucias y un desagradable olor a grasa recalentada invade el ambiente. Mira el reloj, hay gente que prefiere cocinar temprano. Se oye el llanto de un chico, puertas que se golpean y una mujer que grita: «me tenés podrida, ya vas a ver cuando llegue tu padre». Vida de hogar, piensa Benavides, y entra en el ascensor. Llega al segundo piso y toca el timbre del departamento A.

Paula Grimaldi abre la puerta de inmediato, lo invita a pasar y señala uno de los sillones del living. Ella se ubica en el sillón de enfrente. El departamento desentona con el resto del edificio. Está ordenado con excesiva prolijidad: a simple vista no se distingue una sola mancha. También la profesora es diametralmente opuesta a lo que Benavides había imagi-

nado. Casi un metro setenta de altura, de cuerpo delgado pero con buenas formas. Tiene el pelo muy negro, lacio y largo, y una cara agradable en la que destacan los ojos, excesivamente oscuros, y los labios, tal vez demasiados finos. Es una mujer atractiva, que aún no ha llegado a los treinta años.

—¿Cómo me encontró? —pregunta.

—Por la guía —dice Benavides.

—Arduo trabajo, abundan los Grimaldi.

—Sabía que vivía por el Botánico, me lo dijeron en la escuela.

Parece quedar satisfecha con esa explicación, por lo que no se hace preciso confesarle que fue un trabajo duro; que después de mucho insistir, la rectora del colegio había concedido decirle que la profesora Grimaldi vivía por la zona del Jardín Botánico, pero no hubo modo de sacarle dirección o teléfono. «Tenemos prohibido dar datos de nuestros docentes», había afirmado con imperturbable acento administrativo. Raúl Benavides llamó a cuanto Grimaldi vivía por el Botánico; cuando estaba por reconocer su derrota, una agradable voz femenina dijo que sí, que ella era la profesora Grimaldi, que para qué la buscaba. Benavides le habló de Juan Ignacio Aráoz y de una serie de notas que pensaba hacer en torno a ese chico, que, por lo que sé, fue alumno suyo. Paula Grimaldi había confirmado con un corto gruñido y Benavides creyó conveniente no decirle para qué revista serían las notas. Grimaldi tuvo la gentileza de no preguntárselo y él tendría oportunidad de mostrarle la revista una vez que se encontraran personalmente.

—Se trata de *Impacto* —dice ahora Benavides y le entrega un ejemplar.

—La conozco, aunque nunca la leí —dice Paula Grimaldi—. No suelo leer revistas que cuentan chismes y muestran casas de ricos y famosos.

Benavides se siente ligeramente ofendido.

—En ese número está la segunda nota que escribí acerca de Juan Ignacio —dice.

La profesora, con gesto docente, hojea *Impacto*. Se detiene frente a una amplia foto de Aráoz, con un título catástrofe.

—¿Esta? —pregunta.

—Sí, ahí no hay ni chismes ni escándalos.

—El título tiende a lo escandaloso —dice Paula Grimaldi sin dejar de mirar la foto.

—No soy yo quien elige los títulos —aclara Benavides y comprende que será inútil discutir acerca de los modos del periodismo. Decide ir al grano—: Cuénteme de Juan Ignacio. ¿Cómo era?

—Inteligente. Un chico inteligente.

—Qué cosas hacía, dónde y por qué las hacía...

Descubre que está enunciando las preguntas básicas del periodismo y se calla. La profesora Grimaldi desconoce esas preguntas, porque sin inmutarse repite:

—Era un chico muy inteligente.

—Pero murió de una forma estúpida.

Paula Grimaldi lo mira de mala manera. Juega con un anillo de su mano derecha. Puede ser un gesto natural, inconsciente, o puede ser una manera de hacer tiempo, un modo de prepararse para decirle a Benavides que no tienen más que hablar, que se vaya de allí. Benavides se prepara para lo peor: ir a esa casa fue una pérdida de tiempo.

—Hay quienes aseguran que lo mataron —dice Grimaldi y Benavides recupera la esperanza.

—Eso solo lo dice la madre. ¿Usted qué piensa?

—Nunca me cayó bien.

—Recién dijo que era un chico inteligente.

—No estoy hablando de Juan Ignacio. Estoy hablando de la madre —dice Grimaldi y se pone de pie—. Es la hora del té. Vuelvo en un minuto.

Benavides queda solo en el living. Lo recorre con la vista. Todo se encuentra armoniosamente ubicado, demasiado armoniosamente. La mano femenina, piensa y se siente muy hombre al recordar su departamento. Hasta ahora apenas sabe dos cosas: que la profesora vive sola (el anillo con el que un rato antes había jugado no era de compromiso) y que Juan Ignacio Aráoz era un chico muy inteligente. No se puede decir que esta visita esté arrojando una cosecha fructífera.

Paula Grimaldi aparece en la puerta de la cocina. Sostiene una bandeja. Sobre la bandeja hay dos tazas, una tetera humeante y una generosa porción de torta. Benavides se dispone a ponerse de pie, con el propósito de ayudarla. Paula dice que no es necesario y apoya la bandeja sobre una mesa ratona. Sirve una taza, le pregunta si azúcar o sacarina y se dispone a cortar la torta. Comerla puede ser un problema para Benavides. Imagina que desparramará miguitas: un caos en el santuario de la prolijidad. Con un gentil movimiento de manos rechaza el plato que ahora le ofrece la profesora.

—¿Por qué no le cae bien la madre de Juan Ignacio? —pregunta Benavides.

Paula Grimaldi bebe un sorbo de té. Antes de llevárselo a la boca, dice:

—No sé, cuestión de piel. Estoy segura de que no lo quería. Él al menos no la quería.

—¿No la quería? —pregunta Benavides, sorprendido—. ¿Cómo sabe que no la quería?

—Por cosas que contaba. No puede decirse que estuviera orgulloso de su madre. Es una mujer muy elemental. Yo hablé con ella un par de veces, por cuestiones del colegio, y desde el primer momento me pareció vanidosa. Se jactaba de que su apellido era de noble stirpe portuguesa y pavadas por el estilo. ¿Benavides también es portugués?

—Sí, aunque no de noble estirpe —dice Benavides—. ¿Y el padre? Aráoz suena a apellido patricio.

—Creo que era un buen hombre. Estaban separados. Juan Ignacio casi no hablaba del padre.

—¿Por qué dice que era un chico inteligente?

—Fui su profesora, estaba entre los primeros del curso, nueve era su promedio habitual. Por lo que sé, mantenía ese promedio en las otras materias.

Benavides piensa en un atormentado romance entre la profesora y el alumno, pero corrige de inmediato: decide que Juan Ignacio bien podría haber sido el hijo que ella no había podido tener. Paula Grimaldi no llega a los treinta años, está en condiciones de tener pilas de hijos. Sonríe por las pavadas que está pensando.

—¿Por qué sonríe? —pregunta Paula Grimaldi.

—Por nada —dice Benavides—. ¿Puedo poner que era un chico brillante?

—Y diferente —completa Paula Grimaldi—. Un día me preguntó por Mishima. A la edad en que los chicos leen *La isla del tesoro* o las aventuras de Tarzán, él había leído *Confesiones de una máscara*. Igual que Mishima se preocupaba muchísimo por su cuerpo. Lo cuidaba hasta el delirio. Hacía gimnasia y dietas para que no le sobrara un gramo.

—Y se suicidó, como Mishima —dice Benavides.

—Por favor, nada de eso. Admiraba a Mishima pero jamás pasó por su cabeza la idea del suicidio. Juan Ignacio se cayó de la terraza —dice Paula Grimaldi, hace una larga pausa y agrega—: o lo tiraron.

—En eso piensa igual que la madre.

—Sí, pero por distintos motivos.

—¿Por distintos motivos?

—Es largo de explicar.

—Tengo tiempo —dice Benavides.

—Hay que ver si yo tengo ganas.

Raúl Benavides está lejos de ser un seductor y Paula Grimaldi más lejos aún de ser seducida, pero la profesora de literatura parece tener más información de la que el curioso periodista había imaginado. Benavides ensaya una sonrisa que pretende ser seductora y pregunta:

—¿Qué debo hacer para que tenga ganas?

—Saber esperar —dice Paula Grimaldi y señala una pila de hojas agrupadas sobre la mesa—, me esperan los exámenes, debo corregirlos.

Benavides está a punto de decirle que puede ayudarla, pero solo dice que no tiene inconveniente en esperarla, ahí mismo.

—Otro día —propone Paula Grimaldi.

Raúl Benavides comprende que no vale la pena insistir. Asegura que la llamará.

—No te prometo nada —dice Paula Grimaldi.

Lo tuteó. A Benavides le parece un buen indicio.

—Te voy a llamar —repite.

—No te prometo nada —insiste Paula Grimaldi—, pero podés llamarme cuando quieras.

Otra vez en la calle, Benavides piensa que esa mujer guarda más de un secreto.

—¿Qué mujer no los guarda? —dirá Eugenio al día siguiente, cuando Benavides le hable de su encuentro con Paula.

8. El club de los suicidas

En el contestador telefónico hay un solo mensaje. Benavides aprieta el botón y se dispone a oír una nueva amenaza. No bien escucha las primeras palabras, desaparece el temor. Es la voz de una mujer. Se presenta como la productora de Susana Giménez, deja su nombre y su número de teléfono y le pide que, por favor, se comuniqué con ella cuanto antes. Benavides piensa que se trata de una broma, pero el número de teléfono parece real. Escucha el mensaje un par de veces más y decide que es real. Las notas con Juan Ignacio Aráoz comienzan a dar frutos. Marca el número de la productora, pero cuelga de inmediato: llamar con tanta rapidez revelaría ansiedad y un hábil periodista, como él pretende ser, no debe demostrar ansiedad. Un hábil periodista debe cuidar todos los detalles, controlar lo que dice y hace. Ahora está solo, nadie lo escucha, nadie lo ve, por lo que puede permitirse ciertas debilidades; por ejemplo: dar rienda suelta a su alegría. ¡Rienda suelta! Un hábil periodista debe evitar los lugares comunes. Pero en este momento poco le importan a Benavides los lugares comunes, está contento y nada hace por disimularlo: las

oscuras amenazas parecen ser cosas del pasado. El presente es una invitación al programa de TV con más audiencia. Evita dar saltitos de júbilo, como sucede en las películas cómicas, pero entiende que debe celebrarlo. Llama a La Posta del Tafi y pide que le envíen media docena de empanadas de carne cortada a cuchillo. Destapa una botella de vino. No acaba de beber la primera copa cuando oye el timbre del portero eléctrico. Baja, ahí está el chico con un paquete en la mano, paga y le deja una generosa propina. Otra vez en su departamento, se sirve más vino y enciende el televisor. Busca con el control remoto y se detiene ante una película que parece ser de suspenso. Mira la hora: hace menos de diez minutos que empezó. No se molesta en poner las empanadas en un plato. Lleva la bandeja de cartón hasta la mesa ratona que tiene frente al televisor, se quita los zapatos y bebe un largo trago. La película no es lo que él esperaba, tampoco las empanadas: apenas come tres. Antes de llegar al último bocado descubre que bebió el mismo número de copas de vino. Le agrada ese equilibrio, aunque no entiende por qué le agrada. Apaga el televisor y permanece un buen rato en el sillón, con los ojos cerrados. Por fin se pone de pie. Vida de hogar, murmura camino a la cama. Tarda diez minutos en dormirse.

Benavides duerme con las cortinas levantadas. Le gusta que la luz del nuevo día se filtre por la ventana y que un rayo de sol, que imagina exclusivo para él, aparezca de pronto sobre la cama: es su momento bucólico antes de entrar en la ducha. Esta mañana, sin embargo, poco tiene de bucólica: amanece nublado, con amenaza de lluvia. Benavides murmura algo que ni él termina de entender; con los pies busca las chinelas, que tendrían que estar ahí cerca, se las calza y con paso lento se dirige hacia el cuarto de baño. El agua tibia lo termina de despertar. Ahora cubre su cuerpo con una bata de toalla y se dispone a cumplir con la siguiente estación: cruza el living, rumbo a la cocina. Por el camino recoge

la copa sucia y las tres empanadas que continúan impertérritas sobre la bandeja de cartón. Piensa qué hacer con ellas, tal vez recalentarlas para la noche. Decide que su destino es el tacho de basura y ahí las tira. Prepara café y encuentra dos rodajas de pan lactal que se pueden tostar. Se alegra de que en la heladera aún haya leche y manteca. No se puede decir que sea un desayuno pantagruélico, pero a Benavides le basta. Poco después, el plato, la taza, la cuchara y el cuchillo acompañan a la copa, que ya estaba en la pileta. Mira el reloj, aún es temprano. Le sobra tiempo para fregar todo. Acomoda la vajilla húmeda en el escurridor que está junto a la pileta y regresa al cuarto de baño. Es el momento de lavar los dientes y afeitarse. Quince minutos después, cuelga la bata de toalla y desnudo va en busca de la ropa que usará ese día. Suele pensar que alguien desde el edificio de enfrente lo ve. En el mejor de los casos, imagina que es una mujer quien lo mira, con la ayuda de un eficaz prismático. Incluso piensa que más de una vez pudo haberse encontrado con esa mujer, en la calle o en el supermercado. Piensa que ella lo habrá reconocido, pero, por supuesto, no se atrevió a confesarle que suele verlo desnudo; no es correcto que una mujer haga ese tipo de confesiones. Benavides, ya vestido, gira su vista hacia el edificio de enfrente: todas las ventanas están cerradas. Recuerda que tiene que comunicarse con la productora de Susana Giménez. Va a discar su número, pero nuevamente desiste: antes hablará con Di Salvo. Aunque aún es temprano para ir a la redacción, hacia allí va.

Benavides saluda a la recepcionista. Se llama María Marta, pero prefiere que la llamen Mumi. Es una mujer esbelta, de piernas largas y definitivas, de pelo hasta casi la cintura, de ojos claros y sonrisa ladina. Ni bien la conoció, Benavides estuvo a punto de invitarla a salir. Di Salvo le aconsejó que se quitara esa idea de la cabeza. No le gustan los hombres, dijo. Benavides creyó que se trataba de una broma, pero no, era rigurosamente cierto.

A esta hora de la mañana la redacción de *Impacto* es un desierto. Todo parece estar limpio y en orden, solo se ven un par de computadoras encendidas. Los pocos que madrugaron parecen respetar el silencio. En una mesa de la izquierda tres jóvenes hablan en voz baja. Benavides reconoce a dos de ellos, el tercero no sabe quién es. Tal vez le puedan decir por dónde anda Di Salvo.

—En la pecera —dice uno de los jóvenes—, seguro que ahí lo encontrarás.

La primera vez que escuchó la palabra pecera, Benavides se preguntó por qué nombrarían de ese modo al despacho privado del personal jerárquico. Muy pronto comprendió que era el mote que mejor le cabía. En esos pequeños cubículos de ventanas transparentes, se ve a quienes están en su interior pero no se oye lo que dicen, tal como sucede con las verdaderas peceras. Di Salvo estará en la suya, y ahí lo encuentra Benavides. Golpea dos veces el vidrio de la puerta y entra. Di Salvo deja de mirar la pantalla de su computadora y gira la cabeza, sorprendido.

—¿Qué hacés a esta hora? —dice, de mala gana.

Es necesario advertir que el malestar de Di Salvo no se debe a la repentina aparición de Benavides. Cualquiera que hubiese llegado así, de improviso, habría provocado idéntico mal humor. A Di Salvo le molesta que lo sorprendan frente a la pantalla escribiendo un poema. Se trata de un acto íntimo, que no quiere compartir con nadie. Incluso, nadie tendrá posibilidad de leerlo, porque cuando por fin, luego de numerosas correcciones, considera que su poema está listo, lleva el cursor hasta el ángulo superior izquierdo de la pantalla y acciona una tecla. «¿Borrar el resto de la página?», pregunta la computadora y, binaria al fin, da dos posibilidades: «No (Sí)». En todos los casos Di Salvo elige Sí. Experimenta un curioso placer cada vez que pulsa la tecla S. Numerosos escritores han gozado quemando su propia

obra. Di Salvo prefiere enviar sus versos a algún oscuro rincón del disco rígido, sabe que ahí quedarán hasta que otras palabras los devoren sin remedio.

Benavides ensaya distintas maneras de justificar su presencia a esa hora y en esa pecera. Interrumpió la soledad del creador y sabe que Di Salvo no lo perdonará fácilmente. Pero ha sido Di Salvo quien le preguntó qué hacés a esta hora, por lo que Benavides decide ser directo, categórico.

—Quieren que vaya al programa de Susana Giménez —dice.

La decisión fue acertada, porque Di Salvo se aparta de la computadora y repite, en tono de pregunta:

—¿Al programa de Susana Giménez?

—Lo que oíste, quieren que vaya al programa.

—¿Quién quiere?

—No tengo idea. Encontré el mensaje en el contestador telefónico. Era la productora, creo.

Di Salvo sonríe, compasivo o irónico.

—El precio de la fama —dice—. *Impacto* comparada con *Hola Susana, te estamos llamando* sería algo así como *National Geographic*.

—Ganó un Martín Fierro como mejor programa de animación, de conducción femenina —informa Benavides.

—Veo que te documentaste —dice Di Salvo.

—Cuando ganó el Martín Fierro yo tuve que hacer la nota, vos la editaste y aquella vez dijiste que el programa tenía lo suyo.

—No creas todo lo que digo —dice Di Salvo y gira la vista hacia la pantalla.

Benavides está a punto de irse, pero Di Salvo habla otra vez.

—¿Qué nuevos datos tenés de ese chico? —pregunta.

—Estuve tomando el té con su profesora de literatura —dice Benavides—. Es una punta para tener en cuenta.

—Olvidate de la literatura —dice Di Salvo—. El Muñeco Santángelo es ajeno a esa disciplina. Corín Tellado le resulta una autora hermética.

—No es mi culpa que no sea profesora de matemática o de geografía. Sabe ciertas cosas de Juan Ignacio, más de las que me contó.

—¿Qué te contó?

—Parece que era un devoto de Mishima.

—¡No jodas! —dice Di Salvo, gira su cuerpo hacia la computadora, aprieta dos veces una misma tecla y luego mira a Benavides— ¡Por favor, no jodas!

—Escuchame, en serio que es una buena punta. A partir del modo en que se mató el japonés y del modo en que murió Juan Ignacio se podría tejer una linda historia. Uno y otro se pusieron en el borde.

—¿Sabés cuántos se tiraron por la ventana en este último año? —dice Di Salvo—. Te aseguro que ninguno de ellos era lector de Mishima.

—¿Por qué saltaron?

—Estaban locos o borrachos o drogados —dice Di Salvo—. Qué sé yo, no tengo las estadísticas.

—Drogados —repite Benavides y en ese instante cree resolver el enigma— ¿Cómo puede ser que hasta ahora nadie lo haya visto?

—Dicen que no había nadie, que cuando se tiró no había nadie.

—Hablo de otra cosa —dice Benavides— ¿Cómo nadie vio que la droga estaba detrás de esa muerte? El chico no se cayó, lo tiraron. Sabía algo y había que silenciarlo.

—Pará, pará, no delires —pide Di Salvo—. Me parece mejor la variante Mishima. Yo me ocupo de explicarle al Muñeco quién fue Mishima, va a gustarle por lo que tuvo de espectacular, y porque queda bien que la revista tenga su toque culto.

—Te digo que la pista hay que buscarla por el lado de la droga —insiste Benavides—. En la nota del próximo jueves deslizaré lo de las amenazas.

—Dejate de joder con las amenazas. Andá con Mishima. En el archivo tiene que haber buenas fotos. En el cuerpo de nota contás cómo Juan Ignacio se enloqueció con el japonés, y hacés un recuadro con la profesora, que revele cosas del chico.

—No le interesa nuestra revista.

—En cuanto le digas que la ponés en una nota, con foto incluida, va a modificar sus sentimientos —asegura Di Salvo y otra vez gira su cuerpo hacia la computadora.

—Voy al archivo —dice Benavides—, pero este jueves va lo de las amenazas.

Di Salvo se alza de hombros. Benavides entiende que es un gesto de aprobación.

9. Nace una estrella

Le habían pedido que estuviera en el Estudio Cinco una hora antes de la emisión del programa. Vamos en vivo, dijeron. Raúl Benavides elige qué ropa va a usar para su debut ante las cámaras. Opta por un pantalón vaquero, saco sport azul y camisa blanca, sin corbata. El espejo del ascensor le devuelve la imagen de un periodista de investigación, con cierto toque bohemio, informal y desalineado. Benavides aprueba con una sonrisa.

Llega una hora antes, tal como le pidieran. La productora le agradece su presencia y lo acompaña hasta la sala de maquillaje. La maquilladora está hablando con otra mujer, tal vez la señora de la limpieza, y no deja de hablar mientras pone crema sobre la cara de Benavides. Con dos pequeños golpes sobre el hombro derecho le indica que ya está. Benavides sonrío agradecido y pregunta cómo llega hasta el Estudio Cinco. «No se puede perder», dice la maquilladora y le indica por dónde debe ir. Benavides piensa que se perderá sin remedio, pero justo en ese momento aparece la productora.

En el Estudio Cinco le presentan a los otros invitados: una mentalista que un mes antes había estado con Sai Baba, un hombre anciano que se proclama creador de un aparatito que mide con exactitud los pulsos telefónicos y un músico capaz de interpretar baladas con la única ayuda de dos lápices y una cajita de fósforos de madera.

—Por aquí, por aquí —pide la productora.

Raúl Benavides cede el paso a la mentalista y entra en el set junto al inventor y al músico. En la otra punta distinguen a Susana Giménez, ella parece no verlos. La productora indica en qué sitio deben sentarse. Ni bien lo hacen, el encargado de sonido se ocupa de incorporarle un pequeño micrófono a cada uno. Controla que funcionen y con una mínima seña indica al director de piso que todo está en orden.

Ahora Susana Giménez se encuentra en el centro del set. Aguarda, rígida, que acabe la tanda de avisos. Ni bien se enciende la luz verde de las cámaras, deja la rigidez de lado, arma una sonrisa contagiosa, fija su atención en una hoja de papel que sostiene con su mano derecha y lee quiénes serán los invitados de esta noche. Benavides oye que la diva lo anuncia como Raúl Rodríguez. Siente el impulso de levantarse para corregir el error, pero no es necesario, ella misma corrige, dice que es torpe, como si la torpeza fuera una virtud, que cuando dijo Rodríguez quiso decir Benavides. Una de las cámaras toma la sonrisa complaciente de Benavides mientras que Susana Giménez continúa con su lista de invitados; se supone que esta vez sin equivocarse porque no realiza ninguna corrección. Ahora se dirige a la mentalista y le pide que hable del Sai Baba, vos que tuviste la dicha de conocerlo. Por algo más de cinco minutos la mujer se refiere a las virtudes santas de ese hombre santo. Susana Giménez aprueba con devotos movimientos de cabeza, gira hacia otra cámara y dice: «Sai Baba hace milagros, y lo mismo se pue-

de decir de este mágico músico capaz de lograr sonidos con dos lápices y una cajita de fósforos. Es hora de demostrar su arte, maestro». El mágico músico sonrío a cámara y obedece el pedido de la diva. Raúl Benavides, los invitados al programa y los millones de espectadores que lo ven en todo el país, oyen dos baladas de Oklahoma y un carnavalito argentino. Benavides piensa que luego de ese intermedio musical, será su turno. No se equivoca.

—El misterio de esa dulce criatura que apareció muerta en el patio de un Club privado sigue sin resolverse —dice Susana Giménez.

En pantalla aparece el cuerpo de Juan Ignacio Aráoz sobre las baldosas del patio del Club. Es la primera vez que Benavides ve esa foto.

—En diversas oportunidades —continúa la diva— la valiente madre del chico muerto estuvo en nuestro programa. Susana Gonçalves, se llama como yo, ¿vieron? Ahora que lo veo, las mismas iniciales, S.G., ¡lo que son las cosas! Susana Gonçalves no vaciló en avisar que su hijo había sido asesinado. El doctor Gancedo, un abogado prestigioso, lo hemos visto en otras causas, la asistió desde aquellos primeros días. Ahora, a esa cruzada en busca de la verdad se une un joven periodista de una de las revistas más prestigiosas de este momento. *Impacto* es la revista y Raúl Benavides es quien con seriedad profesional está investigando este complejo asunto.

A Benavides no le resulta simpático integrar una cruzada junto a Susana Gonçalves y el doctor Gancedo, pero igual sonrío: la cámara lo está tomando.

—¿Qué nuevos elementos se agregan a la causa? —pregunta la diva y sin esperar respuesta, agrega—: ¿Ya podemos decir que se trató de un crimen?

Benavides demora un instante su respuesta, como si estuviera buscando las palabras adecuadas.

—En casos como este —dice— nada se puede determinar con certeza. Es una muerte misteriosa, sin duda, pero tal vez es apresurado asegurar que se trata de un crimen.

A Susana Giménez parece defraudarla esa respuesta, pero sin perder énfasis dice:

—Sin embargo, los lectores de *Impacto*, aquellos que leemos tus brillantes notas, pensamos lo contrario. Algo extraño sucedía en ese Club privado, ¿qué podés decirnos de eso?

Esta vez Benavides evita el gesto de meditar la respuesta.

—¿Qué puedo decir? —pregunta—. Misterioso, como cualquier Club privado. No conozco a fondo ni a sus socios ni a su comisión directiva, pero tengo entendido que es toda gente de bien.

—Gente de bien que te amenaza por teléfono. Sabemos que fuiste amenazado.

Ese comentario sorprende a Raúl Benavides. Más allá de la redacción de *Impacto*, nadie sabe que lo han amenazado.

—Es un riesgo que corre todo periodista —dice.

—¿Pero hubo o no amenazas? —insiste la diva.

—Las hubo —reconoce Benavides—, pero nunca les di importancia.

—¡Qué terrible! ¿Acaso hay alguien que no quiere que se investigue la muerte del chico?

—O hay gente que hace bromas de mal gusto —dice Benavides.

—¿Pensás que solo fue una broma de mal gusto?

Es el momento indicado para crear intriga.

—Prefiero creer eso —dice Benavides—, aunque a veces tengo dudas. En torno a la muerte de Juan Ignacio Aráoz hay numerosos puntos oscuros. Por mi parte, cuento con algunas pruebas y con ciertos testimonios que pueden brindar más de una sorpresa.

—¿Podés adelantar alguna de esas pruebas o hablar de esos testimonios? —pregunta Susana Giménez y parece de verdad interesada.

—Algo de eso revelo en *Impacto* de hoy —anuncia Benavides—, está en todos los quioscos.

El director de piso hace una señal de corte.

—Habrá que comprar *Impacto* —indica Susana Giménez, gira su cuerpo hacia el hombre anciano y sin cambiar el tono de voz, dice—: Las facturas del teléfono son un problema nacional, siempre tienen pulsos superiores a los que nosotros creemos haber consumido. ¿Es cierto que ahora será posible controlarlos?

El creador del dispositivo que controla las llamadas asegura que sí y de inmediato comienza a explicar de qué manera funciona su invento. La productora por señas le pide a Benavides que no abandone su sitio. Unos minutos después, ni bien han quedado demostradas las virtudes del aparato controlador de llamadas, la cámara hace un plano general de los tres invitados, luego va a Susana Giménez, mientras la productora les avisa que ya se pueden poner de pie. Raúl Benavides se pregunta si debe o no saludar a la diva. La respuesta la da ella misma: se retira sin saludar a nadie.

Benavides encuentra un taxi en la puerta del canal. Media hora después llega a su casa, en el espejo del ascensor descubre que no se quitó el maquillaje. Hay un mensaje en su contestador, es de Eugenio. Lo felicita por el programa y dice que definitivamente estás rumbo a la fama. Benavides cree advertir cierto tono de burla, pero ahora no puede preguntárselo, porque Eugenio le pide que no lo llame, que en unos minutos lo visitará una señora con la que piensa estar hasta la mañana siguiente, hablamos al mediodía. ¿Sus compañeros de *Impacto* habrán visto el programa? Esa respuesta también la tendrá mañana.

Mumi lo vio. Ni bien sale del ascensor, Benavides recibe su aprobación. «Estuviste muy bien», asegura y repite: «realmente muy bien». Benavides agradece la gentileza y piensa que Mumi tal vez no es como dicen, él tendrá que comprobarlo, pero algún próximo día porque ahora entra en la redacción y de inmediato lo rodean sus compañeros. Algunos le critican el modo en que elaboró las respuestas, otros, por el contrario, elogian la manera precisa con que abordó el tema. A Benavides le interesa la opinión de Di Salvo. Lo encuentra en su pecera, a punto de encender la pipa. Después de dejar escapar dos o tres bocanadas de humo, Di Salvo dice:

—Podrías haber estado peor. ¿Qué es eso de que tenés pruebas? ¿Hablaste con la profesora de literatura?

—Es lo que iba a hacer —dice Benavides.

El grupo se deshace, cada cual se encamina hacia su computadora. Benavides está de pie, frente al teléfono. Marca el número de Paula. Piensa que es una llamada inútil: a esa hora seguro se encuentra en el colegio. Desea con todas sus fuerzas que esté en el colegio. Pero Paula está en casa, porque acaba de atender la llamada.

—Soy yo —anuncia Benavides.

—Anoche te vi —dice Paula.

Lo dijo en un tono neutro, casi cordial. Así al menos le parece a Benavides.

—Me alegro que te haya gustado —dice.

—No dije que me haya gustado.

El tono definitivamente no es cordial. Benavides, desorientado, analiza qué pieza le conviene mover, pero Paula se adelanta.

—No soporto ese tipo de programas —dice.

—Lo sé, lo sé. Tampoco yo los soporto —dice Benavides y con acento grave, pontifica—: si queremos llegar a la verdad no hay desechar ningún camino.

—¿Y vos querés llegar a la verdad?

—Sí, por supuesto. La próxima nota estará centrada en Juan Ignacio como estudiante, sus lecturas de Mishima y de los clásicos. Se me ocurre hacerte un reportaje para que me hables de él como alumno.

—Nunca te dije que Juan Ignacio leyera a los clásicos y ni loca voy a someterme a un reportaje para esa revista.

—No seas prejuiciosa. El reportaje va a ir con una foto tuya, a media página —propone Benavides y pregunta—: ¿Por casualidad, no tendrás una foto con Juan Ignacio? Eso sería fabuloso.

Ha jugado todas las cartas. Según Di Salvo, no hay quien se niegue a una oferta semejante: del anonimato a las páginas de *Impacto*. Benavides oye una risa. Paula se está riendo.

—¿Cómo podés ser tan ridículo? —dice— No tengo fotos con Juan Ignacio, y si las tuviera jamás te las daría. Y olvidate del reportaje.

Benavides piensa decir algo, pero Paula Grimaldi acaba de cortar. Benavides también corta y mira hacia la pecera. Di Salvo no siempre tiene razón.

10. Negocios sucios

Más allá de la opinión de Paula Grimaldi, los diez minutos en el programa de Susana Giménez rinden sus frutos. Un par de emisoras de radio de la capital, una de Córdoba e incluso una de Montevideo, han llamado a Raúl Benavides para preguntarle por el chico que encontraron muerto en el patio de ese Club. «Un enigma aún sin resolver», «Preguntas que todavía no tienen respuestas», «Muchos interrogantes y ninguna solución», son las frases que utiliza para cada ocasión y en todos los casos promete revelar nuevos misterios en futuras notas de Impacto.

Ahora está escribiendo la que saldrá en el próximo número. Ha pensado un título: «La oscura muerte de Juan Ignacio Araújo». En la nota asegura que su propósito es conseguir algo de luz ante tanta oscuridad. Dice que no tiene por qué poner en tela de juicio al Club donde encontraron muerto al chico, y menos aún dudar de sus socios: gente de bien, respetable. Sin embargo, anticipa, circulan ciertos rumores de que allí, a puertas cerradas, habrían pasado cosas raras. ¿Qué cosas?, se pregunta y de inmediato responde que eso se sabrá en las

próximas entregas, apenas lleguen a sus manos algunas fotos que le prometieron y que podrían darles valor a esos rumores. Luego habla de la admiración que Juan Ignacio sentía por Mishima. ¿Siguió los pasos del gran escritor japonés?, pregunta, y aunque deja abierta la posibilidad de un suicidio, mantiene latente la hipótesis del asesinato. Prefiere no mencionar las nuevas amenazas (Di Salvo le dijo que no es conveniente, por ahora), y vuelve a Mishima, al modo en que se mató, por lo que describe con lujo de detalles el rito del harakiri, habla de los samuráis y del escalofriante sentido del honor que estos profesaban. Sabe que los lectores de *Impacto* nada saben de samuráis y menos aún de Mishima, pero eso poco le importa.

Impacto supera la venta de la semana anterior.

—Un genuino periodista estrella —dice Di Salvo.

Benavides agradece con una sonrisa, se dispone a decir algo acorde con esa sonrisa, pero suena el timbre del teléfono. Atiende Di Salvo.

—Es para vos —dice.

Toma el auricular que le alcanza Di Salvo y se lo lleva a la oreja. “Benavides”, dice. Ese modo de atender lo ha copiado de una vieja película norteamericana. Lo que oye del otro lado de la línea también parece de película.

—¡Cortala de una vez, guachito! —escucha.

Experimenta una sensación extraña, a mitad de camino entre la sorpresa y el miedo. Definitivamente, es miedo.

—¿Quién habla? —pregunta.

El monótono anuncio de la comunicación cortada es la única respuesta. Cuelga y corre hasta el mostrador de recepción. Mumi hojea una revista, ajena a todo.

—¿Quién era? —pregunta Benavides.

—¿Quién era quién? —dice Mumi, sin quitar los ojos de la revista.

—El que llamó recién —dice Benavides.

Mumi deja la revista de lado.

—No sé —asegura—, preguntaron por vos y pasé la llamada a Di Salvo, pensé que estabas ahí.

—¿Quién preguntó por mí?

—Te digo que no sé —dice Mumi y de inmediato agrega—: Esperá, espera, aquí entra otra llamada.

—Pasámela a lo de Di Salvo —ordena Benavides y va corriendo hacia allí; con un gesto le pide silencio y levanta el auricular.

—¿El señor Benavides? —pregunta una voz chillona.

Cree reconocer esa voz.

—Sí —dice.

—Soy Susana Gonçalves. Tendríamos que hablar.

—¿Usted llamó antes? —pregunta Benavides, aunque sabe que es una pregunta ridícula.

Susana Gonçalves dice que no y en un tono de voz que a Benavides le resulta sospechoso quiere saber por qué hace esa pregunta.

—Por nada —dice Benavides—. La escucho.

—Prefiero que sea personalmente —dice Susana Gonçalves y con un modo que no admite réplica, agrega—: Mañana, a la seis de la tarde, en el Petit Colón, allí donde nos vimos la última vez.

Benavides acepta la invitación, cuelga y se queda un rato mirando el teléfono.

—¿Qué pasó? ¿Por qué saliste corriendo? —pregunta Di Salvo.

—Otra amenaza —dice Benavides—, me volvieron a amenazar.

Di Salvo ríe.

—Y te vas a encontrar con tu amenazador mañana a la seis de la tarde.

—No, esta era la madre de Juan Ignacio. La tengo que ver mañana.

—Insisto —dice Di Salvo, sin dejar de reír—, sos un periodista estrella.

Esta vez ella lo está esperando a él, pero no está sola. La acompaña un hombre de aproximadamente sesenta años y piel amarillenta. Tiene abundante pelo, cargado de brillantina y rabiosamente teñido de negro. Usa un traje marrón claro con grandes cuadros marrón oscuros, una camisa celeste y corbata de diferentes colores. Un pañuelo rosa asoma del bolsillo superior del saco. Benavides no puede verle los zapatos, pero se le ocurre que serán amarillo patito o blancos.

—El doctor Gancedo —presenta Susana Gonçalves—. Es mi abogado, el que atiende la causa.

Por fin lo conoce. Benavides le extiende la mano, arma una sonrisa cortés y se sienta a la mesa.

—Pensé que sería mejor que estuviese él —dice Susana Gonçalves.

Benavides aprueba con otra sonrisa, sin saber qué es lo que aprueba.

—La escucho —dice.

—Se trata del último artículo y de su participación en el programa de Susana, yo estuve hace uno o dos años. No me parece correcto que hable de mi hijo en programas de TV.

—Me invitaron —dice Benavides.

—Aunque lo inviten —señala Susana Gonçalves.

A Raúl Benavides se le ocurre que esa mujer no está dispuesta a ceder un centímetro del espacio exclusivo ganado en los últimos tres años. Aunque le parece una ocurrencia absurda, está a punto de preguntárselo, pero solo dice:

—¿Para esto quería hablar conmigo?

—No, solo fue un comentario —dice Susana Gonçalves—. Sé que se encontró con la Grimaldi, quiero saber qué le contó esa señora.

En su artículo, Benavides no había mencionado a Paula Grimaldi.

—¿Quién le dio ese dato absurdo? —pregunta.

—No olvide que soy mayor que usted, jovencito.

Susana Gonçalves lo dice como si ese fuera un argumento definitivo. A Benavides le parece definitivo, porque dice:

—El doctor le podrá explicar que no estoy obligado a revelar las fuentes.

—Mire, jovencito —comienza a decir Gancedo, pero Susana Gonçalves no le permite continuar.

—Me importa poco lo que pueda decirme el doctor. Usted estuvo con esa bruja, ¿de dónde saca si no esa ridícula historia del suicidio? A mi hijo lo mataron.

—Es una posibilidad.

—También dijo tener pruebas, ¿qué pruebas tiene? —pregunta Susana Gonçalves.

—El doctor le podrá explicar que no tengo por qué revelar esos datos —insiste Benavides.

Antes de que Gancedo abra la boca, Susana Gonçalves escupe su réplica. Raúl Benavides seca algunas gotas de saliva que caen en su cara.

—Si cuenta con pruebas tiene la obligación de darlas a conocer —exige Susana Gonçalves.

—Usted asegura saber el nombre de los asesinos y sin embargo no los ha hecho público —dice Benavides.

—¡Lo mío es distinto! —grita Susana Gonçalves.

Benavides se siente mirado por los que ocupan las mesas cercanas.

—Calma, señora Susana, calma —interviene Gancedo y, como por arte de magia, la mujer cierra su boca.

—No sé si lo que tengo son realmente pruebas —reconoce Benavides.

—¿Qué tiene? —pregunta Gancedo.

—Perdóñenme, pero no puedo adelantar más —dice Benavides, a media voz.

Susana Gonçalves está a punto de estallar otra vez. Gancedo le palmea las manos suavemente.

—Por favor, señora Susana —dice—. Esto le hace mucho mal, piense en su salud. Estoy seguro de que el joven nos contará todo lo que sabe.

Raúl Benavides asiente con un movimiento de cabeza.

—Sí —dice—, pero no ahora. No en este momento.

En realidad, Benavides no tiene absolutamente nada para contar, carece de la mínima prueba y es muy difícil que consiga alguna. Sin embargo, ahora más que nunca está convencido de que a Juan Ignacio Aráoz lo mataron y de que Susana Gonçalves oculta algo. Solo falta descubrir qué oculta, cuál ha sido el móvil de esa muerte y quiénes son los culpables; es decir: todo.

11. Al filo del peligro

El cartel anuncia «Comida casera», pero eso en El Impasible no es garantía de nada. Habría que preguntarle al cocinero qué entiende por «casera», incluso qué entiende por «comida». Sin embargo y a pesar de esas preguntas, Di Salvo prefiere «Los Platos del Día» de El Impasible antes que las hamburguesas de McDonald's propuestas por Benavides. Una vez más se ha impuesto el criterio de Di Salvo, porque ahí están los dos, cada cual con un enigmático plato de lentejas a medio comer. Benavides habla de su encuentro con Susana Gonçalves.

—Es inaguantable —dice.

—No le des más bola —aconseja Di Salvo, sin quitar los ojos del plato.

—Es que asegura tener el nombre de los que mataron a su hijo.

—Creo que delira —dice Di Salvo, levanta algo con el tenedor y pregunta—: ¿Será chorizo colorado?

—Tiene esa pinta —dice Benavides.

—¿De delirante?

—No, de chorizo colorado —dice Benavides—. Vamos a tener que ir a otro sitio, aquí cada vez se come peor.

—Tiene cierto misterio —dice Di Salvo.

—¿La Gonçalves?

—No, la comida, por eso me gusta —dice Di Salvo—. En cuanto a la Gonçalves, no tiene ningún misterio. Se está haciendo famosa gracias a la muerte de su hijo. Era una anónima ama de casa y de golpe saltó a la fama. Madre mediática: diarios y revistas, radio y televisión. Se apunta en todas. El otro día encabezó una marcha contra no sé qué cosa.

—Y en cualquier momento va a pregonar la pena de muerte —dice Benavides—. Nada de lo que haga esa mujer me sorprende, pero en algo coincido con ella: yo también creo que a Juan Ignacio lo mataron.

Di Salvo enciende la pipa, después mira a Benavides por sobre el marco de los anteojos.

—¿Tan rápido te convenció? —dice y se pone de pie.

—Esperá, esperá —casi grita Benavides—. Esa tipa sabe más de lo que dice. ¿Cómo supo que los datos de su hijo me los había dado la Grimaldi?

Di Salvo se vuelve a sentar.

—No hay que ser Sherlock Holmes —dice—: era su profesora. La abnegada mamá sabía que su querido hijo le contaba todo a la profesora.

—Estoy seguro de que la Gonçalves sabe más cosas de la Grimaldi, por eso la odia con toda el alma.

Di Salvo se vuelve a parar.

—Tal vez, pero tené en cuenta que para odiar a alguien no es necesario conocer su vida íntima. Yo odio a una pila de tipos y ni siquiera sé dónde viven.

Ahora Benavides y Di Salvo caminan hacia la salida. El mozo les pregunta qué tal las lentejas. Di Salvo une la punta del pulgar con la punta del índice y alza la mano hacia el mozo.

—Excelente —dice.

Una vez en la calle, discuten acerca del título de la nota que en un rato tendrá que cerrar Benavides. Han llegado al borde de la vereda. Benavides se adelanta para cruzar y en ese momento siente que una mano lo aferra fuertemente del brazo y lo echa hacia atrás.

—¡Qué hacés, loco! —grita Di Salvo, sin soltarle el brazo— ¿No lo viste?

—No vi ¿qué? —pregunta Benavides.

—El coche. El coche que estuvo a punto de hacerte moco —dice Di Salvo y señala un auto, cincuenta metros más adelante, que cruza la esquina sin respetar la luz roja.

Benavides siente un desagradable peso en el estómago. Se toca la frente y descubre que está sudando.

—Tengo miedo —dice.

—¿Miedo? —pregunta Di Salvo— ¿Miedo de qué?

—Me quieren matar —dice Benavides y se acaricia el estómago.

—No exageres —dice Di Salvo—. Las lentejas de El Imposible te pueden provocar una descompostura, pero matarte jamás.

—No jodas, Di Salvo. Hablo del coche que se me tiró encima.

—Cortala, en Buenos Aires ser peatón es un peligro constante. Podrías escribir una nota con eso. «La Epopeya del Peatón», podría llamarse.

—No jodas, hablo en serio.

—Está bien, el título no es muy feliz, pensá alguno. En doble página señalás el riesgo que significa andar por las calles de Buenos Aires; podemos reforzarla con un cuadro de estadísticas y la ilustramos con algunas fotos catástrofe de los últimos accidentes. La voy a proponer.

Benavides deja de caminar y se apoya contra un árbol.

—Me amenazaron otra vez —dice y anticipándose a la pregunta, completa—: Por teléfono, llamaron por teléfono. Y ahora ese coche.

—¿Era la misma voz? —pregunta Di Salvo.

—Qué sé yo, no alcancé a darme cuenta; como recién, con el coche.

—Terminala con el coche —dice Di Salvo—. Aquí es normal que se te tiren encima...

—Y que te llamen por teléfono y te digan que vas a ser boleta, también es normal —lo interrumpe Benavides.

—Es normal que te tomen el pelo, Raúl. Se trata de algún boludo que te está tomando el pelo —dice Di Salvo—, no pasa de eso.

Han llegado hasta el ascensor. Benavides está a punto de decirle que sí, que pasa de eso, pero en ese momento se abre la puerta y del ascensor salen dos hombres, tres mujeres y un chico que no supera los cinco años. El chico se ríe de algo que le ha dicho la mujer que lo lleva de la mano, puede ser su madre o una de sus tías. Esta escena repetida en tantas películas es la que ahora viven Raúl Benavides y Damián Di Salvo. Ambos se enfrentan con Mumi, que es la última en salir del ascensor.

—Tenés una llamada —dice y señala a Benavides.

—¿Quién llamó? —pregunta Benavides. Hay cierto nervioso temor en la pregunta, pero Mumi no lo advierte.

—Eugenio —dice—, creo que fue Eugenio. Preguntale a Marisa, lo dejé anotado.

Marisa es la mujer que reemplaza a Mumi cada vez que Mumi por algún motivo debe dejar el mostrador de recepción. Benavides no le cae bien a Marisa, él nunca supo la causa de esa antipatía. En algún momento pensó que Mumi y Marisa eran pareja. Marisa habría intuido que a él le gustaba Mumi y, celosa al fin, comenzó a demostrarle cierto

rencor. La conjetura del romance Mumi/Marisa se cayó no bien Benavides supo que Marisa era una mujer felizmente casada, madre de dos chicos y un tercero en marcha. Pero el rencor que ella siente hacia él continua en pie, por eso ante la pregunta que Benavides le hizo, ¿alguien me llamó?, Marisa se limita a señalarle una hoja de papel en la que, escrito con letra de Mumi, se alcanza a leer «Eugenio». Benavides no disimula el suspiro de alivio, no tiene por qué disimularlo, agradece con una sonrisa y camina hacia su mesa, dispuesto a llamar a su amigo.

Eugenio jamás atiende las llamadas, ha puesto un contestador que anuncia «Este es el número de Eugenio Iglesias, deje mensaje». Se equivocan aquellos que piensan que Eugenio ha salido, se está bañando o acaso duerme una siesta reparadora, nada de eso. Eugenio suele estar junto al teléfono, escucha el mensaje y recién entonces decide si atiende o no. A Benavides lo atiende en todos los casos, también en este.

—Te llamé —dice Eugenio.

—Por eso te llamo —dice Benavides.

Por un instante no se oye nada. Benavides supone que se cortó la comunicación y seguramente Eugenio pensará lo mismo del otro lado de la línea.

—¿Se cortó? —pregunta.

Benavides dice que no, que él sigue ahí, y, resuelto el problema de comunicación, le pregunta a Eugenio cómo va su campaña con los viejitos felizmente jubilados. Eugenio dice que está casi terminada, que salió como la había pensado, a punto tal, dice, que es muy posible que se asocie a alguna AFJP. Parece feliz, ha ganado unos buenos pesos sin correr ningún riesgo. Todo lo contrario a lo que sucede con Benavides: no gana tanto y lo amenazan a cada rato.

—Me volvieron a llamar —dice.

—¿Quién? —pregunta Eugenio.

—No tengo puta idea. Cortala o sos boleta, me dicen. Es por las notas con ese chico, Aráoz.

—Y cortala —aconseja Eugenio, pragmático.

Benavides esperaba más de su amigo. Di Salvo dice que las amenazas son un chiste de mal gusto. Eugenio las da por ciertas. Entre ambas conclusiones está él, el amenazado, que no tiene ganas de vestir el traje de héroe, jamás lo fue ni lo quiere ser.

—Debo seguir —dice en un tono que intenta parecer heroico.

12. Té para dos

Raúl Benavides está solo en su departamento: nadie lo ve. Decidió dormir con las ventanas cerradas y las cortinas bajas, por lo que ahora que se acaba de despertar, es libre de ejecutar todos los rituales que, según las normas de educación y cortesía, resultan ajenos a la moral y a las buenas costumbres: meterse el dedo en la nariz, por ejemplo, o rascarse el culo o las pelotas; hay muchos otros, que no vale la pena enumerar. Sin embargo, Benavides se comporta como si mil ojos lo estuvieran observando: su mano izquierda descansa sobre el auricular del teléfono y con su mano derecha se acaricia la barbilla, en indudable gesto de duda o preocupación. ¿Está esperando una llamada o está a punto de llamar? Está a punto de llamar, pero aún no ha decidido si llamará o no. Sabe que con marcar los números adecuados podrá oír la voz de Paula Grimaldi ¿Quiere Benavides escuchar esa voz? Todo indicaría que sí, ¿por qué entonces se lo ve, vacilante y confuso, preguntándose si debe llamar o no? Porque la última vez que habló con Paula, ella le cortó de mala manera y ahora él no quiere pasar otro mal momento. Desde entonces no tuvo

noticias de ella y ella tampoco de él. Es tiempo de que las tenga, se envalentona Benavides, y marca el número, resignado a sufrir nuevos reproches. Para su desconcierto, Paula se alegra de oírlo. No le dice: «me alegra oír tu voz», pero se lo da a entender. ¿Cómo?, por la cortesía con que lo trata. Incluso reconoce haber leído *Impacto*, porque le acaba de decir que le gustó la nota, el modo en que él presentó a Mishima.

—Sin embargo —dice—, tengo que corregirte. Escribiste que Mishima se había hecho el Harakiri. Eso es falso, Mishima cometió Seppuku.

—Qué interesante —dice Benavides, aunque no tiene ganas de discutir acerca del modo en que se mató Mishima.

—En ambos casos se trata de un suicidio realizado mediante un corte ritual en el vientre —explica Paula—, y con base en eso hay quienes sostienen que Harakiri y Seppuku significan lo mismo, ya que se escriben con idénticos símbolos, aunque en distinto orden y con distinta lectura.

—Entiendo —dice Benavides, aunque no comprende nada.

—El Seppuku estaba reservado a una casta superior —continúa Paula—. El Harakiri, en cambio, lo practicaban los samuráis quienes, ante la posibilidad de ver su vida deshonrada, elegían un modo honroso de morir.

—Está clarísimo —dice Benavides y supone que eso bastará para poner fin a las diferentes maneras de matarse en Japón, pero una vez más se equivoca: Paula Grimaldi se ha propuesto instruirlo acerca de modos y costumbres de la cultura nipona.

—A la hora de realizar el suicidio, los samuráis vestían un kimono blanco, que aún hoy sigue siendo el color reservado para las ceremonias de luto, bebían sake, escribían un poema de despedida, llamado zeppitsu o yuigon, empuñaban el tantō, que es una daga de treinta centímetros, y se la clavaban

en el abdomen —Paula hace la pausa que el momento exige y continúa en tono sereno—, luego llevaban el tantō hacia la derecha, lo traían de nuevo al centro y de ahí lo subían casi hasta el esternón. Al tantō lo envolvían en papel de arroz, ya que mancharse las manos con sangre era deshonesto.

—¡Qué prolijos! —acota Benavides.

Paula parece no escucharlo, porque continúa con su discurso:

—También las mujeres, si eran de clase noble, tenían la posibilidad de suicidarse, ya sea para no caer en manos del enemigo o para acompañar el suicidio de su marido o señor. Pero el Harakiri y el Seppuku era cosa de hombres. Las mujeres solo podían practicar el Jigai: en lugar de abrirse el abdomen debían cortarse la carótida. Previamente tenían que atarse los tobillos, para no padecer la deshonra de morir con las piernas abiertas al caer.

—¡Que prolijas! —repite Benavides.

—¡Qué idiotas! —se indigna Paula.

—Es cierto —reconoce Benavides—, suicidarse es de idiotas.

—Sí, es de idiotas. Pero no hablo del suicidio sino de cómo esas infelices se sometían a sus maridos: ¡ni siquiera podían matarse del mismo modo en que se mataban ellos! ¡Machismo japonés!

Benavides se dispone a escuchar un alegato en contra de los machistas del mundo entero. Paula, en cambio, le pregunta por qué la llamó.

Luego de tantas muertes, Benavides ensaya una salida gastronómica.

—¿La torta que comí el otro día era casera? —pregunta y de inmediato comprende que ha cometido un error. Es posible que ahora Paula inicie una perorata en torno a la repostería japonesa.

—Sí, la hice yo. Suelo hacerla algunas tardes.

Benavides evita el suspiro de alivio y avanza otra casilla.

—¿Hoy vas a hacerla? —pregunta y se queda aguardando el sí de triunfo.

—Sí —dice Paula Grimaldi.

El resto es sencillo: Benavides confiesa que le gustaría probarla y Paula dice que lo espera a la seis de la tarde. Ni bien llega a la redacción, Benavides le dice a Di Salvo que irá a tomar el té con Paula. Asegura que conseguirá material valioso para la próxima nota. Di Salvo le desea buena fortuna y algunos minutos antes de la seis, Benavides está frente a la torta que provocó el encuentro. Lleva un trozo a su boca y lentamente la saborea. Es una masa grumosa, sin gusto a nada. Paula aguarda el juicio.

—¡Exquisita! —dice Benavides— Lográs el toque que solo consiguen las grandes reposteras.

Paula murmura que no es para tanto, que no exagera. Benavides dice que no exagera. Paula se dispone a cortar otro trozo. Benavides ruega que no lo tiente, que debe cuidar su aspecto.

—Como Mishima —dice Paula.

—O como Juan Ignacio —dice Benavides.

—Preferiría no hablar de eso —pide Paula.

Benavides no puede revelarle que justamente para eso había ido. Decide jugar otra carta.

—Estamos de acuerdo en que no se suicidó. Tampoco puedo aceptar que haya sido un accidente. Solo me queda el crimen, pero ¿por qué lo mataron?

—Tal vez porque eligió el camino equivocado —dice Paula.

Benavides advierte que jugó una carta de triunfo, aunque con las mujeres nunca se sabe. ¿Quién le garantiza que ahora Paula se largue a hablar de los diferentes caminos del budismo zen? No obstante, arriesga:

—¿El camino equivocado?

Por fortuna, era una sospecha infundada.

—Ese Club, las reuniones en ese Club... —dice Paula.

—Pero a veces te encontrabas con él, en ese Club —confirma Benavides.

—Sí, cuando las competencias de gimnasia o de natación. ¿Quién te lo dijo? —pregunta Paula.

—En el Club, en el Club me lo dijeron.

—¿Fagot? —pregunta Paula— ¿Fagot te lo dijo?

—¿Qué Fagot? —dice Benavides, como si por primera vez escuchara ese nombre.

—No tiene importancia —dice Paula.

Benavides sospecha que corre peligro de quedarse sin datos, y decide volver al principio:

—¿Por qué decís que había tomado el camino equivocado?

—Preferiría no hablar de eso —dice Paula.

Benavides supone que aún queda una puerta posible.

—Entonces hablame de ese Club, ¿qué sabés de ese Club? —pregunta.

—Lo que sabe todo el mundo. Se fundó alrededor de los años treinta —dice Paula—, siguiendo la tradición de otros clubes célebres, el «Del Progreso» por ejemplo. Una suerte de centro social para uso exclusivo de hombres. Aunque en los estatutos no hay ninguna norma que lo impida, la entrada de mujeres está naturalmente vedada. Es un sitio reservado a señores respetables, a gente de bien, con buenos ingresos. Beben copas, juegan al billar y sobre todo al póquer. Las partidas se extienden hasta el amanecer, y se apuesta fuerte. No es fácil sentarse a una de esas mesas, hay que contar con un capital capaz de garantizar las posibles pérdidas. Se comenta que hubo quien dejó allí una buena parte de sus bienes.

—Pero ese Club también tiene salones de gimnasia y una pileta de natación.

—Esa fue la segunda etapa, cuando descubrieron que algunos deportes podrían darle cierto estilo. Se interesaron por la esgrima e incluso se aventuraron con el box; tal vez para evocar a Jorge Newbery. Después inauguraron la pileta de natación y una cancha de paddle.

—Hasta ahora no le veo nada de prohibido o pecaminoso —dice Benavides—. En muchos sitios de Buenos Aires se juega al póquer y al billar, hay gente que practica natación, otra boxeo, unos pocos esgrima y casi todo el mundo gimnasia.

—El pecado se esconde en los sitios menos pensados —dice Paula—. Prefiero no seguir hablando de esto.

—Pero necesito saber...

—Dije que no quiero hablar de eso —repite Paula.

Conseguir información a veces requiere paciencia y martirio. Raúl Benavides le acerca el plato vacío a Paula.

—¿Más? —pregunta Paula.

—Más —dice Benavides—, es imposible resistirse a esa delicia. Supongo que alguna vez me darás el secreto de la receta.

—Por Dios, no es para tanto —dice Paula y enumera—: medio kilo de harina leudante, jugo de un limón...

—No sigas —dice Benavides—, con los ingredientes no basta. Para que se produzca el milagro hay que tener tus manos.

En este momento Paula tendría que ruborizarse, pero ningún cambio se advierte en su cara. Benavides comprende que ha fallado en el espacio de la gastronomía y decide volver a la literatura.

—¿Por qué te interesa tanto Mishima? —pregunta.

—No sé por qué —dice Paula—. Tal vez por sus novelas y cuentos o por la forma en que vivió y murió. Lo crio la abuela paterna. Su madre rara vez lo veía.

—Tal vez la señora se ocupaba de otras cosas —dice Benavides—, ejecutiva de Sony o de Toshiba.

—No digas tonterías. Eran otros tiempos. La madre quería verlo, pero la abuela no se lo permitía; costumbres japonesas.

—¿Y el padre?

—Debía aceptar el mandato de su madre: también costumbres japonesas.

En este momento a Benavides poco le interesan los conflictos familiares del pequeño Mishima, y menos aún las costumbres japonesas. Juega una carta difícil.

—¿Qué podés decirme del padre de Juan Ignacio? —pregunta.

—No te das por vencido —dice Paula.

Benavides sabe que si lleva un trozo de torta a su boca logrará su propósito. Ensayá un gesto de felicidad plena y mastica. Da resultado, Paula habla.

—Ya te conté que es un personaje extraño —dice—. O mejor: insólito. Porta un apellido prestigioso: descendiente directo del que fuera soldado de Belgrano, ayudante de campo de San Martín y uno de los hombres de Urquiza que en Caseros derrotó a Rosas. Pero, por lo que se sabe, al padre de Juan Ignacio jamás le importó ese prestigio. En los sesenta estaba vinculado al movimiento hippie.

—¿Y ahora? —pregunta Benavides.

—Ahora vive en Turdera, creo.

—Quisiera verlo.

—¿Para qué?

—Para entrevistarlo. Ya que la profesora no quiere hablar, tal vez consigo que hable el padre de Juan Ignacio. ¿Tenés la dirección de su casa?

—Acá no, pero seguro que está en el colegio —dice Paula.

Benavides lleva otro trozo de torta a su boca y lo mastica lentamente. Valió la pena el sacrificio.

13. El silencio de los inocentes

—Recapitulemos —dice Eugenio mientras coloca un par de cubos en el whisky que se ha servido.

Benavides asiente en silencio y mira su vaso a trasluz, como si eso fuera lo único que realmente le importara. Todavía es un consumado bebedor, dejará de serlo años más tarde, pero hoy, en casa de Eugenio, ni siquiera imagina que alguna vez abandonará el alcohol. Por eso mira fascinado, casi con devoción, el contenido del vaso: whisky de malta pura. Eugenio asegura que el blend solo lo consumen los que no saben beber. Es, como se nota, categórico en sus juicios. Benavides no comparte esa ortodoxia. En este momento le hace honores a la malta pura, pero de ningún modo rechaza las mezclas, incluso acepta el bourbon, un brebaje infernal, según Eugenio, tan bizarro como casi todo lo que llega del Norte. Una vez más, Benavides se pregunta cómo pueden ser tan amigos, ya que, como se ha dicho, rara vez Eugenio y él coinciden en algo, ni siquiera en el gusto hacia las mujeres: Eugenio las prefiere decididas y contundentes, Benavides no. Acaso tengan ciertas coincidencias en la música. Ahora, por ejemplo,

están escuchando *Scheherazade*, de Rimsky-Korsakov, por la filarmónica de Nueva York, dirigida por Leonard Bernstein. Una joya, había dicho Eugenio antes de colocar el CD. Benavides hubiera preferido algo menos escandaloso: The Modern Jazz Quartet, haciendo temas de Bach, por ejemplo. Pero hay cosas que no se le pueden discutir a Eugenio, menos aún si se está en su casa, viejo edificio que alguna vez fue una lavandería y que ahora se ha convertido en un conjunto de modernos lofts. El que ocupa Eugenio está en el segundo piso. Lo ha decorado de un modo rabiosamente minimalista: lo poco que se observa está en su justo sitio, todo muy limpio y ordenado, cada cosa en su lugar y un lugar para cada cosa. Benavides siempre creyó que Eugenio era de Virgo, prolijo y crítico como buen exponente del signo. Sin embargo, cuando se enteró que era de Libra, no varió el concepto: su amigo es equilibrado como todo nativo de Libra. Con base en ese equilibrio suele consultarlo cada vez que tiene dudas y necesita un juicio frío, sereno y objetivo. Por esa razón está ahora aquí, a punto de beber su segundo vaso de whisky y dispuesto a escuchar la palabra de Eugenio.

—Recapitulemos —dice—. La señora profesora, experta en Mishima, aunque no en repostería, te dijo ciertas cosas de ese Club, centro recreativo, o como quieras llamarlo, administrado por un hombre de apellido Tuba o Fagot, ya no recuerdo, en donde apareció muerto un jovencito de familia patricia venida a menos, hijo de una madre poco noble y de un padre que acusa un pasado hippie. ¿Es así?

Benavides dice que solo en parte. El sitio no es un centro recreativo sino un presuntuoso Club social, que no es administrado sino vigilado por un tal Fagot, Leandro Fagot, así dijo que se llama.

—Fagot —repite Eugenio—, hay quienes aseguran que el instrumento fue inventado en el 1500 por un canónigo de

Ferrara, de nombre ciertamente ridículo, Afranio, y apellido mitológico, Teseo. No está probado que haya sido Afranio el inventor, pero lo cierto es que Vivaldi y Bach y Haendel y Teclerman y Mozart y Weber nos han dejado formidables conciertos de fagot. Tengo algunos de ellos, si querés los busco.

Benavides le agradece la gentileza. Dice que no ha venido para enterarse del nacimiento del fagot, sino para hablar de lo que le había dicho Paula Grimaldi. O mejor, de lo que le sugiriera cuando insinuó que en ese Club pasaban cosas raras.

—Me asombra tu ingenuidad —dice Eugenio—, si una mujer ignora parte de una historia, de inmediato asegura que pasan cosas raras. El tuyo ha sido un sacrificio en vano: de nada sirvió ese mazacote que bajo el nombre de bizcochuelo te hizo tragar la profesora.

Benavides le recuerda que, en ese Club, en el patio de ese Club, habían encontrado a un chico muerto.

—Que la justicia catalogó de accidente o de suicidio —interrumpe Eugenio.

—¿Desde cuándo crees en lo que dice la Justicia? —pregunta Benavides.

Eugenio bebe un largo trago, apoya el vaso en la mesa y con la mano izquierda acaricia sus labios, como quien los limpia antes de pronunciar la frase definitiva.

—Tenés razón —dice—, reniego de la justicia, tanto de la humana como de la divina. Hablame de ese Club.

Benavides confiesa que poco tiene para contarle, dice que ha estado allí un par de veces y las veces que estuvo solo vio hombres, gente mayor, por encima de los cincuenta años, personas de aspecto respetable, por lo general trajeados. En una palabra, que no parece un club deportivo, no se percibe ese calor especial, ese clima que suelen tener los clubes deportivos.

—Querés decir que no hay olor a transpiración —interrumpe Eugenio.

Benavides reconoce que sí, que no hay olor a transpiración. Aunque una vez, le cuenta, Fagot lo llevó a un cuarto con fotos y banderines, con cierto olor a humedad que podría confundirse con olor a transpiración.

—¿Por qué te llevó ahí? —pregunta Eugenio.

Benavides dice que por nada fuera de lo común, supone que para hablar más tranquilos, que no se le ocurrió preguntarle «por qué me trae aquí».

—Está bien, no te hagas la princesita ofendida. Háblame de ese cuarto.

Benavides dice que poco tiene para contarle. Describe el cuarto y señala que es el único sitio que podría vincularse a un club deportivo: por las fotos, los banderines y el olor. Reconoce no haber ido ni a la piscina ni al gimnasio, dice que seguro están en el edificio, porque los chicos del colegio ahí hacían las clases de gimnasia y practicaban natación.

—¿Hacían y practicaban? ¿Ya no van? —pregunta Eugenio.

Benavides dice que no, que desde la muerte de Juan Ignacio Aráoz se cortó el acuerdo entre el colegio y el Club.

—¿Por pedido del colegio o por pedido del Club? —pregunta Eugenio.

Benavides dice que no tiene la menor idea, que solo sabe que dejaron de ir.

—Es importante conocer quién tomó esa decisión —dice Eugenio—, tenés que averiguar eso.

Benavides no entiende por qué es tan importante saber quién tomó esa decisión, pero promete averiguarlo. Cree que Paula se lo puede decir. Eugenio niega con un gesto despectivo. Benavides no le da importancia al gesto, piensa que ella sabe más de lo que le ha contado.

—Es tu idea —dice Eugenio—, yo le preguntaría a la madre del chico.

Benavides le recuerda que Susana Gonçalves es una delirante que solo busca pantalla.

—Pero es la única que insiste con que al chico lo mataron.

Benavides debe rendirse ante la evidencia. También él piensa que a Juan Ignacio lo mataron, pero no tiene ganas de hablar con la madre del chico.

—¿Y el padre? —pregunta Eugenio.

Benavides reconoce que poco y nada sabe del padre. Paula le ha dicho que vive por Turdera, que años antes adhirió al movimiento hippie.

—Los hippies de ayer son los yuppies de hoy —pontifica Eugenio.

Benavides niega con la cabeza y asegura que no en este caso. Por lo que le ha dicho Paula, el padre de Juan Ignacio sigue siendo algo hippie, ahora vinculado a la corriente new age.

—Un desastre —dice Eugenio—, pero tal vez sepa algo interesante. Tendrías que ir a verlo.

Benavides afirma con la cabeza, sabe que para que la historia continúe, él deberá visitar al padre de Juan Ignacio. Tendrá que viajar a Turdera. Paula prometió conseguirle la dirección.

—Escuchá esto —dice Eugenio y coloca un CD en el aparato—, Charles Lloyd, Brad Mehldau, John Abercrombie, Larry Grenadier y Billy Higgins, un quinteto que se las trae.

Por un largo rato ambos quedan en silencio, atentos al piano de Mehldau y al saxo de Lloyd. Eugenio bebe un trago de whisky y dice:

—Avisame cuando la profesora te consiga la dirección, tal vez te acompañe a Turdera. Un viejo hippie me puede servir para la campaña de la AFJP.

Benavides levanta los pulgares en señal de aprobación, pero no dice palabra. Lloyd y Mehldau están haciendo *Heaven*, de Duke Ellington, y realmente es para escucharlos.

14. Viaje al más allá

Mumi lo recibe con la mejor de sus sonrisas. Benavides piensa en la frase: ¿la mejor con respecto a qué? ¿A sonrisas anteriores, buenas, aunque no tanto como esta? ¿Hay acaso una estadística de sonrisas? Ahora es Benavides quien sonríe por las cosas que se le ocurren, y, lógicamente, Mumi entiende que la sonrisa es para ella, una devolución de gentilezas. Benavides no logra imaginar cómo será Mumi en la cama. Desde que supo que le gustan las mujeres ha crecido su interés por acostarse con ella. Esto es lo que, secretamente, desea Benavides. Imposible saber qué es lo que desea Mumi.

—Te llamó una tal Paula, pidió que la llames —dice, indiferente.

Benavides agradece el dato y entra en la redacción. Saluda con un movimiento de mano, camina hacia su escritorio, se detiene frente a la computadora, la enciende y finalmente hace lo que más le importa en ese momento: llamar a Paula. Antes del cuarto timbre, Paula lo atiende. Luego del protocolo de presentación («Soy Raúl, me llamaste»), ella pide que anote una dirección que le va a dar. Esto lo dice en voz más

baja, con cierto aire de misterio, o al menos así le parece a Benavides, que en este momento está escribiendo el nombre de una calle y un número de cuatro cifras.

—No sé si todavía vive ahí o si alguna vez vivió ahí —dice Paula—, es lo único que encontré en el colegio. Tendrás que probar.

Benavides dice que irá a esa dirección y promete llamarla ni bien tenga noticias. Paula no parece inquietarse por el posible llamado de Benavides. No dice «espero ese llamado», ni siquiera dice «sí». Se limita a desearle buena suerte, y corta. Benavides tampoco se preocupa por ese gesto de clara indiferencia, ahora está con la mirada fija en la dirección y en el número que anotó, como si mirar ambas cosas, una y otra vez, sin descanso, le ayudara a resolver el enigma. En realidad, no hay ningún enigma que resolver, por lo que Benavides sube la cabeza y justo en este momento ve que Di Salvo entra en la redacción. Lo llama y levanta la hoja recién escrita, como quien alza un trofeo. Di Salvo se acerca y Benavides habla:

—Tengo la dirección —dice y antes de que Di Salvo lo pregunte, agrega—: del padre del chico.

Di Salvo parece interesarse.

—A lo largo del show al hombre nunca se le vio la cara —dice—, la estrella principal siempre fue su exesposa.

—Por eso es bueno que lo vaya a ver, tal vez le saque algo.

—Decime cuándo vas y te pido un fotógrafo.

—Nada de fotógrafo —dice Benavides—, dejame que lo ablande, y si vale la pena mandamos al fotógrafo. Por ahora voy solo.

Una afirmación que no es del todo cierta, ya que Benavides había decidido ir con Eugenio, por lo que, ni bien Di Salvo se marcha hacia su escritorio, lo llama y le dice que ya tiene la dirección, que cuándo irán a Turdera.

—Mañana a la mañana —dice Eugenio—, podemos encontrarnos en Tolón, a las nueve, y desayunamos juntos.

Fue una respuesta rápida y precisa. Benavides supone que tal vez Eugenio estaba haciendo algo importante y él lo interrumpió en su mejor momento: ¿una mujer, el final de una película, el café a punto de hervir? Vaya a saberse. Piensa preguntarle, pero solo dice:

—A las diez, mejor.

—A las diez —confirma Eugenio y corta.

Benavides llega a las diez y cinco y lo encuentra en mitad del desayuno. Por un momento piensa que su amigo entendió mal y que desde las nueve está allí, esperándolo. Pero de inmediato deshecha esa hipótesis: Eugenio no parece indignado por esa hora perdida. Se lo ve contento, lo recibe sonriendo e incluso le aconseja que pida medialunas de manteca, que están mejor que las de grasa. Esto indica que ha probado ambas. Benavides muchísimas veces se ha preguntado cómo hace Eugenio para mantenerse en forma: come de todo, nunca practicó deportes y jamás fue a un gimnasio. Hasta hoy no tiene respuesta para esa pregunta, por lo que se sienta y apenas llega el mozo le pide un cortado, con poca leche, y una medialuna de manteca.

—¿Qué llevás ahí? —pregunta Eugenio y señala un paquete que Benavides sostiene con la mano izquierda.

—*Impacto* —dice Benavides—, una cortesía para el padre del chico.

Eugenio asiente y señala hacia la calle.

—A las diez y media pasa el remis —dice.

—¿Remis?

—Sí, me pareció mejor que ir en diligencia —dice Eugenio—, ¿qué te asombra?

—Pensé que iríamos en tu coche.

—Es menos arriesgado y más cómodo que te lleven.

A las diez y media en punto, un Renault o un Peugeot, Benavides no sabe distinguir las marcas, estaciona en doble fila sobre Coronel Díaz.

—Ahí está —dice Eugenio.

Se acomodan en el asiento trasero. Benavides le da la dirección al chofer, dice que es en Turdera y que elija el camino que crea mejor. El chofer responde con un gruñido. Benavides se alegra; el chofer parece un hombre de pocas palabras, dispuesto a cumplir con lo que le han encomendado: conducirlos en silencio hasta la dirección que le acaban de dar. Primero van por Coronel Díaz, después toman Honduras, luego doblan por Bulnes y justo cuando Bulnes se convierte en Boedo, la percepción de Benavides se derrumba sin remedio: el chofer, hasta ese momento mudo, habla.

—Podríamos cruzar por el puente La Noria —dice—, pero no me arriesgo.

—Como usted prefiera —dice Benavides y supone que el hombre volverá al silencio. Se equivoca.

—En una época hubiese preferido el puente La Noria, pero ya no se puede —dice.

—¿Está cortado? —pregunta Eugenio.

El chofer ríe.

—Nos pueden cortar a nosotros —dice.

Benavides asiente con un comprensivo murmullo, pero Eugenio busca más información. Ahora quiere saber cuándo se podía cruzar el puente La Noria sin peligro de que te cortaran.

—Ustedes son jóvenes —dice el chofer—, pero aquí alguna vez hubo orden, de los milicos se puede decir cualquier cosa, pero si ellos tienen la manija no hay quien se meta en el bolsillo del otro, ¿me explico?

—Se explica —dice Benavides.

—No del todo —dice Eugenio— ¿Quiere decir que con Videla y compañía se vivía mejor?

—No digo eso, ahora con el Turco estamos muy bien. Digo que antes había mayor orden, ¿me explico?

—Se explica —dice Benavides.

—¿Cuándo usted dice el Turco se refiere al presidente Menem? —pregunta Eugenio.

—Sí, sí, de él hablo, pero con todo respeto. Yo lo voté.

—Pero se queja porque no puede cruzar el puente La Noria —dice Eugenio.

—Bueno —admite el chofer—, no es cuestión de pedir todo. Ustedes porque son jóvenes, pero díganme: ¿cuándo estuvimos así? Yo me siento en el primer mundo. Nos manejamos con dólares, igual que ellos, como en el primer mundo, ¿me explico?

—Se explica —dice Benavides y por fin logra poner fin a la conversación.

Eugenio ha cerrado los ojos, tal vez duerma. Por un largo trecho van en silencio. Benavides mira por la ventanilla, está seguro de que es la primera vez que anda por esas calles, y seguramente será la última. De pronto, Eugenio abre los ojos y pregunta:

—¿Qué edad tiene?

A Benavides le sorprende la pregunta, pero la sorpresa dura poco: Eugenio no se dirige a él sino al chofer.

—A usted le digo, qué edad tiene.

El chofer lo mira por el espejo retrovisor.

—Estoy a punto de cumplir cincuenta —dice—, no lo parece, ¿no?

Eugenio hace un gesto de decepción.

—No me sirve —dice.

El chofer no ha dejado de mirar por el espejo retrovisor, por lo que tuvo haber visto el ademán de Eugenio.

—¿Cómo que no le sirvo? —pregunta, agresivo.

—Necesito gente que haya pasado los sesenta —dice Eugenio—, para una película.

El chofer disminuye la marcha.

—¿Son del cine o de la televisión? —pregunta.

—Publicidad —dice Eugenio—, es para un aviso. Usted es muy joven.

—Sí —reconoce el chofer—, pero anote mis datos, por alguna vez si necesita a alguien más joven. Muchos me dicen que tengo pasta de actor. Nunca estudié actuación, pero hay cosas que nacen con uno, ¿me explico?

—Se explica —dice Benavides e imagina al chofer cruzando la alfombra roja, erguido y a paso firme, rumbo al escenario en donde le darán el Oscar. En definitiva, todo es posible: estamos de igual a igual.

Media hora después el coche entra por una calle de tierra y se detiene frente a una pequeña casa de una sola planta.

—Llegamos —anuncia el chofer.

Benavides baja del auto y le pide que, por favor, lo espere.

—No sé si voy a encontrar a la persona que busco —dice.

Eugenio se queda en el coche, como prenda de garantía, y Benavides se dirige hacia el pequeño jardín que precede a la casa. Busca un timbre, no lo encuentra, decide golpear las manos una y otra vez. No hay respuesta. Golpea con mayor fuerza y, cuando está a punto de perder toda esperanza, ve que la puerta se abre. Un hombre alto, de pelo largo, lacio y canoso, muy pálido y flaco, pregunta a quién busca.

—A Isidro Aráoz —dice Benavides.

—Soy yo —dice el hombre y se acerca.

Raúl Benavides gira la cabeza hacia el coche, pero de inmediato se dirige a Aráoz.

—¿Es posible conseguir un remisse? —pregunta.

—Tal vez sí —dice Aráoz—, aunque no lo puedo asegurar. Benavides busca certezas.

—Ya vuelvo —dice y se dirige al coche, le pide a Eugenio que baje y al chofer que lo espere, que no va a demorar más de una hora.

El chofer se recuesta en el asiento, pone un cigarrillo en su boca y enciende la radio.

—Cinco pesos por hora o fracción —dice mientras enciende el cigarrillo.

15. En el nombre del padre

—No quiero ofenderlos —dice Isidro Aráoz—, pero si pretenden venderme algo pierden el tiempo.

A Benavides le molesta que lo confunda con un vendedor. Eugenio está un paso atrás y no parece molesto.

—No queremos venderle nada —dice Benavides.

Isidro Aráoz los observa con la atención de un entomólogo frente a una nueva especie que se ha presentado ante sus ojos.

—¿Por qué vienen entonces? —pregunta.

—Venimos por su hijo, queremos hablar con usted de la muerte de su hijo —dice Benavides.

Visto desde lo alto, como suelen verse los partidos de fútbol televisados, Benavides, Eugenio y Aráoz forman una suerte de triángulo: los tres están de pie en la puerta de entrada a un jardincito, unos metros hacia la derecha se distingue un coche, un plano general deja ver que es el único vehículo que hay en esa cuadra de calles de tierra, con tachos volcados aquí y allá y sin un solo árbol que modifique algo ese paisaje chato y polvoriento.

—Nacho —evoca Aráoz.

—Nacho —repite Benavides—, ¿podemos pasar?

—¿Qué se gana reviviendo el dolor? —dice Aráoz—. Primero materia, luego espíritu. Es ley de vida.

La frase suena a despedida. Benavides gira la cabeza hacia Eugenio, tal vez ha sido un viaje inútil, con un solo beneficiado: el chofer del remisse que ganará cinco pesos por apenas tres minutos de espera. Benavides se dispone a decir algo, pero Aráoz hace un gesto de sorpresa, como si recién en este momento descubriese que está ahí, junto a estos dos hombres que no conoce.

—Por favor —dice, se echa a un costado y con un gesto cortés los invita a entrar.

La puerta de la casa se encuentra a cinco pasos, literalmente, de la puerta del jardín. Esos son los que ahora comienzan a hacer Eugenio y Benavides. Aráoz va adelante, guiándolos. Visto desde arriba, el triángulo se ha convertido en una línea recta; el resto de la escena continúa igual.

Lo que podríamos denominar living tiene cierto aire monacal. Tres faroles Sol de Noche indican que el corte de luz es una costumbre habitual en la zona. El mobiliario se reduce a una vieja y gastada mesa frailer y a cinco sillas de mimbre que desentonan con la mesa. Desde las paredes diversos posters proclaman la paz en el mundo y advierten acerca del inmediato desastre ecológico. Algunos estantes de madera, apoyados sobre ladrillos, sirven de biblioteca. Benavides alcanza a ver volúmenes de new age y orientalismo, manuales de yoga y algún libro de Mircea Eliade. En la punta de la biblioteca hay un pequeño equipo de música. Se oye un tema, que suena a hindú. Se percibe un inequívoco olor a marihuana, mezclado con el de tres sahumeros que Benavides acaba de descubrir. Aráoz los invita a sentarse. Luego se sienta él y comienza a armar un porro.

—*Bellum omnium contra omnes* —murmura Aráoz, con la cabeza baja.

Benavides mira a Eugenio, en busca de alguna respuesta. Eugenio asiente en silencio. Es difícil de entender cómo este hippie trasnochado pudo haber sido esposo de Susana Gonçalves. Aceite de ricino y agua de colonia. Sin embargo, alguna vez tuvieron que haberse dicho esas cosas que suelen decirse los jóvenes enamorados. Tal vez hubo un tiempo en que Susana Gonçalves adhirió a la filosofía hippie. A Benavides le cuesta imaginar a esa vieja bruja con peinado de trenzas y ropas de seda de muchos colores. O tal vez hubo un tiempo en que Isidro Aráoz fue un ejecutivo de pelo corto, saco, camisa y corbata. Los yuppies de hoy son hijos de los hippies de ayer. Acaso Isidro Aráoz rompe las reglas: antes yuppie ahora hippie. Todo puede ser. Como también puede ser que Susana Gonçalves y Isidro Aráoz hayan sido tal como son ahora y a pesar de esa diferencia se quisieron de verdad: infinitos son los caminos del amor. Habrá que aceptar que ese hombre flaco, cincuentón, con el pelo sujeto en coleta, un pequeño aro en su oreja izquierda y seguramente un signo de la paz tatuado en su pecho, es el padre de Juan Ignacio. Un día del año 1980 Susana Gonçalves y Isidro Aráoz lo habían concebido. En torno a su muerte se tejen tres posibilidades: accidente, asesinato o suicidio. Hasta hoy Raúl Benavides supuso que ha sido asesinato, pero ahora comprende que acaso es necesario recomponer ciertas cosas: con padres así el suicidio comienza a tener cierta lógica.

—No entiendo —dice Benavides—, la frase, no la entiendo.

—Guerra entre todos contra todos —dice Eugenio—, es de Thomas Hobbes, está en su libro *Leviatán*. Entonces quedaba bien citar en latín.

Aráoz mira a Eugenio, tal vez haya cierta antipatía en esa mirada.

—*Caecus amor prolis* —dice—: El amor a los hijos es ciego, y vale para cualquier idioma.

—De eso queríamos hablarle, de su hijo —dice Benavides, abre el paquete y le alcanza los ejemplares de *Impacto*—, estoy escribiendo una serie de notas en torno a esa muerte.

Isidro Aráoz ni siquiera hojea las revistas, mira brevemente algunas de sus tapas, señala el recuadro de una de ellas, en la que se ve una pequeña foto de Juan Ignacio y, finalmente, las coloca sobre la mesa. Ahora da una pitada profunda a su porro, cierra los ojos y mantiene un buen rato el humo en los pulmones; después entreabre apenas los labios y lentamente lo deja escapar.

—Coincidirá conmigo —dice Benavides— que esa muerte tiene una serie de puntos oscuros.

Aráoz mueve levemente la cabeza y lleva otra vez el porro a sus labios. Una nueva pitada profunda, aunque en esta oportunidad no cierra los ojos: tiene la mirada perdida en algún rincón del living. Luego de echar el humo, dice:

—Toda muerte tiene puntos oscuros.

—Sin duda —acepta Benavides—, pero en el caso de Juan Ignacio se habla de un crimen, ¿usted qué piensa?

—Qué importa lo que yo piense. Lo único cierto es que Juan Ignacio ya no está con nosotros y piense lo que piense no podremos recuperarlo.

—¿Vivía con usted? —pregunta Eugenio.

Benavides teme escuchar una respuesta en latín.

—Con su madre, vivía con su madre —dice Aráoz y da otra larga pitada.

Hay que esperar la ceremonia del humo: primero a los pulmones, después la lenta salida por los labios entreabiertos.

—¿Juan Ignacio aceptó ir a vivir con su madre? —pregunta Benavides.

—¿Eso qué importa? —dice Aráoz, sin abrir los ojos.

—¿Estuvieron casados mucho tiempo? —pregunta Eugenio.

La respuesta de Aráoz desorienta. En lugar de decir que eso tampoco tiene importancia, precisa que han sido nueve años, siete meses y dieciocho días. Benavides quiere saber la razón de tanta exactitud.

—Sume —dice Aráoz—. Nueve más siete: dieciséis. Dieciséis más dieciocho: treinta y cuatro. Todo está escrito, ¿sabe qué significa treinta y cuatro en la antigua cábala?

Benavides dice que no, que no sabe, y mira a Eugenio. Por el gesto que hace su amigo, entiende que tampoco él conoce el significado del número 34 en la cábala antigua. Confía que Aráoz lo explique, pero Aráoz se limita a dar otra fuerte pitada a su cigarrillo, ojos cerrados, humo a los pulmones y labios entreabiertos.

—¿Cómo se llevaba usted con su hijo? —pregunta Benavides. Aráoz abre los ojos.

—Lo veía poco —dice—. No solía venir por aquí. No aceptaba mi modo de ver el mundo.

—Prefería la visión de su madre —dice Eugenio.

—No sé. Creo que tampoco. Tendrían que preguntárselo a ella.

—¿Qué edad tenía Juan Ignacio cuando usted y su esposa se separaron? —pregunta Benavides.

—Seis años.

—Esa separación tuvo que haberlo afectado —dice Benavides.

Aráoz mira la punta del cigarrillo. Lo lleva otra vez a sus labios, da una pitada corta y antes de echar el humo, dice:

—O no, tal vez él fue quien primero percibió que así estaba dispuesto. Hay un orden universal, establecido desde el comienzo de las cosas que nosotros no podemos modificar.

Benavides queda esperando en vano la salida del humo. Aráoz da otra pitada y continua:

—Muchos sienten que lo modifican, pero se equivocan: así estaba establecido desde siempre.

Benavides va a decir algo, pero Eugenio se adelanta y pregunta:

—¿Estaba pautado que hoy, viernes 11 de abril, íbamos a venir a preguntarle por la muerte de su hijo?

—Sin duda —dice Aráoz y aplasta sobre un cenicero lo poco que queda de su cigarrillo.

—¿Y usted nos estaba esperando?

—Seguramente —dice Aráoz—, seguramente en alguna de mis conciencias los estaba esperando.

A Benavides y a Eugenio poco les importa el trascender de las conciencias. Han viajado a Turdera para que el padre de Juan Ignacio le cuente cosas del que fuera su hijo.

—¿Qué nos puede contar de Nacho? —dice Benavides.

Recurrir al sobrenombre del chico con el fin de conseguir un toque más familiar, más cercano, no da resultado: Isidro Aráoz comienza a liar otro cigarrillo y eso parece ser lo único que realmente lo preocupa.

—Nada, no les puedo contar nada —dice, lleva el cigarrillo a su boca y antes de encenderlo, agrega—: Ella les puede contar, vivía con ella.

—Su esposa, o la que fuera su esposa, ¿siempre fue así? —pregunta Eugenio.

—¿Así cómo? —dice Aráoz.

—Así como es ahora —dice Eugenio.

—La gente es según quién la mire —dice Aráoz—. ¿Ustedes cómo la ven?

—Ella asegura que a Juan Ignacio lo mataron, ¿usted qué piensa? —dice Benavides.

—Yo ya les dije lo que pienso. Siento mucho que no me hayan comprendido.

Aráoz se pone de pie. Por un instante mira a Benavides y a Eugenio, luego clava su vista en una de las ventanas y así se queda, rígido, con los brazos al costado del cuerpo.

—Gracias —dice Benavides y se para.

—De acuerdo —dice Eugenio y también se para.

Los tres, nuevamente, conforman un triángulo que ya mismo se convierte en una recta, porque ahora el trío camina hacia la puerta de calle. Isidro Aráoz encabeza la fila. Cuando salen al jardín, Benavides dice:

—Tal vez volvamos otro día, si es que así está establecido.

Aráoz aprueba en silencio y se queda en la puerta hasta que Benavides y Eugenio llegan al coche. Antes de que el motor se ponga en marcha entra en su casa.

—¿Nos vamos? —pregunta el chofer.

—Nos vamos —confirma Benavides, cuando han dejado atrás la calle de tierra, mira a Eugenio y le pregunta—: ¿New age o Neo liberalismo?

—Ni uno ni otro —dice Eugenio.

Benavides mira la hora.

—Tanto tantra me dio hambre —dice.

Eugenio se dirige al chofer y le pide que los deje en Suárez y Montes de Oca. Benavides le pregunta la razón de esa esquina, tan lejos de casa.

—Comeremos en Los Campeones —dice Eugenio—, la mejor pizza a la piedra de los alrededores. El calor de la mozzarella y el sabor de un buen cabernet es el mejor modo de cauterizar todas las estupideces que tuvimos que oír.

16. El camino de los sueños

No agrega ni quita nada dar el nombre del diario en donde Raúl Benavides dio sus primeros pasos como periodista. Basta con decir que era un periódico local, la voluntariosa publicación de un pueblo de la provincia de Buenos Aires, idéntico a cualquiera de los muchos pueblos que alberga esa provincia. El diario, que podría llamarse *La Mañana*, carecía de competencia, no por la calidad de sus ediciones sino porque era el único que se editaba. Condensar las noticias de Telam, Reuters o France Press era la principal tarea de Benavides; a veces escribía alguna nota de opinión. Como consecuencia de esas notas, tres o cuatro vecinos quisquillosos solían quitarle el saludo. Por lo general, esas ofensas quedaban zanjadas luego de un par de copas en la confitería de la calle principal. Antes de cumplir los treinta años, Benavides decidió que ya era hora de instalarse en la Capital. Un mes más tarde, con una recomendación del director de *La Mañana*, una respetable suma de dinero en el bolsillo y la dirección de un par de pensiones en donde instalarse, se lanzó a la búsqueda de lo que sería su trabajo en la ciudad. Tuvo la fortuna de encontrarlo muy

pronto. La empresa que editaba *Impacto* andaba reclutando jóvenes valores para nuevos proyectos. Benavides envió sus datos y cuando ya comenzaba a perder toda esperanza, recibió el aviso de que se presentara: había un puesto vacante en *Impacto*. Esa tarde conoció a Di Salvo. «*Impacto* no es un semanario de denuncias», le anticipó el hombre que iba a ser su jefe y, a veces, también su amigo. Di Salvo supo enseñarle algunos secretos de la profesión y Benavides demostró ser un buen alumno. A los dos los unía el desinterés por las cosas que pasaban a su alrededor, les daba lo mismo escribir acerca de la madre Teresa o sobre el buen desempeño del seleccionado argentino de water-polo. «Palo y a la bolsa», solía decir Di Salvo cada vez que terminaba de editar una nota. Raúl Benavides trabajaba y vivía en paz, con la misma tranquilidad de un bancario que jamás tiene una diferencia en los arquesos de caja. Todo bien hasta la tarde aquella en que Di Salvo le pidió que escribiera sesenta líneas sobre ese chico que habían encontrado muerto. Entonces se trastornó todo.

Benavides escribió la primera nota el jueves 6 de marzo, una semana después apareció en *Impacto*. Ahora es viernes 18 de abril, ha pasado más de un mes. Benavides está a un paso de convertirse en un periodista estrella, detalle que no le impide compartir con Di Salvo una sobremesa en El Impasible. Es un viernes lluvioso y húmedo. Di Salvo acaba de cargar su pipa y, cuando se dispone a encenderla, Benavides repite que le cuesta entender a personajes como Isidro Aráoz.

—Creeme, no lo entiendo —dice.

—Con un porro lo hubieras entendido —dice Di Salvo.

—Creo que ni así. Además, dejé de fumar. Desde entonces integro la legión de gente sana.

Di Salvo ríe.

—La yerba daña menos que el tabaco, y en esta oportunidad te hubiera servido —dice.

Benavides insiste que no, que aun fumado no hay manera de entender el discurso de un hippie trasnochado.

—Es fácil —asegura Di Salvo.

—No para mí —dice Benavides—: ¿Sabés algo de la cábala?

—Se usa mucho para el juego —dice Di Salvo—, pero yo no soy jugador.

—No hablo de esa cábala. Hablo de la cábala hebrea. Isidro Aráoz mencionó un número cabalístico, el 34, pero no me dio la menor explicación.

—No te puedo ayudar en eso —dice Di Salvo—. Una vez leí un libro sobre la cábala, no recuerdo a su autor, pero recuerdo que no entendí nada.

—Te hubieras fumado un porro —dice Benavides.

—Lo leí fumado.

—¿Y ni así?

—Ni así —dice Di Salvo y se pone de pie—. Es hora de volver: nos espera un cierre complicado.

Están en la calle, Raúl Benavides habla de sus miedos. Confiesa que el asunto Aráoz empieza a preocuparle, dice que tal vez él no es el periodista ideal para seguir con esas notas.

—Ahora jurame que te pasás las noches en vela y yo me echo a llorar —dice Di Salvo.

—Duermo muy bien —asegura Benavides—, pero muchas mañanas, al despertarme, me pregunto si es necesario seguir con esto.

—Es el precio —dice Di Salvo—, todos los periodistas que están por tocar el techo de la fama tienen esos miedos y esas dudas.

—No jodas, Di Salvo, vos sabés de lo que te estoy hablando.

—Vos también lo sabés —dice Di Salvo.

El resto del camino lo hacen en silencio o dicen cosas sin importancia. Llegan a la recepción. Mumi está de espaldas,

pero gira el cuerpo ni bien los oye, señala a Benavides y anuncia que le dejaron un mensaje.

—¿Dónde está el sobre? —pregunta Benavides, con la seguridad de que se trata de una nueva amenaza.

—No hay ningún sobre —dice Mumi—. Te llamó el productor de *Tiempo Nuevo* para invitarte al programa. Te necesitan en la emisión del martes, pidió que lo confirmaras cuanto antes.

—No te podés quejar, el tío Bernie te invita —dice Di Salvo—, ya no hay quien te pare.

—Vamos, dijiste que nos espera un cierre complicado —dice Benavides. Pretende simular indiferencia, pero no lo consigue.

17. Network, un mundo implacable

Paula puede ser una posibilidad. Eugenio, en cambio, es una realidad. Sin embargo, en esta ocasión, posibilidad y realidad se han complotado: Paula se empeña en no atender, su teléfono suena en vano y ni siquiera hay un elemental contestador en el que dejar mensaje. ¿Pero de haberlo habido hubiese dejado Benavides un mensaje? Seguramente no. ¿Por qué no? Porque hay cosas que se deben hablar de ser humano a ser humano, pequeños detalles, entonaciones, modo de respirar que un contestador difícilmente detecta y menos aún transmite.

El último encuentro de Paula y Benavides se había desarrollado armoniosamente. Cualquiera que los hubiese visto habría supuesto que se trataba de dos buenos amigos que bebían una taza de té mientras saboreaban las bondades de una torta horneada por Paula. ¿Las cosas son tal como uno las ve? En esta oportunidad, sí. Aunque no del todo: Paula y Benavides no son amigos y las tortas horneadas por Paula no son dignas de saborearse. Sin embargo, Benavides tiene una razonable excusa para llamarla: contarle cómo fue el encuentro con el padre de Juan Ignacio. Pero Paula se empeña en no contestar.

Eugenio usa el contestador como filtro. A lo largo del fin de semana, Benavides repitió el mismo anuncio: «Soy Raúl, ¿estás ahí?», y una vez confirmada la ausencia, completó: «llámame en cuanto puedas». No hubo respuesta, por lo que, indudablemente, Eugenio no estuvo en su casa ese fin de semana. ¿Dónde había estado? Esa pregunta solo puede contestarla Eugenio y hoy, lunes 21, por fin la contesta.

—Un romance imprevisto —dice—, Mar del Plata en abril tiene su encanto.

—¿La conozco?

Es muy difícil que alguien llame a Benavides antes de las nueve de la mañana. Por eso, al sonar el timbre del teléfono, Benavides atendió de mala gana, convencido de que se trataba de una nueva amenaza. La voz de Eugenio le borró la inquietud y el malhumor. Benavides quiso saber a qué se debía el largo silencio del fin de semana. Supo que había sido a causa de un romance imprevisto y ahora acaba de preguntar si es alguien que él conoce.

—No —dice Eugenio—, y tampoco la vas a conocer: ya fue, pero mientras fue, fue bueno.

Eugenio no entra en detalles acerca de esa bondad, y Benavides tampoco se interesa en demorarse en esos detalles. Quiere ofrecerle la noticia que no pudo darle ni el sábado ni el domingo.

—Esta noche tengo que ir al programa de Neustadt —dice.

—No te privás de nada —dice Eugenio.

Benavides podría preguntarle la razón de ese tono de burla o preguntarle qué tiene de malo ir a un programa que puede servir de tribuna o preguntarle que hubiera hecho él, Eugenio, si lo hubiesen invitado, pero solo pregunta:

—¿El tío Bernie no te cae bien?

—Como el culo, me cae como el culo.

Eugenio ha sido terminante. Benavides le pregunta el porqué de ese juicio. Eugenio le pide que lo espere un minuto, que ya se lo explica. Benavides acepta la espera, que se prolonga por más de un minuto.

—¿Seguís ahí? —pregunta Eugenio y descontando que Benavides no se fue agrega—: Esto es lo que dijo tu tío Bernie en el 77: «Videla es lo mejor que nos pudo pasar», dijo, y dijo «que era un soldado en estado puro, católico practicante, que supo hacer una limpieza general». Íntimo amigo de tu actual presidente. Son tal para cual. En 1990 Menem indultó a Videla y a los otros soldados en estado puro.

Benavides no se sorprende por el discurso: Eugenio es proclive a los momentos apasionados. Sí le sorprenden las citas textuales, ¿por qué las tendría? Se lo pregunta. Eugenio le cuenta que eran apuntes para una frustrada campaña política.

—No solo hago jingles para las AFJP —dice—. Neustadt fue un obsecuente defensor de los milicos asesinos. Con ese hombre vas a estar esta noche, no pienso verte.

—Me verán millones de argentinos —dice Benavides—, después te cuento.

Llega al canal una hora antes, tal como le habían pedido. Cuando se lo pidieron, Benavides se preguntó —aunque no les preguntó— el porqué de tanta antelación. Para el programa de Susana Giménez tuvo que presentarse entre los quince o veinte minutos previos al comienzo. Claro que Susana Giménez no se puede comparar con Neustadt, ¿o sí? Eso puede ser un tema de discusión con Eugenio. Ahora Benavides está en uno de los sillones de la sala de maquillaje. En el sillón vecino hay un hombre de traje gris cruzado, y un poco más allá una mujer con un vestido de múltiples colores. Los tres aguardan a la maquilladora dispuesta a ponerles crema en la cara, de ese modo la piel pierde brillo ante las cámaras. Benavides no conoce ni al hombre ni a la mujer, supone que

ellos tampoco lo conocen a él. La maquilladora comienza a trabajar sobre la cara de Benavides. Un rato después le toca suavemente el hombro con el fin de anunciarle que ya le quitó el brillo. Benavides agradece y se levanta del sillón. No sabe qué hacer, pero una productora viene en su ayuda y pide que la acompañe. Benavides está a punto de preguntarle si Neustadt entrevistará a los tres invitados al mismo tiempo, pero no es necesario porque en este momento llega otra productora junto al hombre de traje gris cruzado. La productora conduce al hombre hacia el plató. Ahí lo recibe Neustadt y de inmediato lo presenta. Es un economista chileno. «Un Chicago Boy», anuncia y agrega que es uno de los artífices del milagro económico producido en Chile durante el gobierno del general Pinochet.

Benavides está sentado en una banqueta junto a la mujer con vestido de múltiples colores. La productora los invitó a que ocuparan esa banqueta y les dijo que en un rato los llamarán. Benavides y la mujer intercambian sonrisas corteses. Ambos oyen cómo el economista chileno explica las razones del milagro. Benavides no le presta mayor atención, intenta disimular su ansiedad, solo espera a que lo llamen y, en tanto, trata de ordenar lo que piensa decir cuando por fin esté ante las cámaras. Advierte que no sabe muy bien qué dirá y justo en ese momento la productora le anuncia que es su turno. «Luego de la tanda, usted», dice.

Es una mesa ovalada, a un costado ubican a Benavides, en el otro costado se encuentra Neustadt. Parece no haber notado la presencia de Benavides porque con palabras engoladas elogia la política económica del gobierno, dice que comenzamos a situarnos entre los países del primer mundo y asegura que en ese primer mundo comienzan a tratarnos con respeto. Benavides, que no sabe hacia dónde mirar y qué hacer con sus manos, se pregunta qué tendrá que ver eso con la muerte de

Juan Ignacio. Neustadt responde esa pregunta, porque ahora gira su cara, casi su cuerpo, hacia otra cámara y dice:

—¿Crimen, suicidio, accidente? Solo Juan Ignacio Aráoz puede responder a esa pregunta. Pero Nacho guarda silencio, se encuentra en un sitio del que no se vuelve. A tres años de su muerte, se abrió una nueva investigación. Raúl Benavides, un joven periodista de *Impacto*, es quien la abrió.

Benavides supone que ahora la cámara lo toma a él, por lo que cambia el gesto y ensaya una leve sonrisa, pero no dice nada.

—Le voy a hacer una pregunta —continúa Neustadt—, un planteo antipático, pero muy antipático: ¿periodismo verdad, periodismo de investigación o puro periodismo amarillo, bizarro, escandaloso?

Benavides arma un gesto grave, como quien medita la respuesta, y de inmediato, con cierto tono humilde, pero a la vez categórico, dice que está llevando una investigación seria, que producirá más de una sorpresa.

—De eso se trata —afirma Neustadt—. Quienes leemos *Impacto* seguimos con atención sus notas. En ellas se anuncian cosas que luego no se materializan, ¿me explico?

—No del todo —se atreve a decir Benavides—. Cuando hacemos periodismo verdad no podemos llegar a una conclusión definitiva si antes no contamos con la certeza, también definitiva, de que tenemos pruebas concluyentes acerca de lo que estamos afirmando.

—¿Por qué entonces desliza sospechas en torno al Club Social donde ocurrió el accidente y además torna sospechosos a los miembros de ese Club, gente de honor y probado prestigio?

—No deslizo sospechas —dice Benavides—, abro interrogantes. En cuanto a los miembros del Club, coincido con usted, es gente de honor y probado prestigio. Pero supongo

que coincidirá conmigo en que a lo largo de la historia hubo muchísima gente de honor y de probado prestigio que fue cómplice de actos terribles.

—¿Cómplice de actos terribles los miembros del Club? Usted afirma algo fuerte, sin duda.

Desde hace un buen rato, Benavides no se preocupa por las cámaras que lo están tomando.

—No los hago cómplices —dice—, pero cuento con algunas pruebas inquietantes.

—¿Las encontraremos en el próximo número de *Impacto*?

Benavides repite la ceremonia del corto silencio y luego, con tono pausado, anticipa la nota que piensa escribir. Dice que conoció al padre de Juan Ignacio Aráoz. Lo retrata como una suerte de filósofo de la no violencia que, por propia decisión, cultiva el bajo perfil. Asegura que el encuentro con Isidro Aráoz fue muy enriquecedor y sirvió para alumbrar más de un punto oscuro. Dice que eso podrá leerse en el próximo número de *Impacto*.

—Que mañana estará en todos los quioscos —completa Neustadt.

—El jueves —corrige Benavides y cree que han llegado al final de la entrevista.

Se equivoca. Neustadt anuncia que aún queda una pregunta.

—La última, tal vez —dice—: ¿En *Impacto* del jueves habrá nuevos datos sobre ese misterioso Club?

—Los habrá —asegura Benavides—, por ahora es todo lo que puedo decir.

Neustadt lo señala con el índice de su mano derecha.

—Usted parece un hombre inteligente —dice—, zonzo no parece. Supongo que sabrá lo que hace. Gracias por haberme soportado.

Por señas, la productora le indica a Benavides que ya se puede poner de pie. Benavides se para y camina hacia la banqueta. Con una sonrisa se despide de la mujer con vestido de múltiples colores, continúa sin saber quién es y de qué hablará, y sigue a la productora que lo acompaña a la sala de maquillaje. Se acomoda en el sillón y cierra los ojos. Mientras le quitan la crema de la cara, piensa en las últimas palabras de Neustadt: supongo que sabrá lo que hace. Cuando la maquilladora le golpea el hombro para advertirle que ha concluido, tiene la certeza de que esas palabras cargan un definitivo tono de amenaza.

18. Saló o los 120 días de Sodoma

El Muñeco Santángelo no se cansa de repetir que Bernardo Neustadt es un maestro entre los maestros. Lo considera su mentor y se complace en repetir sus frases emblemáticas. «Lo dejamos ahí», suele decir el Muñeco cada vez que quiere cortar un diálogo, incluso se parece a Neustadt cuando lo dice. Dedicó un número especial de *Impacto*, con tapa incluida, para el tercer casamiento de su maestro y mentor y, por supuesto, asistió orgulloso a la ceremonia. Por aquellos días Benavides aún trabajaba en el diario de su pueblo y ni siquiera pensaba que alguna vez iba a ser periodista de *Impacto* y, menos aún, que alguna vez lo iban a invitar al programa de Neustadt.

Benavides sale del ascensor dispuesto a oír el elogio de Mumi, su aplauso, pero Mumi, acaba de ver, ha sido reemplazada por Marisa y, como ya se ha dicho, Marisa no disimula su antipatía hacia Benavides. A él no le preocupan ni las opiniones ni los sentimientos de Marisa, por lo que le brinda un saludo cortés y entra en la redacción. Allí solo encuentra a Di Salvo, la pipa en la boca y los ojos clavados en la pantalla de la computadora. Benavides se acerca y comprueba que Di Salvo

no está editando ninguna nota: lo entretiene un solitario, otra de sus secretas pasiones.

—¿Y la tropa? —pregunta Benavides.

Sin quitar los ojos de la pantalla, Di Salvo informa que los muchachos están de asamblea. Benavides se encoge de hombros.

—¿Me viste? —pregunta.

—Te vi —dice Di Salvo y por fin retira los ojos de la pantalla—. Creaste suspenso. Santángelo te agradecerá la publicidad; en caso de que aumenten las ventas, claro.

—Santángelo dice que Neustadt es un maestro.

—No creas en todo lo que dice el Muñeco.

Benavides aprueba con un gesto y antes de que Di Salvo gire otra vez hacia la computadora, hace la pregunta que desde ayer lo inquieta.

—Neustadt tenía cierto tono amenazante, ¿lo notaste? —pregunta.

Di Salvo vacía su pipa en el cesto de los papeles, mira fijo a Benavides y dice:

—Neustadt es una amenaza en sí mismo, pero cortala de una vez: nadie te va a chupar.

—El tono —insiste Benavides—, por el tono digo.

Di Salvo le explica que es imposible discutir sobre los tonos de voz, lo que para algunos puede significar amenaza, para otro puede ser indiferencia o incluso cariño.

—Para mí no fue ni una cosa ni la otra, simplemente no le presté atención —concluye.

Benavides otra vez aprueba y pregunta si alguien lo llamó.

—Mumi no está —dice— y a Marisa no la trago.

—Tranquilo —dice Di Salvo—, aquí estoy yo, señor, para atenderlo. Te llamó Susana Gonçalves, dijo que la llames cuanto antes. A vos que te preocupan los tonos, lo dijo con tono de pocos amigos.

—¿Nadie más? —quiere saber Benavides y piensa que tal vez Neustadt no tiene la audiencia que dicen que tiene.

—Sí —dice Di Salvo—, hubo otra llamada.

—Paula —dice Benavides—, estaba seguro de que iba a llamar.

Di Salvo niega moviendo la cabeza.

—No, nada de Paula —dice—, era la voz de un hombre. Preguntó por vos, le dije que no estabas, que podía hablar conmigo. El tipo hizo un gruñido corto, o es lo que yo creí oír, y se largó con un discurso místico, divertido y delirante, como son esos discursos. Pensé que se trataba del padre de Juan Ignacio, por lo que me habías contado. Le iba a preguntar si era el padre de Juan Ignacio, pero el tipo no me dio tiempo, gritó que vos eras Judas y cortó.

—Otra amenaza —dice Benavides.

—Otro loco, no te preocupes —dice Di Salvo—, no todos constituyen una amenaza.

—No me preocupo —miente Benavides y va a su escritorio, dispuesto a llamar a Susana Gonçalves.

En el primer intento encuentra la línea ocupada. Deja pasar unos minutos e insiste. Ahora suena, pero nadie se inquieta por atender. Cuando está a punto de colgar, Benavides oye una voz, un timbre de voz, que se le ha vuelto inconfundible: Susana Gonçalves pregunta quién llama.

—Benavides, soy Raúl Benavides. Usted quería hablar conmigo.

—Sí, quería hablar con usted —dice Susana Gonçalves— ¿Por qué fue a entrevistar a mi marido?

A Benavides le sorprende la pregunta, aunque nada debería sorprenderle de esta mujer.

—A su ex marido —dice.

—A mi marido —insiste Susana Gonçalves—, lo que Dios ha unido no puede separarlo el hombre.

Benavides se dispone a oír otro discurso místico. Comienza a pensar que tal vez es un mal de familia. ¿Juan Ignacio también habrá sido así? Tendrá que preguntárselo a Paula.

—Quiero saber qué habló con mi marido, qué fue lo que él le dijo.

—Lo puede leer en *Impacto* —dice Benavides—, saldrá el jueves.

Benavides acaba de recurrir a un tono entre agresivo y amable y antes de que Susana Gonçalves se largue otra vez con sus protestas, dice que debe cortar, que lo están llamando por la otra línea. No espera respuesta, cuelga y por un buen rato deja la mano apoyada sobre el auricular. ¿Qué habrán tenido en común Susana Gonçalves y Isidro Aráoz? El teléfono suena nuevamente. Atiende dispuesto a oír la voz chillona de la Gonçalves. Nada de eso, ahora oye una voz de mujer que le suena de maravillas.

—Tenemos que hablar —dice Paula Grimaldi—. Hice una de limón, me dijiste que te gustaba.

Benavides no recuerda haber dicho eso. Se asombra por la buena memoria de Paula y dice que estará por allí a la hora del té. Llega puntual. Sabe que sobre la mesa ratona del living estarán la tetera, dos platos, dos tazas y, por supuesto, la torta de limón. Paula le ofrece un buen trozo. Benavides la prueba y hace un gesto de halago. Bebe un sorbo de té con la vana esperanza de que lo ayude a digerirla. Las tortas de Paula Grimaldi no han modificado su sabor, Paula, en cambio, se ve más atractiva. Benavides comienza a descubrirle ciertos rasgos que hasta ese momento habían pasado desapercibidos. «La gente es según quién la mire», había dicho Isidro Aráoz y en eso tal vez tenía razón.

—¿El encuentro es solo para beber saborear tus exquisiteces y beber el té? —pregunta.

—Además —dice Paula— quería hablar con vos por lo que contaste en ese programa de TV.

No ha dicho ni Neustadt ni *Tiempo Nuevo*, sus razones tendrá.

—¿Lo que conté? —pregunta Benavides.

—Sí —dice Paula—, quiero saber de qué hablaste con Isidro, el padre de Juan Ignacio.

—Lo que anticipé en el programa —dice Benavides y por alguna razón que no alcanza a explicarse también él omite nombres—, el resto saldrá el jueves en *Impacto*.

Dos mujeres se han interesado por su charla con Isidro Aráoz. En Susana Gonçalves es comprensible: había sido la esposa. ¿Paula Grimaldi habrá sido su amante?

—Me pareció un pobre tipo, Isidro Aráoz, digo —afirma Benavides y espera la defensa de Paula.

Paula aprueba ese juicio. Benavides se alegra.

—Está fuera de época —agrega con tono indulgente.

—Sí, pero ¿qué te dijo de Juan Ignacio?

—Nada, poco o nada.

—En televisión dijiste que te había revelado una serie de cosas.

—Son cosas que se dicen por televisión.

—¡No me mientas! —dice Paula Grimaldi y parece indignada.

—En todo caso le miento a los espectadores. A vos te estoy diciendo la verdad. Ese hombre solo recita tonterías.

Paula sirve otra taza de té.

—¿Sabía algo de las fiestas que se hacían en el Club? —pregunta.

—¿Qué fiestas?

—No te hagas el ingenuo. Vos sabés de qué fiestas hablo.

Benavides asegura que nada sabe de esas fiestas. ¿Qué fiestas?, repite, y de pronto se siente como el pastor en la fábula

del lobo y las ovejas, con la diferencia de que el pastor mentía y él no. Paula le cree. Con voz pausada habla de ciertas reuniones que se realizaban en algún sitio de ese Club. Dice que iba gente importante, muy importante. Empresarios poderosos y altos funcionarios del gobierno. Benavides imagina reuniones masivas, Paula de inmediato le quita esa idea.

—Grupos reducidos —dice—, no más de cinco personas.

—Una mesa de póquer —dice Benavides.

—El póquer es un juego limpio —dice Paula—. Eso, en cambio, no era un juego, era una porquería. ¿Comprendés qué quiero decir cuando hablo de fiestas privadas?

Benavides hace una sonrisa comprensiva.

—No es difícil de entender —dice—: reuniones con chicas de buen precio y mejor cuerpo. Tanto tienes, tanto vales. Fiestitas como esas se hacen en casi todos los barrios de Buenos Aires. Podés organizarlas en menos de quince minutos; basta con que consultes el rubro 59 de los clasificados de *Clarín*.

Paula apoya la taza de té sobre la mesa y lo mira de mala manera.

—No te hagas el cínico —dice—. No hablo de prostitutas.

—¿Hablás de jóvenes modelos que mágicamente se enamoran de empresarios poderosos? Ellas también guardan la lista de precios en la cartera.

—No hablo de las chicas que posan en tu revista —dice Paula y se pone de pie.

Benavides no se mueve del sillón. Es necesario mantener la calma, tiene que proceder con cautela para no arruinar lo poco que hasta este momento ha conseguido. Arma una sonrisa que, desea, no sea cínica y le pide que no lo malinterprete. Durante un rato habla de los sapos que se deben tragar los periodistas y explica que el cinismo es un modo de defenderse. Se dispone a pronunciar un discurso acerca del sagrado ejercicio de la profesión, pero no es necesario: Paula Grimaldi vuelve a sentarse,

recoge algunas miguitas dispersas sobre la mesa y le pregunta si quiere más. El martirio a cambio de la información. Benavides dice que sí, que será un placer, y le alcanza el plato conciliador. Paula Grimaldi le devuelve el plato cargado con una porción generosa. Benavides lleva un trozo a su boca y lo degusta con gesto de gourmet; después intenta una sonrisa que resuma tanto gozo y placer. Ahora solo debe esperar las palabras de su anfitriona.

—¿Cuánto hace que sos periodista? —pregunta Paula.

A lo largo de casi diez minutos hablan de la prensa amarilla y de las ventajas y desventajas del periodismo en cualquiera de sus modalidades. Benavides ha comido casi la mitad de la torta y con cada trozo que lleva a su boca pierde la esperanza de lograr algo más de información. Debe arriesgarse. Dice:

—Me estabas hablando de ciertas fiestas. Si no asistían ni prostitutas ni señoritas con ansias de progreso, ¿Quiénes iban? ¿Travestis?

—Tenés poca imaginación o sos algo ingenuo —dice Paula.

Benavides piensa en una reunión de homosexuales. No ve ningún peligro. Está a punto de preguntarle si es homofóbica.

—¿Homosexuales? —pregunta casi para sí.

—Definitivamente, tenés poca imaginación —dice Paula—, o tal vez decidiste negar algo que está frente a tus ojos.

Frente a los ojos de Benavides solo hay un plato con restos de un mazacote. Benavides hace un rápido inventario de posibles fiestas innobles: con animales, con cadáveres, con deformes, de pronto se detiene, está a punto de gritar: «¡Eureka!», pero solo dice:

—Con chicos. Las fiestas eran con chicos.

—Así dicen —confirma Paula.

—Contame lo que sepas —pide Benavides.

Paula sabe poco, pero sospecha mucho. Se apresura a aclararle que no tiene forma de probar nada. «Solo son sospechas», dice.

—Sabrás que el Club prestaba sus instalaciones deportivas a los colegios de la zona que carecían de gimnasio.

—Lo sé —dice Benavides—, y también sé que Juan Ignacio Aráoz era alumno de uno de esos colegios.

—Lo era —confirma Paula.

—E iba a esas fiestas —agrega Benavides.

—Tal vez —dice Paula.

—No sos precisa. ¿Todos los alumnos que venían al Club iban a esas fiestas? —pregunta Benavides.

—No seas exagerado. Sabés que no. Los chicos que participaban de las fiestitas se podían contar con los dedos de una sola mano.

—Por lo que ahora, si descontamos a Juan Ignacio, quedarían apenas cuatro —indica Benavides.

—Que no van a decir una sola palabra —confirma Paula.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque nadie anda contando en público las porquerías que hace en privado.

Paula Grimaldi, mujer al fin, es un pozo de sorpresas. De pronto parece conocer al dedillo la oscura historia de ese Club.

—¿Cómo sabés tanto? —pregunta Benavides.

—No sé nada—dice Paula Grimaldi—, solo intuyo.

Benavides no cree en la intuición de Paula, supone que ella sabe bastante más de lo que dice. Debe andar con cuidado, controlar cada palabra, la mínima ofensa podría hacer que se calle definitivamente.

—Estamos como al principio —admite Benavides—, nos manejamos con base en sospechas. Los chicos no hablan y no creo que los socios del Club divulguen sus travesuras por los alrededores.

—Seguro, son muy reservados.

Benavides intenta que la pregunta sea inocente:

—Entonces, ¿vos cómo lo sabés? —pregunta.

—Juan Ignacio me contó algo —dice Paula—, él conocía a más de un socio.

—¿Conocía? ¿Entonces te contó qué hacían?

—No, solo lo insinuaba. Daba a entender que él no tenía nada que ver con eso.

—¿Qué era «eso»? ¿La reunión de algunos señores con algunos chicos? —pregunta Benavides.

—¿Decime qué pueden hacer cuatro o cinco respetables señores encerrados, bajo absoluto secreto, con chicos de entre doce y quince años? —pregunta Paula.

—Eso depende de tu imaginación. Tal vez le explicaban de qué modo se conduce exitosamente una empresa o cómo transitar los sinuosos caminos de la política. ¿Por qué no pensar que se trataba de gente de bien que se preocupaba por el futuro de ciertos chicos cuidadosamente elegidos?

—Vas por el camino correcto —sonríe Paula—: chicos elegidos con especial cuidado, aunque no precisamente para explicarles los misterios del marketing. Los encuentros se hacían una o dos veces por semana, cuando en el Club casi no quedaba nadie.

—Fagot tuvo que verlos —dice Benavides.

Paula Grimaldi se sorprende.

—Dijiste que no conocías a ese hombre —dice.

Benavides advierte su error. No puede demorar la respuesta.

—Y no lo conozco —confiesa—, vos lo nombraste cuando me contaste la historia del Club.

—Pero no te dije quién era y qué hacía.

—Lo dijiste. Me dijiste que era el intendente o cosa parecida.

—¿Y el nombre te quedó grabado?

—El nombre no, el apellido. Es como si hubiera sido piano o arpa o trompeta, te tiene que quedar; un apellido así te tiene que quedar.

El argumento resulta razonable.

—Sí, Fagot tuvo que verlos —reconoce Paula—, pasa día y noche en ese Club.

Benavides ha superado el obstáculo. Sabe que en lo sucesivo deberá controlar cada cosa que diga.

—¿Ese tal Fagot les cuidaba las espaldas? —pregunta.

—No creo. Supongo que aceptaba las cosas tal cual eran.

—¿Qué cosas? —pregunta Benavides.

—¡Las fiestas! —grita Paula, indignada— ¡Por favor, no te hagas el idiota! ¿O seguís pensando que eran reuniones pedagógicas?

—No pienso nada —dice Benavides y no miente—, pero hasta ahora no me diste una sola prueba.

—Ni creo que pueda dártelas. Pero estoy segura de que en esas reuniones secretas se cocinaban las peores porquerías, cosas inmundas.

—Algo así como Saló —dice Benavides.

—¿Saló? —se sorprende Paula.

—Pasolini —dice Benavides—, *Saló o los 120 días de Sodoma*.

—Eso, eso mismo —dice Paula Grimaldi—, aunque en este caso prescindían de las mujeres, elegían exclusivamente a chicos. Las porquerías las hacían exclusivamente con chicos. Champagne y cocaína.

—Es duro lo que decís.

—Es duro lo que hacían. Pero no tengo modo de probarlo.

—Más allá de que puedas probarlo o no, sigo sin entender qué tiene que ver eso con la muerte de Juan Ignacio Aráoz.

—Tampoco yo lo entiendo, es el gran misterio: quién lo mató y por qué lo mataron —reconoce Paula Grimaldi y se pone de pie.

Benavides entiende que es hora de irse. Fue una buena cosecha y la torta de limón no parece haber dañado su estómago.

19. Con la muerte en los talones

Pederasta o pedófilo. Eugenio insiste en que son sinónimos. Benavides asegura que hay una sutil diferencia entre un término y otro. Pederasta, dice, es quien comete abuso sexual con niños; pedófilo, en cambio, es quien tiene fantasías sexuales con niños, pero que rara vez las cumple.

—¿Y si las cumpliera? —pregunta Eugenio.

—Inmediatamente pasaría a ser un pederasta —dice Benavides.

Están en El Pensamiento. Habían dejado de verse luego del viaje a Turdera y ahora, casi dos semanas más tarde, ocupan una mesa en este viejo bar de Montes de Oca y Brandsen, a pocos metros de Los campeones, la pizzería en la que habían comido de regreso de aquel viaje. ¿Hay alguna razón para que se repita el escenario? Ninguna, pura coincidencia. Esta mañana Benavides había atendido, somnoliento, una llamada de Eugenio. Supuso que lo llamaba para hablarle de su participación en el programa de Neustadt, pero no fue así. Eugenio quería que lo acompañase a la Sociedad Luz. Dijo que era una centenaria biblioteca socialista que podría servir-

le para una nota de color, pero no le dijo por qué tenía que ir a esa biblioteca; Benavides tampoco se lo preguntó. *Impacto* ya estaba en la calle, por lo que no tenía apuro por llegar a la redacción. Una hora después, él y Eugenio entraban en la Sociedad Luz. Eugenio habló un largo rato con el que podría ser uno de los directivos. Benavides se apartó de ellos y fijó su atención en un gran retrato de Marx que colgaba de una de las paredes del hall. Nuevamente en la calle, Eugenio le contó que la Sociedad Luz tal vez era el futuro escenario para una campaña publicitaria o para un corto. Benavides no le prestó mayor atención porque justo en ese momento pasaban frente a un quiosco de revistas. Señaló la tapa de *Impacto* y le dijo que en ese número había una nota que podría causar revuelo. Al llegar a Brandsen y Montes de Oca, Benavides ignoró la pizzería en la que habían comido una semana antes, pero puso su atención en el bar de la vereda de enfrente, en el nombre de ese bar: El Pensamiento. Benavides dijo que se llamaba así en homenaje a la flor. Eugenio sostuvo que era un argumento algo elemental, que había que buscar razones más profundas, pero en lugar de buscar esas razones preguntó por qué la nota en *Impacto* iba a causar revuelo. Benavides le contó qué planteaba en la nota. Eugenio se interesó y ambos decidieron que El Pensamiento era un buen sitio para hablar de ello. Eligieron una mesa junto a la ventana. Ahora, después de conocer qué diferencia hay entre pedófilo y pederasta, Eugenio le pregunta de dónde sacó el material para escribir esa nota. Benavides dice que el material se lo brindó Paula, que él se limitó a contar lo que le contara Paula. Eugenio hace un gesto despreciativo.

—Pensé que era una fuente más seria —dice—. No podés apoyarte en el delirio de una profesora de literatura, algo histérica y sin nadie que la trate con la atención que se merece.

—No es como vos pensás —dice Benavides.

—Es como yo pienso —dice Eugenio—. Cortala con esa señora y por ahí hasta te convertís en un buen periodista.

—Para consejos prefiero los del Viejo Vizcacha —dice Benavides y apoya la taza sobre la mesa— ¿Probaste el café?

—Una mierda —confirma Eugenio.

Benavides se alegra de que al menos en algo coinciden. Dice que tiene que volver a la redacción.

—Vamos en un taxi, te dejo de paso —dice Eugenio.

Durante el viaje casi no hablan. Benavides espera que en algún momento Eugenio se refiera a *Tiempo Nuevo*, pero espera en vano. Por lo que se ve, su amigo decidió ignorar a Neustadt y a su programa. Ahora Benavides baja del auto con la esperanza de encontrar a Di Salvo.

—Se fue hace más de una hora, dijo que volverá —informa Mumi y agrega—: a vos te llamó una tal Susana Gonçalves, dijo que a las seis te espera en el Petit Colón.

Benavides mira la hora, faltan diez minutos para la seis.

—¿Te dijo para qué? —pregunta.

—No —dice Mumi—, pero insistió en que era muy importante.

Ahora Benavides está en una mesa del rincón. Ha pedido un té y antes de que el mozo se lo traiga ve que Susana Gonçalves entra por una de las puertas laterales. No parece venir en son de paz.

—¿Qué quiso dar a entender? —pregunta ni bien se sienta.

—¿Dar a entender?

—Sí, con lo que escribió acerca de mi hijo. Eso de que Nacho iba al Club por cosas raras.

Se ve de verdad crispada. Benavides decide ser cauteloso.

—Es lo que cuentan —dice.

—¿Quién lo cuenta? ¿Esa miserable profesora? —dice Susana Gonçalves. Tiene tono de pregunta, pero es una afirmación.

Benavides le recuerda que los periodistas están autorizados a no revelar las fuentes. Dice que si lo ha llamado para eso pierde el tiempo y dice que a él le interesaba tanto como a ella llegar a la verdad.

—Pero no de esta manera —dice Susana Gonçalves—. No con mentiras, no ensuciando a mi hijo.

—¿Ensuciarlo?

—Usted sabe de qué hablo. Todo lo que le dijo esa profesora es mentira. Nacho iba exclusivamente a nadar, solo a nadar.

—Si usted lo dice —acepta Benavides—, debe ser verdad.

—¡Es la única verdad! —dice Susana Gonçalves y de su cartera saca un par de hojas de papel, muy ajadas. Parece la fotocopia de algo.

Benavides aprueba, obediente.

—Oiga, oiga bien —dice Susana Gonçalves—: «A la audiencia dispuesta en autos a fin de aclarar los términos del informe relativo a la autopsia de Juan Ignacio Aráoz, manifestando ambos comparecientes que prestaban juramento a decir la verdad, conocer las penalidades del falso testimonio y no...».

—Sí, sí —interrumpe Benavides—, es un informe forense, ¿a dónde quiere llegar?

—A esto —dice Susana Gonçalves, saltea algunos párrafos y lee—: «el deceso se produce como consecuencia de los politraumatismos que provocaron fracturas múltiples en las piernas, en las mandíbulas superior e inferior y en las costillas del sector izquierdo». ¿Comprende?, así murió mi hijo.

Benavides no comprende nada. Ni el interés de esa mujer en explicarle cómo ha muerto su hijo ni por qué en esa autopsia que le acaba de leer hay una serie de párrafos prolijamente tachados con marcador negro.

—Hay algo que no entiendo —dice.

Susana Gonçalves no lo oye. Se ha puesto de pie, murmura algo que Benavides no logra escuchar y se marcha. Benavides toma lo que queda del té, deja unos pesos sobre la mesa, sale del Petit Colón y ya en la calle duda si regresar a *Impacto* o volver a su casa. Decide volver a su casa. Mañana hablará con Di Salvo: solo él puede conseguir una copia de esa autopsia. Ahí hay algo que no cierra y necesita saber qué es.

20. Ciudadano Kane

Benavides llega temprano. Mumi se sorprende, pero no pregunta nada. En la redacción sí preguntan. Benavides dice una tontería del tipo «me caí de la cama» y con eso los deja tranquilos. Di Salvo todavía no está, y esa es la única ausencia que le preocupa. Se entretiene buscando antiguas notas en el archivo de su computadora cuando un inconfundible y grato aroma a tabaco inglés anuncia que Di Salvo acaba de entrar.

—¿Te caíste de la cama? —pregunta.

A Benavides le divierte que hayan coincidido en la misma frase tonta.

—Tengo que pedirte un favor —dice.

Di Salvo lo invita a ir a su pecera. Allí Benavides le cuenta la charla que ayer tuvo con Susana Gonçalves.

—Es importante conseguir una copia de esa autopsia —concluye.

—¿Te parece tan importante?

—Tenía algunos párrafos tachados.

Di Salvo sonrío.

—¿Eso es todo? —pregunta.

—Por algo estaban tachados —dice Benavides.

—Suele pasar —explica Di Salvo—. Tal vez eran cosas muy duras. Cuando describen al cadáver los forenses se olvidan de la poesía. La pobre mujer no querría volver a leerlos y los tachó.

—Conseguime una copia de esa autopsia —dice Benavides—, y si tiene algo raro, juro en nombre de la poesía que te invito con un combo de McDonald's.

—Espero que no tenga cosas raras —dice Di Salvo.

Benavides festeja el chiste y se dirige a su escritorio. Ni bien llega deja de reír. Junto a la computadora hay un pequeño paquete, envuelto en un brillante papel de regalo. En una tarjeta, adherida al paquete, lee su nombre, mal escrito: han puesto Benavidez, con zeta. Marca el número de Mumi.

—Hay un paquete sobre mi mesa, ¿quién lo trajo? —pregunta.

—Un chico, recién —dice Mumi—. No tuve que firmar nada. Dijo que era para vos, lo dejó y se fue.

Benavides levanta el paquete con cuidado y lo lleva hasta la pecera de Di Salvo.

—Llegó recién —dice.

—¿Y? —pregunta Di Salvo.

—Podría ser una bomba —decreta Benavides.

—Se parece más a un reloj de pulsera —dice Di Salvo— ¿En los últimos días no hiciste ninguna nota mencionando alguna marca de reloj o cosa parecida?

Dos meses antes Benavides había escrito algo relacionado con el tiempo, al modo en que medían el tiempo los antiguos y cómo se mide en nuestro días. Era una nota de compromiso a favor de cierta marca de relojes. Tal vez ahora le estaban devolviendo el favor.

—Espero que hayan sido generosos —dice, rasga el papel y abre la cajita. Lo que encuentra en su interior no es un reloj. Sin decir palabra, se lo muestra a Di Salvo.

—Hijos de puta —murmura Di Salvo y saca el pequeño ataúd negro que está en el interior de la cajita.

—¿Hay algún mensaje? —pregunta Benavides.

Di Salvo recoge una tarjeta que estaba debajo del ataúd.

—Cortala o sos boleta —lee.

—¿Nada más? —pregunta Benavides— ¿Solo eso?

—Nada más, solo eso —repite Di Salvo—, son poco creativos.

—Es lo mismo que me dijeron por teléfono —dice Benavides.

—Insisto, son pocos creativos —dice Di Salvo.

—No jodás —dice Benavides.

—No jodo. Solo digo que no son creativos —dice Di Salvo—. Habrá que hablar con Santángelo.

Sin duda, el tema es grave. Di Salvo ha resuelto pasar por alto a los directivos de la editorial e ir directamente hasta Santángelo. Como todo el mundo sabe, a Santángelo no se lo molesta por asuntos menores.

La secretaria privada transmite el pedido y promete que ya le avisará. Dos horas más tarde anuncia que el señor Santángelo los recibirá en su despacho, a las 16. Benavides se alegra por la pronta respuesta. Di Salvo le advierte que no se ilusione, esas citas no siempre se llevan a cabo. Santángelo suele cancelar sus audiencias, a veces en el mismo momento en que se van a producir. En esos casos, la secretaria privada ni siquiera se molesta en pedir disculpas, se limita a comunicar que el señor Santángelo lo recibirá apenas pueda. Solo resta aguardar la próxima llamada y, muchas veces, la próxima cancelación.

A las cuatro en punto Di Salvo y Benavides están en la antesala del despacho de Santángelo. Se saben observados por

la atenta mirada de la secretaria privada, por lo que hablan en voz muy baja sobre el último número de *Impacto*.

—El señor Santángelo los espera —anuncia la secretaria privada.

Di Salvo y Benavides se ponen de pie y en ese orden ingresan al despacho. Santángelo está frente a su computadora. Sin quitar la vista de la pantalla ha extendido el brazo derecho hacia ellos; ahora con enérgicos ademanes les indica que se acerquen. Ambos llegan hasta el borde del escritorio. El dedo índice de Santángelo les ordena que cada cual ocupe un asiento. Primero lo hace Di Salvo, después Benavides. La mano de Santángelo, abierta del todo, les pide que aguarden un instante. Benavides piensa en Dedos, la mano-personaje de los «Locos Adams», y está a punto de reír. Santángelo archiva lo que había escrito y gira el sillón hacia ellos.

—Hola, Di Salvo, hola Souci —dice.

—Benavides. Raúl Benavides —corrige Benavides.

Sabe que Santángelo acostumbra a confundir el nombre de sus subalternos. Hay quienes lo atribuyen a la falta de memoria; otros, al natural despiste; la mayoría, al consejo de alguno de los muchos libros de marketing que ha leído.

—Benavides, claro, Benavides. Muy buenas tus notas, captaste el espíritu de *Impacto*, te pusiste la camiseta.

Benavides agradece el elogio. Ponerse la camiseta de la empresa es una consigna básica de Santángelo, casi una exigencia.

—Según el IVC crecieron las ventas —informa Di Salvo.

—Estaba seguro —dice Santángelo—, te había dicho que con la muerte de ese chico íbamos a agotar.

En realidad, nunca se lo había dicho, pero Santángelo acostumbra a quedarse con el éxito de los otros.

—También estamos agotando la paciencia de alguien —dice Di Salvo y señala a Benavides—, ya recibió dos amenazas. Hoy llegó esto.

Busca el pequeño ataúd en su bolsillo y lo acomoda sobre el escritorio. Santángelo lo recoge, lo observa un instante y vuelve a colocarlo en su sitio, después se deja caer sobre el respaldo del sillón, levanta la cabeza hacia el techo y se queda largo rato observando el cielorraso, mientras se golpea reiteradamente la punta de los dedos; parecen minúsculos aplausos. El gesto puede ser de impaciencia o de indignación: el abuelo sabio no soporta que lo molesten por tonterías. Benavides piensa decir algo, pero justo en ese instante Santángelo deja de mirar el techo y de golpear la punta de sus dedos.

—Está todo controlado —dice.

—¿Controlado? —pregunta Benavides.

Santángelo sonrío.

—Sabemos de quién se trata —dice sin el menor tono de misterio.

Di Salvo y Benavides se miran. El poder de la familia Santángelo es bastante más fuerte de lo que ellos imaginaban. Di Salvo deja la pregunta para Benavides; en definitiva, es él quien recibe las amenazas.

—¿De quién se trata? —pregunta Benavides.

Santángelo balancea un instante el sillón y le ofrece una nueva sonrisa, algo más amplia que la anterior.

—La competencia —dice—, la competencia.

Di Salvo y Benavides vuelven a mirarse. La familia Santángelo tenía el poder que se merecía. Ahora su único hijo, llevado por el lento balanceo del sillón, les habla de las duras leyes del mercado.

—Solo pueden detenernos con amenazas. No soportan el éxito de *Impacto*. Hay que ignorarlos, chicos, ignorarlos. En agosto del 87 *People* inició una serie de notas acerca de la misteriosa muerte de una azafata de American Airlines o de Varig, ya no recuerdo. Aquella vez el cronista de *People* recibió amenazas telefónicas y escritas: si no terminaba con la investigación iban a terminar con su vida.

Santángelo hace una larga pausa, esperando la pregunta.

—¿Y? —pregunta Di Salvo.

—People denunció esas amenazas. Nunca se supo quién las había hecho, se sospechaba de *American Enquire*. Si de verdad fue la gente del *Enquire*, el tiro les salió por la culata: las ventas de *People* aumentaron rabiosamente.

—¿Y con el periodista? —quiere saber Benavides—, ¿con el periodista qué pasó?

—Nada, no pasó nada. Se acabaron las amenazas —dice Santángelo y hace otra pausa, pero en este caso no es para esperar una pregunta, porque agrega—: Tendremos que decir que nos están amenazando.

Me están, quiere decir Benavides, pero solo pregunta:

—Decirlo, cómo.

La sonrisa de Santángelo en esta oportunidad es para Di Salvo.

—Tal vez un pequeño editorial que hable de los riesgos del periodismo o cosa parecida. Tiene que ser algo contundente y emotivo. Vos sabés como hacerlo, Damián.

—Pero las amenazas, ¿quién hace las amenazas? —se impacienta Benavides.

Santángelo no le dedica ninguna sonrisa.

—La competencia, ¿tengo que repetirlo? —dice y se deja caer sobre el respaldo del sillón, como quien descansa el cuerpo después de una dura jornada.

—Pero... —comienza a decir Benavides.

Santángelo se pone de pie.

—No más de veinte líneas, Damián. Duro y emotivo, vos me entendés.

Se marchan en silencio, saludan a la secretaria privada con un gruñido y bajan por las escaleras sin decir palabra, temerosos de que algo o alguien pueda oírlos. Cuando llegan a la redacción, Benavides pregunta:

—¿Vos te lo creés?

—No, yo no —dice Di Salvo—, pero él sí, eso es lo grave.

Cualquiera de las revistas de la competencia podría hacer ese tipo de amenazas, pero Benavides y Di Salvo coinciden en que ninguna de ellas se ha tomado ese trabajo.

—¿Vas a escribir el editorial que te pidió?

—Ya veremos cómo zafo. Confío en que ese hijo de puta no llame más. A lo mejor solo fue un chiste.

—¿Un chiste? —pregunta Benavides, resignado.

21. Apocalipsis Now

A veces es preciso volver a las fuentes. Benavides le dice a Di Salvo que va a buscar cierta información, off the record, dice, que tal vez le tomará toda la tarde. Di Salvo pregunta de qué mujer se trata y aconseja que se cuide, que el sida no perdona. Benavides hace un guiño cómplice.

—Ya la vas a conocer —dice y describe a una mujer que se parece bastante a Paula Grimaldi.

La vida romántica de Raúl Benavides carece de brillo. El resultado de un minucioso inventario arrojaría alguna novia de la adolescencia, que no tuvo la voluntad de esperarlo cuando él abandonó Lobos para probar fortuna en la Capital. Después hubo tres o cuatro relaciones temporarias que se acabaron sin ningún drama, de puro aburrimiento. Benavides jamás se ha imaginado viviendo en pareja, ni siquiera con un perro o un gato, una tortuga o un canario. Esto no lo angustia. Algún libro, resolver palabras cruzadas y ciertas series de televisión cubren cómodamente su tiempo libre. Nunca habla de mujeres, como consecuencia de ese silencio se ha labrado fama de seductor. Es sencillo alimentar la fantasía de

los otros, basta con ciertas respuestas enigmáticas y algunas frases ambiguas.

Di Salvo le desea buena fortuna e insiste en que no olvide el profiláctico. Benavides agradece el consejo y sale a la calle. La gente está preparada para creer cualquier cosa: en la redacción ya estarán especulando acerca de su nueva conquista. La realidad es bastante más pedestre: Benavides va en busca de Leandro Fagot, quien, por más esfuerzos que se haga, nada tiene de sexy.

¿Por qué ha decidido ir a lo de Fagot? Puso en un sobre el último número de *Impacto*. Una razón lógica podría ser: le entregará una revista que contiene un artículo que de alguna manera lo involucra. Sí, es una razón lógica, pero de ningún modo es una razón profunda, esencial. ¿Cuál es, entonces, la razón profunda de esta visita? Benavides la percibe, la siente, pero no está en condiciones de describirla. Intuye que Fagot dice menos de lo que sabe, por eso llegó al Club, preguntó por él y ahora lo está esperando. Por el modo en que Fagot lo recibe podría decirse que aguardaba esta visita. Lleva un jogging verde, con una toalla blanca apoyada en los hombros. Pese a la indumentaria, no tiene aspecto de haber practicado algún deporte: huele a Paco Rabanne y tanto el jogging como la toalla parecen recién estrenados. Benavides le da el sobre.

Fagot no lo abre, lo deja sobre el mostrador de recepción y le hace una seña al empleado; después se dirige a Benavides.

—Ya la vi —dice.

No parece ser lector de ese tipo de revistas. Se hace difícil imaginarlo frente a un quiosco, comprándola.

—¿La compró?

—Alguien la trajo aquí.

—¿Leyó la nota?

—La leí. Usted le está haciendo un flaco favor a la Institución.

—No digo nada en contra del establecimiento —dice Benavides—, solo describo el escenario donde ocurrieron los hechos.

—El escenario donde ocurrieron los hechos —repite Fagot—¿Por qué no la acaba con esas notas?

Ambos han quedado en medio del hall, a la vista de la gente que entra y sale.

—Aráoz no pertenecía al Club —dice Benavides.

—Eso es lo malo —dice Fagot.

—¿Malo por qué? —pregunta Benavides. Con un gesto señala el entorno y pide—: ¿No podemos ir a un sitio más tranquilo, a ese cuarto con banderines?

Fagot mira hacia uno y otro costado, después aferra con cada mano las puntas de la toalla.

—Allí es imposible —dice—, sígame.

Benavides lo sigue hasta una suerte de vestuario que por su aspecto hace mucho que no usan. El mal olor a humedad ahoga el buen aroma del Paco Rabanne. Fagot enciende la luz, aunque la que se filtra por los ventanales altos basta para iluminar la sordidez del sitio. Lo invita a que se siente en un largo banco de madera. Benavides se sienta y piensa que ahora una rata pasará entre sus pies. Es una de sus taras: imagina ratas invasoras cada vez que está en un sitio húmedo y cerrado. Fagot se acomoda en otra banqueta, frente a Benavides. Desde afuera se oyen algunos gritos. Se supone que cerca de ahí hay gente jugando al básquet o al fulbito. Fagot apoya las manos en las rodillas y balancea levemente su cuerpo.

—Las autoridades del Club están indignadas —dice.

Benavides no alcanza a entender si se trata de una amenaza o de una advertencia. Imagina al presidente del Club o al secretario general con la boca pegada al auricular del teléfono, anunciándole que lo van a hacer boleta.

—Me amenazaron otra vez —dice—, puede ser gente del Club.

Fagot no se inmuta.

—Si usted quiere pensar eso... —dice.

—Esta vez me enviaron un pequeño ataúd, típico de la mafia.

—Que yo sepa —dice Fagot—, en este Club no hay un solo socio que sea miembro de la mafia.

—No se burle —pide Benavides.

—No me burlo, pero usted dice cada cosa. No es para tomarlo en serio.

—Santángelo tiene otra teoría.

—¿Santángelo?

—El dueño de la editorial —explica Benavides. Por alguna razón lo tranquiliza que Fagot no conozca a Santángelo—. El otro día casi me mata un coche.

—La mafia no mata de ese modo —dice Fagot— ¿Usted sabe lo que es matar?

Benavides niega en silencio y en ese momento advierte un ligero cambio en la expresión de Fagot. Distingue algo diferente en su cara, algo difícil de explicar, que lo perturba.

—Matar es un arte —dice Fagot—, y son pocos, muy pocos, los artistas que saben ejecutarlo.

Habla en voz baja y monocorde, mira fijo a Benavides, aunque parece no verlo. Los ojos no le brillan, pero ahora tienen un tono lustroso, que tiene mucho de perverso. Benavides siente que debe irse de ahí, pero continúa inmóvil, escuchándolo.

—Nadie mata en el volante de un coche, tirándole el coche encima —dice Fagot—. Es algo así como matar a una gallina retorciéndole el cuello. Matar requiere cierto decoro, significa acabar definitivamente con la vida de otro, cortar-le para siempre ilusiones y esperanzas. Eso que hasta hace

un poquito así era un ser humano, el animal más perfecto de todos los que andan por este mundo, ahora apenas es un cadáver, despatarrado, inmóvil, al que en poco tiempo van a desmenuzar con el solo fin de saber cómo y cuándo murió. ¿Vio cómo identifican a los cadáveres en la morgue? Con una tarjeta de cartón, atada en el dedo gordo del pie izquierdo. Los cadáveres en la morgue no tienen grandeza. Sin embargo, ese cuerpo que está ahí, frío e indiferente, alguna vez fue alguien. Alguien que dejó de serlo porque usted lo ha matado, ¿se da cuenta? De pronto, usted es dios, puede hacer que yo en un instante deje de existir. En un instante, dije, y ahí está la verdadera clave: todo debe acabar rapidísimo, la transición debe ser inmediata, sin dolor, sin angustia, el que es matado no advierte que pasa de una categoría a otra, se va como en un sueño. Ese viaje definitivo solo está en manos de los verdaderos profesionales, de los que saben cómo lograr el disparo infalible, decisivo. Los que matan por odio o por amor, por venganza o por rencor es muy difícil que logren ese disparo. Por otra parte, la mayoría de ellos se arrepiente, comienzan a cargar culpas, no son verdaderos asesinos.

—¿Verdaderos asesinos?

Fagot no parece haber escuchado esa pregunta. Ahora habla de códigos.

—Hay ciertos códigos —dice—, que solo se cumplen adentro.

—¿Adentro?, explíquese —pide Benavides.

—No hay nada que explicar, cuando digo adentro, digo la gayola. ¿Recuerda a ese dentista de La Plata que liquidó a toda su familia, esposa, hijas y suegra, con una escopeta calibre 16,5 que, para colmo, le había regalado la suegra?

Benavides dice que sí, que lo recuerda. Fagot continúa:

—Le encajaron perpetua. Hace cuatro o cinco años que está en la Unidad 9 de La Plata. Entró como asesino de mu-

jeros, algo que los chorros no bancan, porque es como si se matara a sus hermanas o a sus madres. Pero el tipo tiene labia y empezó a explicar y a explicar, que la familia lo verdugueaba, que lo trataba de puto. Además, siempre habló de frente, con honestidad. Cuando los jueces le preguntaron si lo volvería a hacer, en lugar de poner cara de carnero degollado y entre sollozos decir que estaba arrepentido, el hombre dijo que sí, que esas mujeres lo tenían loco y que lo volvería a hacer. Lo verdugueaban, se lo merecían. Fijese cómo lo tratan. El Doctor, le dicen, y todos lo respetan.

—Sí, lo respetan —dice Benavides—. ¿Por qué me cuenta esto?

Fagot asiente y continúa:

—Piense por un minuto que el tipo, en lugar de liquidar a su familia, solo hubiera violado a sus dos hijas, se hubiera cogido a las dos pibas. Únicamente eso, sin matar a nadie. No bien llega al pabellón, los muchachos lo hacen mierda. ¿Cómo puede ser, si es el mismo tipo?

—No es el mismo tipo —dice Benavides—, en un caso se trata de un asesino, en el otro, de un violador.

—Me alegro de que sé de cuenta —dice Fagot—. Es cierto, no es el mismo tipo. Podrá serlo para los de afuera que ponen a todos en la misma bolsa. Adentro, la división es clara: violadores y torturadores en un lugar; asesinos profesionales, en otro. Los chorros jamás los juntan. Unirlos es, cuando menos, una falta de respeto. El asesino profesional hace su trabajo rápida y limpiamente, y no goza con lo que hace. El torturador y el violador, sí. Violar es torturar, ¿me entiende?

—Lo entiendo —dice Benavides y de pronto, casi sin pensarlo, pregunta—: ¿Usted alguna vez mató?

Fagot parece haber recuperado su semblante natural, los ojos ya no tienen ese tono lustroso, su voz suena de otro modo.

—Eso solo lo sabe mi cura confesor —dice—, y por aquello del secreto de confesión nunca lo diré. Ventajas que brinda la sacra Iglesia católica, apostólica, romana.

—Ventajas —acepta Benavides.

—Dígame —pregunta Fagot—, ¿qué gana metiéndose en lo que se está metiendo? *Impacto* es una revista de mierda.

Sobre el banco de madera, oliendo a encierro y a humedad y con la amenaza de una rata a punto de pasar por entre sus pies, Benavides piensa que Fagot tiene razón.

—No quiero ganar nada —miente—, solo me interesé por un caso no del todo claro. Una muerte no del todo clara.

Fagot sonríe.

—Me dijo que no le gustan las novelas policiales —dice—, solo en esas novelas las muertes son del todo claras.

Benavides se siente como un condenado en los minutos previos a la ejecución. Pasea su mirada por las paredes desnudas y acaricia suavemente la base del largo banco. Decide ponerse de pie, pero Fagot lo detiene.

—Todavía está a tiempo de arrepentirse —dice—. Yo le aconsejo que se arrepienta.

—Le agradezco el consejo, Fagot —dice Benavides y decide jugar su última carta—: ¿Qué puede decirme de esas fiestas que se hacían en algún lugar secreto de este Club?

Fagot no se inmuta. Es como si le hubiera preguntado qué prefería para sus vacaciones: el mar o la montaña. Piensa un instante y no hace nada para disimular la sonrisa.

—¿Quién le mete esas cosas en la cabeza?

—El secreto periodístico —dice Benavides— se parece mucho al secreto de confesión. Hay ciertas cosas que no puedo revelar.

—No joda, Benavides —dice Fagot—, seguramente fue la profesora Grimaldi quien le movió el espín. Gran error el mío por habérsela nombrado.

—Pero ¿se hacían o no?, las fiestitas, digo —insiste Benavides.

—Esta es una institución social y deportiva, ¿le tengo que dar un informe de todos los eventos, desde sociales hasta deportivos, que se realizaron en los últimos años? No me pida imposibles, Benavides.

—Solo le pido que me confirme si se hacían esas fiestitas. Fagot mira fijo a Benavides, ahora no sonríe.

—Si se refiere a cumpleaños de quince, bautismos o cualquier otro acontecimiento parecido, le digo que no. Los chicos aquí solo venían a las clases de natación y de gimnasia. Sus padres nunca solicitaron las instalaciones del Club para ningún tipo de fiesta.

—Yo me refiero... —comienza a decir Benavides.

Fagot lo interrumpe.

—Usted me cae bien —dice—, pero le confieso que a veces resulta pesado. Esta es una de esas veces. Termínela con esas notitas, no le van a hacer ningún bien.

—Pero... —comienza a decir Benavides.

Fagot vuelve a interrumpirlo.

—Pero nada —dice—, se acabó mi tiempo y se está acabando el suyo.

Lo ha dicho con una sonrisa. El tono, sin embargo, no parece alegre, pero, como dijera Di Salvo, ¿quién determina los tonos?

22. Blow-up

Raúl Benavides abre los ojos, se rasca la cabeza y mira el reloj: las diez. Piensa que podría dormir algo más, pero decide levantarse. Descalzo y en pijama, va hasta al cuarto de baño, se moja la cara y, a pesar de lo que le muestra el espejo, murmura que hoy puede ser un buen día. Un rato después está en la cocina. Prepara el café, lo corta con unas gotas de leche, busca un par de galletitas y se dirige hacia la ventana. La ceremonia del desayuno la cumple de pie, en menos de cinco minutos. Durante ese tiempo mira a la gente y a los coches que pasan por la calle, cuatro pisos más abajo. Hoy el cielo se ve nublado, con amenaza de lluvia. En un día como este Juan Ignacio Aráoz había encontrado la muerte. ¿Accidente, suicidio o asesinato? ¿A cuántos de los que caminan allá abajo les interesa resolver el enigma? Tal vez debía hacerle caso a Fagot y terminar para siempre con Juan Ignacio Aráoz y el misterio de su muerte. Mientras se ducha decide que eso es lo que hará. Basta de Juan Ignacio Aráoz, basta de mamá Susana y papá Isidro, basta del Club Social y de Fagot. ¿Eugenio estará en su casa? Marca el número de su amigo, él será el

primero en conocer su decisión. Eugenio no está. Benavides repite por tercera vez su nombre, pero del otro lado de la línea nadie contesta. O tal vez está y decidió no contestar. Benavides se ha vestido y antes de ir a *Impacto* llama otra vez. Eugenio persiste en su silencio, por lo que no se entera de la decisión de Benavides, aunque de nada hubiera servido que se enterara, porque un par de horas más tarde, luego de leer un texto que le mostrará Di Salvo, Benavides resolverá seguir con la historia de ese chico y su oscuro final.

Ni bien entra a la redacción se entera de que Di Salvo lo está buscando. Benavides piensa que ya le habrá conseguido la copia del informe de la autopsia.

—Aún no lo tengo, pero quiero mostrarte algo —dice Di Salvo y oprime una tecla de su computadora.

A Benavides se le ocurre que por fin va a enseñarle uno de sus poemas antes de mandarlo definitivamente al misterio del rígido.

—Santángelo insiste con el editorial —dice Di Salvo.

Sobre la pantalla aparece un texto que lejos está de ser un poema. Retórico y grandilocuente, se refiere al compromiso del periodismo, a los riesgos que se padecen a la hora de ejercer con dignidad este noble oficio. Con tono dramático, asegura que desde su primer número *Impacto* esgrime la verdad como única consigna y que, pese a todo y contra todo, mantendrá en alto la bandera de prensa libre e independiente. No lograrán comprarnos con ofertas tentadoras: *Impacto* no se vende.

—Es cierto, se alquila —dice Benavides—. No me digas que vas a publicar esta pelotudez.

Di Salvo afirma con lentos movimientos de cabeza y señala hacia arriba.

—Efectivamente, es obra de la pluma del gran jefe, a él le parece un texto digno del *Washington Post*.

—Pero nada dice de las amenazas telefónicas, nada dice del ataúd.

—Pidió que manejásemos la ambigüedad. Tampoco vos podés decirlo en la nota.

—¿Qué tengo que poner?

—Algunos pocos datos del chico muy bien aderezados. Tenés que dar a entender que poseés ciertas pruebas que podrían generar un escándalo mayúsculo. ¿Captás? Se trata de no decir nada y que parezca que decís mucho. Un artículo de transición, así lo definió Santángelo y así tendrás que escribirlo.

Benavides cierra los ojos y suavemente acaricia sus párpados con el pulgar y el índice de la mano izquierda, después los abre y mira a Di Salvo.

—Somos dos putas —dice.

—Es cierto —dice Di Salvo—, pero eso no es necesario que lo pongas.

Benavides aprueba obediente y a paso lento camina hasta su escritorio. Se sienta y apoya la cabeza sobre la mano derecha, en actitud *El Pensador* de Rodin. Tiene muchísimas cosas en qué pensar, aunque ahora, en este momento, su mente está en blanco, vacía. Mira el teléfono, ¿llamar a Paula? ¿con qué excusa? Marca el número de Eugenio, para algo están los amigos, pero los amigos no siempre están. Se dispone a cortar, cuando escucha, por fin, la voz de Eugenio, su voz, no la del contestador.

—¿Qué te puedo ofrecer? —dice.

—Un pecho fraterno donde morir abrazado —dice Benavides.

—¿Estamos en onda dramática o es puro tango? —pregunta Eugenio.

Benavides dice que ni lo uno ni lo otro, simplemente quiere hacerle una pregunta a su amigo el publicista.

—Decime, cuando iniciás una campaña, la de los dulces caramelos Chupilindo, por ejemplo, ¿se hace lo que vos creaste?

—¿A qué viene esa pregunta metafísica? —quiere saber Eugenio—. En primer lugar, elegí un nombre más potable, nada bueno puede surgir de unos caramelos que se llamen Chupilindo. En segundo lugar, la decisión final es potestad del dueño de los caramelos Chupilindo. El amo y señor decide si le gusta o no lo que vos creaste. Si no le gusta, de inmediato tenés que pensar otras alternativas.

—No respetan tu trabajo, ¿cómo te sentís por eso?

—¿Qué te pasa? —pregunta Eugenio y parece de verdad asombrado—. Me siento igual a como se sienten los directores de Hollywood cuando los productores deciden el corte final de las películas. Los productores son los dueños del circo y disponen qué se verá y qué no se verá de lo que filmaron sus empleados. ¿Se entiende?

—Se entiende —confirma Benavides—, pero no te sentís medio una puta.

Eugenio ríe.

—Si te gusta verlo así, velo así —dice—, aunque gano bastante más que una puta, no corro peligro de pescar el sida, de sufrir alguna peste venérea o de quedar embarazado. ¿Se entiende?

—Se entiende —repite Benavides.

—¿Alguna otra pregunta? —dice Eugenio—. Si querés podemos hablar del sexo de los ángeles.

—No, con esto es suficiente —dice Benavides—, me solucionaste un problema.

—Para algo están los amigos —dice Eugenio.

Benavides promete que lo llamará a la noche y comienza a escribir la nota. Sigue el consejo de Di salvo, aunque no al pie de la letra. Habla del Club en donde Juan Ignacio Aráoz fue hallado muerto y se pregunta si realmente habrá muerto

allí. Si la muerte se hubiera producido en otro lugar, las hipótesis de un accidente o de un suicidio perderían fundamento y solo quedaría en pie el asesinato. Pero si lo mataron en otro sitio, ¿por qué depositaron el cadáver en el Club? ¿cuándo y cómo entraron un cuerpo muerto? Nuevas preguntas que crean nuevos enigmas y exigen nuevas notas. Fiel al pedido de Di Salvo, Benavides dice mucho para en realidad no decir nada. Ahora señala que no hay modo de probar que a Juan Ignacio Aráoz lo mataron fuera del Club y revela que hay ciertos testigos que podrían brindar pruebas increíbles. Hay que dejar trabajar a la justicia, escribe, pero paralelamente no desechar nada de lo que surja, por más insólito o absurdo que parezca. También habría que preguntarse si Juan Ignacio iba a ese Club para realizar algo más que actividades deportivas. A nuestras manos y de forma anónima llegaron ciertas fotos que demostrarían lo contrario. *Impacto* ha decidido postergar la publicación de ese material fotográfico hasta verificar, certeramente, su autenticidad.

Di Salvo acaba de leer la nota y ahora pregunta:

—¿De qué fotos hablás? ¿Dónde están esas fotos?

Benavides se toca la cabeza.

—Aquí —dice—. Están aquí.

—No existen —dice Di Salvo—. Es todo una gran mentira.

—Las mentiras de hoy serán las verdades de mañana —dice Benavides.

—Sí —dijo Di Salvo—, pero hoy no las edito.

—Es tu problema —dice Benavides—. Seguí tus indicaciones y salió esto. No me negarás que el artículo va a llamar la atención.

—No me negarás que vamos a comernos más de un juicio —asegura Di Salvo.

—Leelo otra vez —pide Benavides—, y vas a ver que es más puro que un grupo de novicias durante un retiro espiritual.

Di Salvo lo lee nuevamente y acepta lo del grupo de novicias.

—Pero huelo una ambigüedad —dice— más peligrosa que tu grupo de novicias en retiro espiritual. Ahora lo mando al departamento jurídico. Los señores abogados tendrán la última palabra.

A Benavides le parece correcto.

—Respetemos la justicia —dice.

—Seguramente tendrán el veredicto en un par de horas —dice Di Salvo—. Es tiempo de ir a comer. El Impasible anuncia Espagueti a la Boloñesa como plato del día.

Regresan dos horas después. En la pecera de Di Salvo está el informe del departamento jurídico. Los abogados marcaron ciertas cosas que no afectan al sentido total de la nota. La rúbrica de Santángelo otorga luz verde para su publicación, incluido el párrafo de las fotos.

—Ya mismo la edito —dice Di Salvo—, ¿alguna otra preocupación?

—Sí —dice Benavides—, ¿de dónde sacará El Impasible la carne picada para su boloñesa?

23. Las alas del deseo

Benavides y Eugenio caminan con rumbo determinado, aunque algo incierto. Han decidido beber una cerveza y comer un sándwich, por lo que deambulan por las calles de Palermo en busca de un sitio en el que sea posible saborear un especial de pan francés, con un toque de manteca, bastante queso y varias fetas de jamón crudo sobresaliendo por los bordes del pan. Eugenio insiste en que solo podrán encontrarlo en algún viejo bar, de esos que aún se niegan, tozudamente, a convertirse en una confitería temática, con nombre sofisticado y comida de cuarta. Pero ese bar no aparece. Están a punto de declararse vencidos, cuando Benavides señala hacia la vereda de enfrente.

—¿Será viejo o lo habrán envejecido hace un par de semanas? —pregunta Eugenio.

Al llegar a la puerta comprueban que los años que carga el bar, sus mesas y sus paredes, son auténticos; hasta los mozos, por sus canas y por su caminar lánguido, parecen haber estado allí desde el mismo día en que lo fundaron. Eligen una mesa alejada del mostrador y esperan en silencio la lle-

gada del mozo. Ni bien llega, le piden un especial de jamón y queso para cada uno, el mío sin manteca, advierte Benavides, y una botella de cerveza. Eugenio pregunta si tienen suelta, de barril, y cuando el mozo dice que sí comprenden que han llegado al paraíso.

—Dos chops —ordena Eugenio.

Los sándwiches son tal como los imaginaban, pero la cerveza no está del todo bien tirada. Eugenio admite que es difícil lograr la felicidad total, pero igual alza la jarra de cerveza no del todo bien tirada y propone un brindis.

—Por un 1º de mayo como hoy —dice.

—De 1853 el Congreso sancionaba nuestra Constitución Nacional —completa Benavides—. Fue una nota de dos páginas que escribí con fervor patriótico y, sin embargo, no se publicó.

—En un día como hoy, pequeña bestia, pero de 1886 —dice Eugenio—, en Chicago se iniciaba una huelga general que iba a provocar la matanza de un número impreciso de trabajadores.

Benavides bebe un trago de cerveza.

—No entiendo —dice—, ¿quieres brindar por la matanza de trabajadores?

—No, bestia —dice Eugenio—, quiero celebrar porque a partir de esa matanza los obreros del mundo entero ganaron derechos. La muerte suele brindar beneficio. La de ese chico Aráoz te los está brindando a vos.

—En todo caso —dice Benavides—, se los está brindando a Santángelo.

Eugenio propone pedir otra cerveza, pero en esta oportunidad que sea de botella.

—Aprovechemos la santa importación que ha implementado nuestro presidente —dice—, tal vez tienen alguna exquisitez de Austria o de Bélgica.

—No te hagas ilusiones —dice Benavides—, habrá que elegir entre Palermo o Quilmes, a este boliche no llegó el progreso.

Pero se equivoca, no bien Eugenio le pregunta al mozo qué otra cerveza tienen, se enteran que pueden elegir entre König Pilsner, Hoegaarden o Guinness, lo que usted prefiera, señor. Eugenio opta por una Guinness, Benavides por una König Pilsner.

—A vos también te brinda beneficios —dice Eugenio.

—¿El qué? —pregunta Eugenio.

—Ese chico, la muerte de ese chico —dice Eugenio—, te invitaron a los programas con más rating, la gente en la calle empieza a reconocerte, en cualquier momento te largás a firmar autógrafos.

Benavides celebra el optimismo de su amigo.

—No todo son rosas —dice—, el lunes estuve en el Club, ahí me encontré con Fagot, ¿te acordás de Fagot?

Eugenio asiente en silencio, Benavides continúa.

—Se mandó un discurso, onda psicópata, a favor de los killers que daba miedo.

—Lo hizo para darte miedo —dice Eugenio—, quiere meterte miedo para que te dejés de hinchar las pelotas con la misteriosa muerte de ese chico.

—Se ve que no estuviste ahí —dice Benavides.

—Ni pienso estar. ¿Por qué no te dedicás a investigar si es cierto que Mercedes Cole engañó a su marido? Esa es la línea de tu revista.

—¿Mercedes Cole? —pregunta Benavides— ¿Quién es?

—La acabo de inventar —dice Eugenio—, pero eso no importa. Basta con que *Impacto* la nombre para que sus devotas lectoras y devotos lectores la den por cierta.

—Tan cierta como los felices jubilados de tu AFJP. No jodas, Eugenio, tampoco vos sos un santo. Pero la cara de Fagot daba miedo, esa es la pura verdad.

—Esta es la única verdad —dice Eugenio, levanta su copa y habla de la Guinness, del cuerpo especial que tiene esa cerveza—. Propongo otra vuelta.

Benavides dice que no, que tiene que ir a *Impacto*.

—¡También trabajan hoy! —dice Eugenio— ¿De qué sirvió el sacrificio de los Mártires de Chicago?

Benavides se ríe, dice que el periodismo es un apostolado, pero que él solamente irá a la redacción para verificar un par de cosas, que si quiere puede acompañarlo. Eugenio confiesa que prefiere la siesta. Dice que pedirá otra Guinness, vaya nomás, mi hijo, y cumpla con su noble legado.

Media hora después, Benavides llega a la redacción. No encuentra a nadie, comprueba que no se produjo ningún tipo de amenaza; ni siquiera Susana Gonçalves ha llamado. Está a punto de irse cuando suena su teléfono directo, piensa que puede ser Susana Gonçalves, seguramente no le ha caído nada bien el último número de *Impacto*. Debe preparar una buena excusa para posponer cualquier encuentro con esa mujer. Atiende dispuesto a oír el primer insulto. La voz de Paula Grimaldi le devuelve la alegría.

—Necesito que hablemos —dice.

Hay cierta inquietud en el pedido. Benavides decide que no es conveniente preguntar por esa inquietud. Solo pregunta cuándo pueden encontrarse.

—Te espero mañana, a las nueve, en casa —dice Paula.

—¿Para el desayuno? —pregunta Benavides.

—A la noche —dice Paula.

A Benavides le suena más a una orden que a un pedido. Dijo que esté a las nueve de la noche, pero no dijo que lo invitaba a comer. Tal vez solo se trata de beber un whisky, aunque la profesora de literatura parece más adicta a los jugos de frutas o, en el mejor de los casos, al licor de huevo. Lo sabrá al día siguiente.

Llega con diez minutos de atraso. Por el modo en que Paula lo recibe comprende que ni siquiera lo invitará a un café.

—Prometiste que no ibas a decir nada de esas fiestas —dice.

—Y no dije nada —señala Benavides—, solo sugerí algunas cosas.

—Tenés una idea muy particular acerca de lo que es no decir nada. Y las fotos, ¿de qué fotos se trata?

Benavides está a punto de contarle la verdad, pero resuelve postergar esa confidencia. Tal vez Paula tiene más información para darle y las fotos, en ese caso, pueden convertirse en un buen elemento a la hora de efectuar el trueque.

—Fotos, simplemente fotos —dice— ¿Puedo entrar o continuamos hablando en la puerta?

Paula pide disculpas y lo invita a pasar. Tiene un vestido que se ajusta armónicamente a su cuerpo y unas piernas (Benavides recién las descubre) muy bien torneadas. Paula le indica dónde sentarse y luego pregunta qué quiere beber.

—¿Qué me ofrecés?

—Whisky, ginebra, vino... No conozco tus gustos.

—Whisky —dice Benavides—, con poco hielo y un chorrito de agua o soda.

Paula se marcha hacia un rincón en donde (Benavides recién lo descubre) hay una mesa-bar con numerosas botellas. Ahora regresa con dos vasos de whisky. Se sienta frente a Benavides, le alcanza uno de los vasos y pregunta:

—¿De qué fotos se trata?

—¿JB o Vat 69? —pregunta Benavides— ¿Tanto te interesan esas fotos?

—Cutty Sark —dice Paula—. No me interesan las fotos, me interesa quién puede estar en esas fotos.

—Vos dijiste que el día que se supiese la verdad iban a caer muchas cabezas. Tal vez está a punto de llegar ese día.

Paula se cruza de piernas, lleva el vaso hasta sus labios, pero no bebe.

—Creo que estás mintiendo —dice—. Estoy segura de que sos un formidable mentiroso.

—Puede ser —dice Benavides—, pero en esta ocasión digo la verdad.

—¿Cómo llegaron a tus manos?

—En un sobre. Si te referís a las fotos, llegaron en un sobre.

—Sin remitente, por supuesto —dice Paula.

—Sin remitente —confirma Benavides.

—¿Con un mensaje anónimo?

Benavides duda si incorporar o no un mensaje. Decide que no.

—Solo venían las fotos —dice y bebe el último trago.

Paula espera que Benavides ponga el vaso sobre la mesa.

—¿Otro? —pregunta.

Sin esperar respuesta va nuevamente hacia la mesa-bar y vuelve con dos vasos, algo más llenos que la primera vez. Definitivamente, tiene muy buenas piernas y el papel de mujer fatal bebedora de whisky le sienta de maravilla, nada queda de aquella profesora de pasados encuentros. Claro que entonces ofrecía información; ahora, en cambio, intenta conseguirla.

—¿Qué se ve en esas fotos? —pregunta.

—Escenas que podrían herir tu sensibilidad —dice Benavides.

—No soy una niña.

—Se ve a unos tipos, más bien viejos y entrados en carnes, junto a unos chicos, más bien jóvenes y muy bonitos. El resto corre por cuenta de tu imaginación.

—No tengo imaginación —dice Paula— ¿Qué se ve en esas fotos?

Benavides está a punto de decirle que esas fotos no existen, pero comprende que si dice esa verdad, Paula inevitablemente lo tomará como una mentira. Habrá que inventarle un con-

tenido a las fotos. Arma un gesto de duda: ¿lo cuento o no lo cuento?, logra el suspenso necesario, y accede a contar. Articula un relato perverso, desagradable. Habla de chicos arrodillados en el piso, besándose entre sí, habla de unos señores contemplando ese acto, mientras otros señores penetran a esos chicos. Dice que algunas fotos muestran escenas de sexo oral y que en otras se ve a los chicos aspirando algo que sin duda es cocaína. Aparentemente, todos gozan de ese momento.

Paula parece alterada, pero no dice nada. Benavides bebe el último trago de whisky. Eso basta para que Paula se ponga de pie y se dirija otra vez a la mesa-bar. Vuelve con la botella de Cutty Sark en la mano.

—¿Está Juan Ignacio en alguna de esas fotos? —pregunta.

Ahora Benavides debe decidir qué es lo que más le conviene: ¿qué esté o que no esté?

—No creo haberlo visto —dice—, creo que no está.

—¿Cómo no creo haberlo visto, tan difícil es distinguirlo? —pregunta Paula.

Benavides construye un gesto tolerante, o que él cree tolerante.

—De Juan Ignacio solo tengo su cara —dice—, por la foto que publicamos en *Impacto*. Comprenderás que no es mucho.

—Por eso tengo que ver esas fotos —exige Paula— ¿Entendés por qué tengo que verlas?

—No entiendo, pero igual las vas a ver —promete Benavides y le muestra el vaso vacío.

Paula sirve más whisky. Benavides bebe un buen trago, deja el vaso a un costado, se acerca a Paula y con gestos lentos y medidos repite la misma escena vista en muchísimas películas. Paula también lo besa. Benavides le baja los breteles del vestido en busca del cierre del corpiño, no encuentra ningún cierre. Los pechos de Paula están libres de toda atadura. Son perfectos en su dimensión y consistencia. Benavides por un buen rato le besa

los pezones y luego, casi en un susurro, pregunta dónde está el dormitorio. Paula se pone de pie y con un rápido movimiento hace que el vestido caiga al suelo. Ahora solo la cubre una minúscula bombacha de color negro. Toma la mano de Benavides y lo conduce hacia donde, se supone, está el dormitorio.

Ahora cada cual pone lo mejor de sí para satisfacer al otro. Paula realiza actos que hubieran asombrado al más liberal de los amantes y Benavides, por aquello de no ser menos, hace cosas que hasta ese momento no se había atrevido a hacer. Media hora más tarde, ambos miran el techo, seguros de que en poco rato repetirán la escena.

—Me sorprendiste —dice Benavides.

—También vos —dice Paula y se acurruca a su lado.

Ambos confiesan sorpresa y se los ve como dos amantes felices. Habría que determinar qué hay de cierto en esta escena. Parecen de verdad felices y seguramente se han amado con verdadero fervor, ¿pero hasta qué punto no fue una soberbia actuación con el solo propósito de conseguir ciertos datos?

—¿Cuándo tendré las fotos? —pregunta Paula.

—Las tendrás —dice Benavides.

¿Curiosidad por saber si Juan Ignacio está en ellas o curiosidad por ver las porquerías que ellas muestran? ¿A la profesora de literatura la motiva Sade? Demasiadas preguntas para responder en este momento en el que Paula sonríe y con la suavidad y el silencio de un felino recorre el cuerpo de Benavides. Nunca segundas partes fueron buenas, tampoco en esta oportunidad: del Allegro con brío pasan a un Vivace ma non troppo para concluir en un Allegro molto moderato. Benavides queda boca abajo, ni siquiera tiene ganas de mirar el techo.

—Podés dormir aquí —dice Paula.

Benavides mueve apenas la cabeza en lo que pretende ser un gesto de agradecimiento y se queda dormido.

Un desayuno completo es lo que ve a la mañana siguiente. Paula acaba de servir jugo de naranja, café con leche, tostadas, manteca y dulce. Benavides se lo agradece, pero confiesa que no le gusta desayunar en la cama. Paula dice que tendría que anotar sus preferencias y lleva la bandeja al living.

Benavides piensa en los muchos cambios que pueden producirse en una sola noche. Ayer había estado ahí mismo, guardando las formalidades del caso. Hoy está en calzoncillos, saboreando el desayuno que le acaba de servir la dueña de casa, la amable señora que algunas horas antes se le había entregado con toda la pasión del mundo y que dentro de algunos minutos le hará la pregunta que Benavides espera desde que se llevó la primera tostada a la boca.

—¿Cuándo me das las fotos? —pregunta Paula.

—Te lo dije, no las tengo conmigo.

—Ya sé que no las tenés —dice Paula.

A Benavides le cuesta creer que le haya revisado hasta el último pliegue del saco.

—¿Las buscaste en mi ropa? —pregunta.

—No, ¿cómo podés pensar eso? —dice Paula—, solo quiero saber cuándo voy a verlas.

—Pronto, muy pronto —dice Benavides.

Paula acepta con un gesto. La escena comienza a parecerse a una serie de TV de bajo presupuesto. Benavides ha conseguido una tregua, ya verá de qué modo arma el próximo capítulo. Por ahora, Paula se muestra complaciente y satisfecha. ¿Porque finalmente verá las fotos o porque ha pasado la noche con un amante apasionado y virtuoso? Benavides no se atreve a contestar esa pregunta.

24. Escrito en el cuerpo

Raúl Benavides llega con su mejor sonrisa y la mantiene a lo largo de toda la mañana: no hay amenazas telefónicas ni paquetes peligrosos. Tampoco está Di Salvo. Le avisan que vendrá a la tarde. Tendrá que comer solo, por lo que piensa prescindir de El Impasible. Sin embargo, a la una y media está sentado en la mesa de siempre. Revuelto Gramajo es el plato del día. Según ha leído en un libro de Abel González, era el plato preferido del general Roca. Lo había creado el coronel Artemio Gramajo, casi por necesidad, en pleno desierto, durante la ominosa campaña: una buena razón para preferir otro plato. Benavides mira rápidamente la lista, decide que el Revuelto Gramajo de El Impasible poco tendrá que ver con el que cocinara el coronel Gramajo, elige el revuelto y lo come sin culpa. Pide un café, listo para una solitaria sobremesa en la que lamenta su decisión de haber dejado de fumar. Mientras espera el café piensa de qué modo le dirá a Paula que las fotos no existen. Insistió tanto en verlas, que hasta a Benavides se le hacen reales. En boca del mentiroso lo cierto se hace dudoso, postulaba la

moraleja de la fábula, y el pastor se quedaba sin las ovejitas. Benavides no quiere quedarse sin Paula.

Vuelve a la redacción. Di Salvo ha llegado y lo está esperando. Sobre su escritorio hay un sobre de papel madera. No es necesario ser Hercule Poirot para descubrir que en el interior de ese sobre está la fotocopia del informe de la autopsia de Juan Ignacio Aráoz.

—La conseguiste —dice Benavides.

—La conseguí —dice Di Salvo.

—No parecés contento.

—No lo estoy —dice Di Salvo—. Por desgracia, me vas a tener que pagar un combo en McDonald's.

—¿Dice cosas fuertes?

—Más de las que te imaginás. Mucha inmundicia.

—Bueno, las autopsias no suelen ser poemas floridos. Lo dijiste hace unos días —recuerda Benavides.

—No hablo de eso. Sé lo que son las autopsias. Pero léela, tal vez confirma lo que hasta ahora solo eran sospechas —dice Di Salvo y señala el sobre.

Benavides lo abre, en el interior hay dos carillas tamaño oficio, escritas a máquina, identificadas por un membrete: «Poder Judicial de la Nación». Después de las formalidades de ley —los médicos comparecientes se comprometen a decir la verdad y ambos aseguran conocer las penalidades que les cabría por falso testimonio— se ofrece un minucioso inventario del cadáver de Juan Ignacio Aráoz. El texto es frío, monocorde, ajeno a la mínima emoción. En primera instancia, suponen los forenses, el deceso se habría producido como consecuencia de múltiples fracturas y traumatismos, ya que el occiso cayó de una altura de casi veinte metros. Lo mismo que le había recitado Susana Gonçalves en el bar.

—El informe... ¿es auténtico? —pregunta Benavides.

—Como la virginidad de María —dice Di Salvo.

—¿No podrías dar un ejemplo menos bíblico?

—Es auténtico —insiste Di Salvo—. Creo que vas necesitar un café —agrega y, sin esperar respuesta, llena dos tazas.

Benavides le agradece el gesto, aunque odia el café de termo.

—Hasta ahora no veo nada sorprendente —dice.

—Seguí leyendo —pide Di Salvo.

Benavides toma un sorbo de café y lee lo que han escrito los forenses: «respecto a las características del orificio anal del occiso, el tamaño que muestra y su falta de pliegues no son propios de la dilatación aguda post-mortem. Se trata de un tipo de orificio anal típico de los homosexuales, con reiteradas relaciones sexuales por esa vía».

—Sorpresas que da la vida —dice Benavides y otra vez pregunta si el informe es auténtico.

—Ya te dije, como la virginidad...

—De María —completa Benavides—, aunque en esta ocasión no se puede hablar de virginidad, más bien todo lo contrario. El chico era homosexual, la autopsia no deja dudas, cierta tarde descubre que tiene sida: padece una enfermedad terminal y vergonzosa. Desesperado, sube a la terraza y se tira desde lo alto. Lo veo haciendo equilibrio en el borde antes de saltar al vacío.

—Suenan a teleteatro —dice Di Salvo.

—La vida a veces imita al teleteatro —dice Benavides—. La muerte de Juan Ignacio Aráoz se encuadra en la categoría de «desgraciado accidente». Fin del misterio.

—Y fin de las notas —dice Di Salvo—, fue un suicidio.

—Entonces, ¿por qué las amenazas telefónicas, por qué el ataúd y por qué la madre hinchando las pelotas con que al nene lo asesinaron? —pregunta Benavides.

—No tengo respuestas para tantos por qué —dice Di Salvo.

—Cuando las tengas, pásamelas —pide Benavides y se marcha, defraudado.

Ahora está frente a la pantalla de su computadora. Debe escribir la última nota, la de cierre. Revisa algunos apuntes. Íntimamente sabe que la historia del sida y del suicidio no es la verdadera. Guarda los apuntes en el primer cajón, apaga la computadora y marca el número de teléfono de Eugenio. Deciden que La Huella puede ser un buen sitio de encuentro, esa misma noche a las diez.

Como es habitual, Benavides llega antes. Está a punto de llamar al mozo cuando ve entrar a Eugenio.

—Te llevo dos de ventaja —dice Benavides y le muestra el vaso vacío.

Eugenio se sienta y con voz grave y acento tanguero, pregunta:

—¿Qué pretende ahogar en el alcohol, amigo mío?

Benavides le habla del examen forense, dice que el suicidio comienza a ser una opción verosímil, que ahora todo se hace muchísimo más claro. Eugenio aprueba moviendo apenas la cabeza. Entonces Benavides formula la pregunta que aún no tiene respuesta:

—¿Cuál es la razón de las amenazas?

—Elemental, Benavides —dice Eugenio.

Sherlock Holmes precisaba de algunos gramos de cocaína, fumar una pipa y, a veces, tocar el violín, a Eugenio le basta con una medida de whisky.

—Primera pregunta, ¿quién necesita que este caso no salga a la luz?

Benavides hace un gesto de ignorancia, Eugenio continúa:

—Alguien que quiere ocultar la homosexualidad del niño y su posterior sida. Salvemos al nombre ya que no hay forma de salvar al niño.

—Más que el nombre, el apellido —dice por fin Benavides—. Lloremos la muerte del chico, esa desesperada decisión de suicidarse, pero no insistamos con el tema, ya está, ya

no hay nada que hacer; dejémoslo ahí, como le gusta decir a tu amigo Neustadt.

—El tuyo, en todo caso —dice Eugenio—, pero vas por buen camino. Si abrimos la Caja de Pandora se harán públicas ciertas cosas privadas. Las familias tradicionales solían ocultar a sus miembros con enfermedades indignas. Ser tarado, por ejemplo, o puto. En el caso de Juan Ignacio repitieron aquella vieja costumbre.

—¿El padre o la madre?

—Me inclino por la madre —dice Eugenio.

Benavides bebe un trago de whisky, entorna los ojos y dice:

—Hay algo que no cierra, Sherlock, ¿por qué carajo entonces hace tanto quilombo diciendo que a su hijo lo mataron?

Eugenio sonrío y dice:

—«Se vogliamo che tutto rimanga come è, bisogna che tutto cambi», Lampedusa, *El Gatopardo*, la habrás escuchado mil veces, ¿te la traduzco?

—No es necesario —dice Eugenio—, pero igual no me cierra.

—Eso ya es un problema tuyo —dice Eugenio—, yo te di las razones, las tomas o las dejas.

Benavides promete que va a pensarlo. Cerca de la medianoche y luego de beber el sexto whisky, Eugenio sin decir palabra se pone de pie y camina hacia la calle. Benavides, también en silencio, le sigue los pasos. Eugenio para un taxi y pregunta si quiere que lo acerque. Benavides dice que prefiere caminar un poco. Confía en que una buena caminata lo ayudará a despejar la cabeza, a borrar las palabras del informe forense que leyó unas horas antes. Camina, pero no logra nada de lo que se había propuesto. Al entrar en su casa comprueba que la copia del informe continúa, imperturbable, sobre la mesa. Permanece un buen rato mirando esas dos hojas de papel que no pueden decirle más de lo que ya le han dicho. La novedad puede estar en el contestador telefónico: la luz roja indica la presencia de

mensajes pendientes. Aprieta la tecla con la ilusión de oír la voz de Paula. Un promotor ofreciéndole ese crédito que usted esperaba le quita toda esperanza. Pasa al mensaje siguiente y oye a Susana Gonçalves: le pide que se comunice con ella cuanto antes. Benavides nunca le dio su número particular y tampoco figura en guía, ¿cómo lo habrá conseguido? Se prepara un café a la turca y lo bebe lentamente; después mira la borra, pero no encuentra ninguna respuesta.

Lo despierta el timbre del teléfono. El sol que se filtra por la ventana le indica que ya es de día, el reloj marca las diez. Piensa que es Susana Gonçalves quien llama, y no se equivoca. Dice que tiene algo importante para mostrarle. También yo, dice Benavides. Acuerdan en verse en Petit Colón, el lunes a la seis de la tarde. «Iré con mi letrado», anuncia ella. Benavides imagina un romance entre el doctor Gancedo y la señora Gonçalves. Una nota digna para *Impacto*.

25. Amor sin barreras

Raúl Benavides elige una mesa del rincón. En uno de sus bolsillos guarda la fotocopia del informe de los forenses. Mira hacia la puerta por la que, supone, entrará la madre de Juan Ignacio. Muy pronto ella va a estar ahí y él aún no sabe cómo se lo va a decir. Desde que salió de *Impacto* rumbo al Petit Colón, pensó en diferentes maneras de abordar el tema. Antes de pedir el café que le acaban de traer, ya había decidido que debería ser de modo directo, dejando que las palabras surjan espontáneas, naturales. Ahora solo falta que aparezca Susana Gonçalves. Levanta la vista y casi piensa en un milagro: ahí está, buscándolo por entre las mesas. Viene sola. Antes de que le pregunte por qué no vino con su «letrado», Susana Gonçalves le dice que el doctor Gancedo llegará de un momento a otro; se encuentra demorado en Tribunales, por unos trámites sin importancia. Benavides sonrío gentil, señala una silla y la invita a sentarse.

—Podemos empezar sin él —dice Susana Gonçalves—, ¿para qué quería verme?

Benavides sonrío otra vez y habla de lo engorrosos que son los asuntos judiciales. Hay que ser abogado para soportarlos.

Ellos los aguantan, dice, y es comprensible, por algo han estudiado esa carrera, pero para la gente del común, la gente como usted o como yo, dice y la señala y se señala, siempre es un gran embrollo, tanta papelería, tanta burocracia, y al final para qué, si hay cosas que se pueden decir en dos palabras en lugar de doscientas como las que emplean ellos. Detiene por un instante su discurso, como para tomar aliento, pero justo cuando está a punto de continuar habla Susana Gonçalves.

—¿Para qué quería verme? —dice.

Dejar que las palabras surjan espontáneas, naturales.

—Vi el informe forense —dice Benavides.

Susana Gonçalves construye un gesto que podría ser de sorpresa o de indignación.

—Ya se lo había leído yo —dice.

—No es el mismo —arriesga Benavides.

—¿Cómo que no es el mismo? No sabía que había más de uno.

—El informe que leí señala ciertas cosas que no estaban en el suyo. O estaban y usted no quiso leérmelas.

Benavides supone que Susana Gonçalves le saltará encima, pero se equivoca: la mujer no hace un solo ademán agresivo, habla a medio tono, con calma.

—Bueno, sí —dice—, salteé algunos párrafos, esos de pura forma, de pura cháchara jurídica, como acaba de decir usted.

—Salteó cosas importantes —aventura Benavides.

—¿Cosas importantes? —pregunta Susana Gonçalves, sin perder la calma.

No hay modo de volver atrás. «Se trata de un tipo de orificio anal típico de los homosexuales, con reiteradas relaciones sexuales por esa vía», Benavides ha leído esa frase una y otra vez, la recuerda de memoria, y ahora debe repetirla. Adopta el aire de un médico a punto de informarle a su paciente que esas manchas en los pulmones pronostican algo grave, y dice:

—Me refiero a cuando en el informe se menciona lo del orificio anal, típico de los homosexuales. ¿Usted nunca reparó en eso?

—¿Eso qué? —pregunta Susana Gonçalves.

—La homosexualidad —dice Benavides e intenta que el tono sea natural.

Susana Gonçalves lo mira fijo y en voz baja, casi en un murmullo, pregunta de dónde ha sacado esa porquería.

—El informe —dice Benavides—, está en el informe de la autopsia.

—Nosotros lo recusamos.

Benavides recuerda que la parte demandante había recusado al juez de instrucción y había pedido que se modificara la carátula. Pero eso nada tiene que ver con la autopsia.

—¿También cuestionaron el informe forense? —pregunta.

—También cuestionamos ese informe —afirma Susana Gonçalves—. Mi hijo no era homosexual, entiéndalo bien y que le quede claro: Nacho no era homosexual.

Lo repite, en voz muy baja, como quien musita una letanía. Parece quebrada y a punto de echarse a llorar. Benavides piensa que debería tomarle las manos, pero solo dice:

—Tranquila, no tengo nada en contra de la homosexualidad.

—Yo sí —dice Susana Gonçalves.

Benavides sabe que en casos como estos lo mejor es quitarle importancia.

—No tiene importancia —dice.

—¡Sí que la tiene! —grita Susana Gonçalves—, parece que usted no quiere entenderlo.

Benavides está a punto de decir que, efectivamente, cada vez entiende menos, pero opta por callarse. Ambos se miran recelosos, parecen dos expertos luchadores estudiando el próximo asalto. La oportuna llegada del doctor Gancedo pone las cosas en su sitio. Benavides disimula el suspiro de alivio y lo invita a sentarse.

—Perdonen mi retraso —dice Gancedo.

—No hay problema —dice Benavides—, hablábamos de cosas sin importancia.

—Hablábamos de cosas muy importantes —corrige Susana Gonçalves—. Este caballerito vio la primera autopsia de Nacho y ha venido con la historia de la homosexualidad.

Benavides va a decir algo, pero una señal pacífica de Gancedo lo obliga a callarse.

—¿Todavía se insiste con eso? —dice Gancedo.

—La autopsia —aventura Benavides.

—Ya se probó que era falsa. Una patraña del periodismo.

—¿Qué patraña? —dice Benavides—, si no salió en ningún sitio. No hubo un solo diario o una sola revista que la mencionara.

—Por eso —afirma Gancedo con increíble tranquilidad—. Se trata de un acto privado, no hay razón para que se haga público.

—Eso es lo que no me cierra —insiste Benavides—, que no se haya hecho público. Por alguna razón lo silenciaron.

—Porque es falso —interviene Susana Gonçalves—, porque es una mentira, porque nunca existió.

—No digo lo contrario, pero si se hubiera publicado... — intenta explicar Benavides.

Susana Gonçalves apoya las manos sobre la mesa, como quien va a dar un enviñon, y se pone de pie. Benavides se prepara a oír el insulto, pero solo escucha la voz de Gancedo.

—Calma, calma —implora.

Susana Gonçalves vuelve a sentarse. Benavides sonrío, sin comprender a quién sonrío y por qué.

El doctor Gancedo los mira. Parece un padre tolerante frente a la travesura de sus hijos incorregibles. Pide que por favor lo escuchen. Sin esperar respuesta, inicia un discurso aburrido, plagado de tecnicismos, que, mágicamente, ayuda a

calmar los ánimos. Habla de fojas y recursos y evoca el trámite de modificación de carátula, como si ese hubiera sido uno de sus mayores éxitos en toda su carrera como penalista. No dice una sola palabra acerca de la autopsia. Benavides comprende que nada podrá sacar de esa reunión.

—Entiendo, entiendo —dice—, y les agradezco mucho, ya tengo material para la próxima nota.

—No se le ocurra mentir con eso de la homosexualidad —amenaza Susana Gonçalves.

¿Acaso es ella quien lo intimida por teléfono? ¿O tal vez el doctor Gancedo?

—No pienso decir una sola palabra —promete Benavides— ¿Qué se puede decir de una autopsia falsa?

Susana Gonçalves y el doctor Gancedo aprueban el buen criterio del joven periodista que por fin acepta las evidencias. Benavides entiende que es el momento de irse y se pone de pie.

—Me esperan en la redacción —dice.

Ha dejado atrás, a sus espaldas, al doctor Gancedo y a Susana Gonçalves. Saben que los dos están hablando de él, de lo fácil que fue convencerlo. Se detiene de golpe y regresa. No hay asombro en la cara del doctor Gancedo, tampoco en la de Susana Gonçalves. Benavides ignora al abogado y se dirige a ella.

—Usted dijo que tenía cosas importantes para contarme, ¿qué cosas? —pregunta.

—Cosas —dice Susana Gonçalves— que ya han perdido importancia.

—¿Por qué?

—Porque la han perdido.

Benavides hace ademán de sentarse, pero se queda de pie.

—¿Quién le dio mi teléfono particular? —pregunta.

Susana Gonçalves piensa, como buscando ese nombre que lamentablemente ha olvidado; por fin dice:

—En *Impacto*, me lo dieron en *Impacto*.

—Sí, pero ¿quién?

—Qué se yo, la telefonista, supongo. ¿Es tan grave?

Benavides sabe que las telefonistas tienen prohibido dar los números particulares.

—No, no tiene importancia —dice y se va.

En la calle piensa que acaso se está pasando su propia película. Los forenses a veces se equivocan en sus informes, no es la primera vez que sucede, y las telefonistas de *Impacto* no brillan por su astucia, no se necesita mucho para sacarle el número prohibido. A doscientos metros de la redacción está convencido de que la autopsia es falsa. Sin embargo, a punto de entrar en el ascensor, ha decidido dos cosas: que la autopsia no es falsa y que las telefonistas de *Impacto* son inflexibles a la hora de negar los números particulares.

En el hall encuentra a Di Salvo.

—¿Te viste con la madre desconsolada? —pregunta.

—De allí vengo.

—¿Te dio algún buen dato?

—Nada que valga la pena.

26. Sexo, mentiras y video

Los pies apoyados sobre el escritorio y un gastado sombrero con un pequeño trozo de cartón sujeto a la banda dan el arquetipo de un periodista de los años treinta. Lo hemos visto, hasta el cansancio, en innumerables películas norteamericanas. Hoy el sombrero ha dejado de ser una prenda imprescindible y las computadoras ocupan casi la totalidad del escritorio, por lo que no queda mucho espacio para apoyar los pies. ¿Cuál sería el arquetipo del periodista de estos días? Raúl Benavides piensa que ese puede ser un buen tema para una nota. ¿Piensa de verdad que es un buen tema o está pensando eso para no pensar en lo que realmente le preocupa? ¿Qué es lo que le preocupa? Muchas cosas, pero si tuviéramos que hacer una escala de prioridades, el primer sitio lo ocuparía lo que ayer había prometido decirle a Susana Gonçalves y finalmente no le dijo. «Ha perdido importancia», esas son las palabras de la Gonçalves que Benavides no puede quitar de su cabeza. En este momento oye el timbre del teléfono. Mira el reloj, ¿quién puede llamar a las cuatro de la tarde? Tal vez Susana Gonçalves para por fin decirle lo que ayer no le dijo o quizá se trate de Paula, para invitarlo a su casa.

Benavides atiende antes de que el timbre suene por sexta vez. Ha decidido que es Paula quien llama y, por supuesto, aceptará la invitación; podrá contarle la verdad acerca de esas fotos que ella tanto insiste en ver. Se lo confesará mientras coman o tal vez luego de haber hecho el amor. Le dirá que las fotos fueron fruto de su desbordada imaginación de periodista, gajes del oficio. Paula sabrá comprenderlo, fin del conflicto.

—Hola —dice y espera oír la voz de Paula.

Oye la voz de la telefonista.

—El señor Leandro Fagot pregunta por usted —anuncia.

Su desbordada imaginación de periodista ha fracasado una vez más.

—¿Está en la recepción? —pregunta Benavides, por fin lo verá sin jogging.

—Es una llamada —dice la telefonista—, ¿se la paso?

Es la primera vez que Fagot lo llama a *Impacto*. Benavides pide que se la pase.

—No se alarme —dice Fagot—, pero tengo que hablar ya mismo con usted. Lo espero en el Club, a las cinco de la tarde.

Las cinco en punto de la tarde: la hora del té o la hora del toro. Una merienda cordial o una ceremonia de sangre y muerte. Benavides promete puntualidad y no se atreve a preguntar por la causa de tanta urgencia. Otra vez mira el reloj; puede llegar a tiempo, incluso si va a pie.

Las calles de Buenos Aires no tienen nada para mostrarle, o tal vez Benavides no lo sabe ver. Camina a paso tranquilo, pero alejado del borde de la vereda, no se le ha borrado la imagen del coche que intentó atropellarlo. ¿Por qué Fagot le pidió que fuera cuanto antes? Dijo que no había de qué alarmarse, ¿entonces cuál es la razón de tanto apuro? Benavides había imaginado que vería a Paula y terminará viendo a Fagot; ese canje no lo hace feliz. Tendría que llamarla por teléfono, tal vez esa misma noche se puedan ver. Pero eso será más tarde, en este

momento entra en el Club y ni siquiera tiene que preguntar por Fagot: está allí, charlando con el encargado del mostrador de informaciones. Por las risas y la manera de comportarse están hablando de algo gracioso. En cuanto Fagot ve a Benavides deja de reírse. Va a su encuentro, lo saluda y dice:

—¿Por qué insiste, Benavides?

Lo ha dicho en voz baja, casi en un susurro, aunque con un tono cargado de amenaza. Benavides piensa que tal vez no tendría que haber ido a esta cita. Fagot lo toma del brazo y amigablemente lo lleva hasta un cuarto, casi al final del pasillo. Pese a la semipenumbra, se pueden distinguir un antiguo escritorio de cedro y dos sillones de cuero. Fagot le señala uno de los sillones. Espera que Benavides se siente y luego se sienta él. Han quedado cara a cara. Se produce un silencio incómodo. Benavides decide romperlo.

—Aquí estoy —dice y pretende darle cierto acento de seguridad a sus palabras. No cree haberlo conseguido.

—¿Hasta cuándo piensa seguir con el tema de ese chico? —pregunta Fagot.

¿Hay tono de amenaza en la pregunta o solo curiosidad? Benavides no logra descifrarlo. Se le ocurre que podría decir: ¡pienso continuar hasta que se sepa la verdad!, pero desiste de inmediato: demasiados signos de admiración para una sentencia en la que ni él cree.

—¿Sabía que ese chico era homosexual? —pregunta.

Parece un reputado miembro de la Liga de Moral y Buenas Costumbres. Se arrepiente de haber hecho esa pregunta.

—No lo sabía —dice Fagot.

—¿No se dio cuenta?

Fagot se mira las manos, después lo mira a Benavides.

—Usted sabe que lo vi pocas veces —dice— y siempre junto a los otros chicos. Por otra parte, nadie lleva un cartel anunciando sus preferencias sexuales.

—No se ría —pide Benavides—, bien sabe que es un tema importante.

—No me río —dice Fagot—, pero creo que es un tema de mierda, digno de la revista que lo publica.

Benavides anuncia que no piensa defender la revista para la que trabaja. Dice que tampoco le importan las preferencias sexuales de Juan Ignacio, solo quiere descubrir qué hay detrás de esa muerte absurda.

—Es todo lo que pretendo —concluye.

—Pretende mucho. Y miente más —dice Fagot— ¿Qué son esas fotos que dice tener?, ¿de dónde carajo las sacó?

Benavides está a punto de contarle la verdad, sincerarse de una vez por todas y decirle que esas fotos solo están en su fantasía. Sin embargo, decide postergar la confesión. No sabe por qué insiste en mantener la mentira. Unos días antes lo hizo con Paula Grimaldi, ahora le parece natural hacerlo con Leandro Fagot.

—Podría argumentar que como periodista no estoy obligado a revelar las fuentes —dice Benavides—, pero no tengo por qué engañarlo con frases hechas. No sé de dónde vinieron esas fotos. Alguien las trajo a la redacción, en un sobre de papel madera. Dejó el sobre en Mesa de Entradas y se fue. En ese momento había dos empleadas en la recepción. Una dice que era un hombre morocho y alto; la otra afirma que tenía el pelo castaño y no lo recuerda como muy alto. Si hiciéramos un identikit saldría cualquier cosa.

Lo ha dicho con tanta naturalidad y convicción que hasta él se lo cree, incluso imagina a Mumi describiendo a ese señor morocho, alto y de pelo corto.

—¿Alguna cara conocida? —pregunta Fagot.

—Le dije que las chicas de recepción ni siquiera coinciden al describirlo. Los testigos siempre mienten, leí alguna vez.

—En las fotos, digo —insiste Fagot—. ¿En las fotos hay alguna cara conocida?

—No que yo sepa —dice Benavides—. Se ve a Juan Ignacio, al chico se lo alcanza a ver con claridad.

—¿Qué muestran?

Antes se las tuvo que describir a Paula Grimaldi, ahora es el turno de Leandro Fagot. No es necesario un gran esfuerzo de imaginación, basta con repetir lo que dijo unas noches atrás. Sin embargo, Benavides prefiere ser más directo.

—¿Qué van a mostrar? —dice—, porquerías.

—¿Cómo? —pregunta Fagot.

Benavides dice que una imagen vale por mil palabras y se empeña por cargar de imágenes a sus palabras. Evoca ciertas escenas de algunas películas pornográficas y describe lo que él supone pasaba en ese Club con esos chicos.

—¿Se da cuenta? —pregunta— ¿Entiende por qué dije porquerías?

—¿Eso es todo? —dice Fagot, sin disimular la sonrisa.

—¡Eran chiquilines, pibes que no llegaban a los quince años!

—A esa misma edad, Benedicto IX fue ungido Papa —dice Fagot y transforma la sonrisa en una carcajada—. ¡Qué tal, un pendejo de quince años al frente de la grey católica! Déjese de joder, Benavides, con sus mentiras no convence a nadie.

—¿Es mentira que un grupo de chicos venía a este Club?

—Es verdad —dice Fagot—, venían a las clases de gimnasia.

—¿Es mentira que algunos de esos chicos participaban en fiestas non sanctas con señores mayores?

—Es mentira.

—¿Las fotos mienten? —arriesga Benavides.

—No vi esas fotos —dice Fagot—, pero si son como usted cuenta, a esos chicos no los obligó nadie: estaban ahí porque querían.

—¡Pero eso es monstruoso!

—¡Qué sabrá usted lo que es monstruoso, Benavides! Monstruoso puede ser ese tierno padre, buen hombre y mejor vecino que secretamente abusa de sus hijitos de tres y cuatro años. Los pobres chicos nada pueden hacer frente al padre rompe culos.

—De acuerdo, eso es monstruoso, no se puede caer más bajo —dice Benavides.

Fagot sonríe otra vez, ahora es una sonrisa irónica, despreciable.

—Aún se puede caer más bajo —dice—. Lo que le cuento pasó hace seis o siete meses. Usted seguramente ya lo ha olvidado, hay ciertas cosas que la buena gente prefiere olvidar. Sin embargo, en esta historia hay un chico que no lo olvidará jamás, y están los padres de ese chico que quedarán marcados para siempre. Aquí los protagonistas son cuatro: un pibe que aún no ha cumplido los dos años, vamos a poner que se llama Marquitos, el padre, la madre y el abuelo de Marquitos. Los cuatro integran una familia de buen pasar: el padre y la madre tienen excelentes trabajos, el abuelo es un destacado importador, socio del Rotary y generoso cuando se trata de donar para Cáritas. Anda por los sesenta años y suele pasar los fines de semana solo en su quinta de Castelar. El hijo y la nuera insisten en que tenga cuidado, que hay una villa cercana y con esa gente nunca se sabe. El abuelo de Marquitos repite que no se preocupen, que está bien protegido, y acaricia a los dos perros que le hacen compañía: un rottweiler y un dóberman. Marquitos suele ir a la quinta del abuelo. Lo llevan sus padres. Cuando el nieto va, el abuelo ata a los perros. Un sábado por la tarde, los padres de Marquitos le piden que por favor se quede con el nene. Ellos tienen que hacer unos trámites y prometen volver antes de que se haga de noche. Unas horas más tarde, la policía de Castelar recibe el llamado angustiado de un hombre: los perros que cuidaban la casa han mordido

a su nietito. No bien llegan se enfrentan con el espanto: el chico está cubierto de sangre y llora sin cesar. Los perros, los perros, grita el abuelo. ¿Me sigue?

—Sí —dice Benavides—, los perros.

—¡Los perros un carajo! —dice Fagot—. En el hospital salta la verdad. El honorable abuelo había violado al nieto. La idea de echarle la culpa a los perros se le tuvo que haber ocurrido de entrada, porque el hijo de puta buscó un cuchillo filoso y lo castró. Después llamó a la policía. Había logrado el plan perfecto: un nene de menos de dos años apenas dice dos o tres palabras y los perros directamente no hablan. Pero todo se le fue al carajo cuando los veterinarios explicaron que los perros jamás pudieron haber hecho esas heridas. La policía allanó la quinta, encontró el cuchillo y los restos del pañal. Uno de los médicos forenses dijo que en treinta años de servicio nunca había visto una agresión de ese tipo a un bebé. ¿Se da cuenta, Benavides? Siempre hay tiempo para caer más bajo.

—¿Más bajo?

—¿Ahora se asombra? —dice Fagot—. El viejo turro insiste en que fueron los perros, dice que se había quedado dormido y que lo despertaron los gritos del nieto, dice que fue corriendo pero que nada pudo hacer. Lo dice llorando, compungido, no va a faltar algún boludo que encima le crea. Como seguramente hay más de un boludo que se traga las cosas que usted escribe. Córtela, en serio le digo, córtela.

Benavides comienza a hablar de la responsabilidad periódica, pero Fagot lo interrumpe.

—¿Esas fotos fueron sacadas aquí?

—No sé —dice Benavides—. El que las tomó puso su atención en los personajes, pero descuidó el entorno.

—¿Puedo verlas? —pregunta Fagot.

—Sí —arriesga Benavides—, van a salir publicadas en *Impacto*.

—No es una buena idea.

—¿Por qué?

—Porque ni bien las publique dejarán de ser su salvoconducto.

—¿Qué quiere decir? —pregunta Benavides.

—Lo que oyó —dice Fagot y se pone de pie—. Vamos, lo acompaño hasta la salida.

27. La última cena

Para disgusto de Di Salvo, Raúl Benavides ha pagado su apuesta. Sobre la mesa quedan dos bandejas de plástico con algunas papas fritas, y dos grandes vasos de cartón. Uno está vacío, el otro aún contiene restos de Coca Cola. Nada queda de las Big-Mac, ni siquiera el sabor. Han decidido prescindir del café. Di Salvo da por pagada la apuesta y habla de lo que realmente lo preocupa: las fotos inventadas por Benavides.

—En tu próxima nota arréglatelas para decir la verdad —ordena.

—¿Qué verdad?

—No te hagas el boludo: que esas fotos jamás existieron.

—Según Fagot —dice Benavides—, son mi salvoconducto.

—Fagot, ¡qué nombre, mi Dios! —dice Di Salvo, recoge una papa frita y comienza a estudiarla con el rigor de un entomólogo ante un insecto desconocido. Coloca la papa frita otra vez sobre la bandeja y pregunta—: ¿Cada cuánto renovarían el aceite?

—No me preocupa el aceite, me preocupa Fagot —dice Benavides.

—Fagot, Fagot —repite Di Salvo e imita el sonido del instrumento— ¿Habla con voz grave?

—No jodas, Di Salvo.

—No jodo, pero qué se puede esperar de alguien que no honra su nombre —dice Di Salvo— ¿Por qué te preocupa?

—Porque está ocultando muchas cosas.

Di Salvo ríe.

—No delires —dice—. Ahora resulta que te creés lo que vos mismo inventaste. Me parece bárbaro que se lo crean tus lectores. Pero que te lo creas vos ya es jodido, sería como creer que esta porquería que comimos pertenece a la alta cocina.

—¿Y el ataúd que me mandaron y las amenazas telefónicas también las inventé yo?

—Eso se acabó. No hubo más llamadas ni más encomiendas. Ahora solo están esas fotos, que también te inventaste. Liquidalas en tu próxima nota —dice Di Salvo, y no suena a consejo sino a orden.

—En ese Club pasaban cosas raras —dice Benavides.

—En un montón de sitios pasan cosas raras —dice Di Salvo—, si fuera por eso tendríamos que editar una revista de mil páginas.

—El chico era homosexual, la autopsia lo prueba —dice Benavides.

—¿Una liga de homofóbicos que mata a homosexuales? Ahí tenés un buen tema para una nota.

—No jodas, Di Salvo.

—No jodo, pero cortala con ese tema, ya lograste tus quince minutos de fama —dice Di Salvo y señala las fotos de varios empleados que cuelgan de la pared—. Te acabo de nombrar El Periodista del Mes, ahora volvé a las notas de la farándula, son menos peligrosas.

—Voy a escribir «Veinticuatro horas en la vida de Susana Gonçalves». Seguro que la madre habla del crimen de su hijo.

Di Salvo hace un gesto de resignación.

—Es una vieja loca a la que solo le importa salir en los medios. Desde hace tres años insiste en que tiene pruebas, pero jamás las mostró. Las pruebas de esa loca son tan reales como tus fotos.

Benavides se pone de pie.

—Vamos —dice—, no hay dudas de que los combos de McDonald's te caen como el culo.

Di Salvo también se para. Nuevamente recoge la papa frita que antes había examinado y se la lleva a la boca.

—Reconozco que cambian el aceite con mayor frecuencia que el chef de El Impasible —dice—. Vamos, que *Impacto* nos espera.

En realidad, les espera una tarde tranquila, apenas una reunión de mesa para organizar el próximo número y discutir tres o cuatro problemas menores. No bien llegan, Benavides le avisa a Di Salvo que en unos minutos estará en la pecera. Di Salvo le dice que podría haber ido al baño de McDonald's. Benavides asiente y camina hacia los baños, pasa frente a la cabina de la telefonista y ahí se detiene: quiere saber si alguien lo ha llamado. Nadie, asegura la telefonista. Benavides agradece y se dirige al mostrador de recepción: Mumi pudo haber recibido algún llamado. Nada, dice Mumi. Una de cal y otra de arena: no hubo amenazas, pero Paula ha resuelto ignorarlo. Tendrá que llamarla. No bien entra en la pecera, advierte que no ha ido al baño, pero ya no hay tiempo, porque ahora el jefe de arte le pregunta si seguirá con la historia de ese chico: Pedro Ignacio.

—Juan Ignacio —corrige Benavides.

—No importa si Pedro o Juan —dice el jefe de arte—, quiero saber de qué va la nota para ver cómo carajo la ilustra.

—Voy a hablar de las fotos —dice Benavides—, que por razones legales aún no se pueden dar a conocer, un modo de crear suspenso.

—No me importa el suspenso —dice el jefe de arte—, quiero saber qué pongo. Tal vez una serie de fotos cruzadas por bandas negras: que no se distinga nada, para que imaginen todo.

La mayoría está de acuerdo; Di Salvo, no.

—Nuestros lectores son cortos de imaginación —dice.

—Acepto nuevas ideas —dice el jefe de arte,

Di Salvo ignora ese pedido y mira a Benavides. El resto de la mesa no advierte qué hay detrás de esa mirada. Benavides sí.

—En dos semanas se resuelve el enigma —promete.

Di Salvo aprueba que vayan las fotos con banda negra.

—Este jueves va con suspenso, pero en el otro resolvés el enigma, y ahí termina todo, ¿entendiste? Termina todo.

Benavides acepta, como un niño obediente: aún faltan quince días. Pregunta si hay algo más para él, porque se muere por ir al baño. Di Salvo hace un comentario acerca de la comida de McDonald's, pero Benavides no lo escucha, ya se ha ido. Cuando regresa encuentra a Di Salvo solo, frente a la pantalla de la computadora, tal vez haciendo un solitario o acaso escribiendo un poema. Decide no interrumpirlo. Vuelve a su escritorio, ordena un par de cosas y mira el teléfono, duda un instante y finalmente marca el número de Paula. Nadie atiende, cuando está a punto de cortar oye un «Hola» que le devuelve la esperanza. A Paula le parece buena idea encontrarse. Dice que lo espera a las nueve. Preparará un plato sorpresa, una receta que le acaban de pasar. Benavides dice que se muere por saborearlo, una vez más tendrá que oficiar de conejito de la India: estar con Paula exige ciertos sacrificios. Promete ser puntual, dice que llevará vino. No bien corta, advierte que Paula no le preguntó por las fotos. No dijo «traé las fotos» ni dijo «acordate de las fotos». Tal vez se ha olvidado.

Benavides tiene tiempo de pegarse un baño y cambiar de ropa. Bajo la ducha piensa en Paula. No se atreve a decir que es la mujer de su vida, pero se acerca bastante. Envuelto en una

toalla va hasta la cocina, cree recordar que aún queda una botella de Valentín Bianchi Malbec 1985: una manera de amortiguar la sorpresa culinaria que le ha prometido Paula. Se viste, pone la botella en una bolsa de cartón y tiene suerte de encontrar un taxi no bien sale a la calle. Mira la hora: llegará a tiempo.

A las nueve en punto, Benavides toca el timbre. Paula abre de inmediato, ¿lo esperaba detrás de la puerta?

—¿Las trajiste? —pregunta.

A Benavides le extraña el plural.

—Solo una, es un Bianchi del 85, Malbec —dice y le da la botella—, te va a gustar.

—Las fotos, hablo de las fotos.

Tres copas de vino, numerosas frases tiernas y un número impreciso de caricias, tan tiernas como las frases, es el precio que debe pagar Benavides para convencer a Paula. Dice que para la gente de *Impacto* esas fotos son como oro en polvo, que las guardan en una caja fuerte, custodiada por abogados. Promete, sin embargo, que conseguirá unas copias. No es fácil, pero jura que lo logrará; mientras jura le besa el cuello y le pide que crea en él. Luego comen. Paula ha postergado su plato sorpresa para otra ocasión, por lo que deben conformarse con un lomo a la York que, puntualmente, les envía un buen restaurant del barrio. El Valentín Bianchi resulta mejor de lo esperado y antes de acabar la botella ya están en la cama, dispuestos a repetir los mejores momentos de algunos días atrás. No vale la pena detenerse en este relato, basta con decir que lo consiguieron.

—¿Te quedás a dormir? —pregunta Paula antes de apagar la luz—. En la alacena tengo una torta para el desayuno de mañana.

Benavides dice que sí, que se queda. Esta mujer merece cualquier sacrificio.

28. Los invasores

El corazón tiene razones que la razón no entiende, de pronto Benavides acepta la frase de Pascal. No le queda sino aceptarla después de admitir que tenía buen sabor el trozo de bizcochuelo que una hora antes Paula había colocado junto a una rotunda taza de café con leche. Bastó probarlo para que su razón y sus dientes determinaran que era tan duro y tan desabrido como los que les sirviera en parecidas circunstancias. Pero una magnífica noche de amor puede transformar sentimientos y paladares. Esto lo acaba de decidir Benavides, en el asiento del taxi que lo lleva hacia su casa. Paula bien podría convertirse en la mujer de su vida. Benavides no disimula su alegría, le deja una buena propina al taxista y, alegremente, se dirige a su departamento; aún ignora que en pocos minutos esa alegría se borrará por completo. Lo sabrá ahora, en el preciso momento en que abra la puerta. Ante sus ojos se repite una escena que ha visto en infinidad de películas; tal vez por eso no se asombra más de la cuenta, ni pega el grito que debería pegarse en casos así. El departamento está, literalmente, patas para arriba: todos los muebles con las puertas abiertas y el contenido de los

cajones dispersos por el suelo. Han revisado sobres, carpetas y, sin duda, cada uno de los libros; muchos volúmenes también están en el piso. La misma escena se repite en el dormitorio, han revuelto el placard y tajeado el colchón de la cama. Va hasta el cajón donde guarda sus pocos pesos y lo encuentra vacío. No ve que hayan robado otras cosas, aunque tampoco hay mucho más para robar. La computadora, dice y regresa al living. Ahí está, impertérrita, sobre la mesa. La enciende esperando lo peor, porque desde hace un buen rato Benavides ha decidido que esto va más allá de un simple robo. Sin embargo, su presunción fracasa: no se han llevado el disco rígido, aunque seguramente copiaron todas las carpetas. Se deja caer sobre un sillón, ¿qué va a decir ahora Di Salvo? ¿Esto también es obra de bromistas? Mira el reloj: nueve y media de la mañana. Di Salvo suele llegar a *Impacto* poco antes del mediodía. Marca el número de Eugenio, con la esperanza de encontrarlo. Eugenio atiende medio dormido, pero se despierta de inmediato en cuanto Benavides le da la noticia.

—¿Vos dónde estabas? —pregunta Eugenio.

—Con Paula, en casa de Paula —dice Benavides—. No tengo idea a qué hora entraron los hijos de puta.

—¿Más de uno?

—¡Qué sé yo cuántos fueron! Me dejaron el departamento hecho mierda.

—¿Mucha guita?

—Solo hay que acomodar las cosas. Únicamente rompieron el colchón, lo tajearon.

—No hablo de guita por los arreglos —dice Eugenio—, ¿se llevaron mucha guita tuya?

—Se llevaron todo, pero la cifra no justifica tanto quilombo.

—Son rateros, vieron que no había nadie y entraron. Pasa casi todos los días. Ponete contento de que solo te hayan roto el colchón, por lo general te mean la ropa y cagan en el living.

—Así que encima me tengo que alegrar —dice Benavides—, ¿es que no te diste cuenta de que esto es más que un robo? Hasta recién eras el teniente Kojak, ahora sos el inspector Clouseau.

—¿Más que un robo? —ríe Eugenio— ¿Pensás que es por tus notas en *Impacto*? En cualquier momento te convertís en el agente Cooper, de «Twin Peaks».

—No es para reírse —dice—, estoy seguro de que es por lo de Juan Ignacio. Vinieron por las fotos.

—Pero esas fotos te las inventaste vos.

—Sí, pero ellos no tienen por qué saberlo.

—¿Quiénes son ellos?

—Los que mataron al chico.

—Volvé a la realidad —suplica Eugenio—, no hay pruebas de que lo haya matado nadie, y si las cosas son como vos decís, los asesinos saben muy bien que esas fotos no existen.

El mismo argumento de Di Salvo; a Benavides le molesta esa coincidencia.

—Pegate un buen baño y a la noche la seguimos —promete Eugenio.

Benavides sigue el consejo, pero antes de darse el baño ordena y acomoda las primeras cosas. Mientras lo hace sufre un extraño sentimiento de violación: han manoseado su ropa, leído sus papeles, revisado, visto y tocado hasta el último rincón de su casa. Se le ocurre que tendrá que llevar todo a la tintorería, que no quede pizca de los violadores; abrir la ventana y permitir que entre el aire e incluso el polvo de afuera, cualquier cosa que cubra las huellas que ellos dejaron. Una hora más tarde está bajo la ducha. El agua caliente golpeando sobre su cuerpo ayuda bastante. Se seca, se viste y al salir cierra la puerta con dos vueltas de llave; recién en ese instante advierte que no han forzado la cerradura.

Entra en la redacción y se alegra de encontrar a Di Salvo.

—Se metieron en mi casa —dice Benavides—, me la hicieron mierda. Ahora qué vas a decir, ¿que fue un chiste de los muchachos?

Di Salvo le pide calma y repite lo que unas horas antes le dijera Eugenio.

—¡El robo fue la excusa! —dice Benavides—, venían por las fotos o vaya a saberse qué.

—Sí, el plano de la isla del tesoro.

Benavides no lo escucha, dice que esa invasión es la prueba definitiva de que a Juan Ignacio Aráoz lo mataron. Di Salvo asiente con pequeños movimientos de cabeza y le muestra los titulares de *Clarín* de esa mañana.

—Te quedaste sin socia —dice.

Benavides primero ve la foto de Susana Gonçalves, después lee la noticia. La madre de Juan Ignacio Aráoz ha convocado a una suerte de conferencia de prensa, no para dar a conocer las pruebas de la muerte de su hijo, sino para reconocer que todo el tiempo había ido tras pistas falsas. Gracias a las investigaciones realizadas por el doctor Gancedo, pudo comprobar que fue vilmente engañada por ciertos personajes. «Permítaseme por ahora reservar sus nombres, ya que en su momento los llevaré a la justicia». Esos individuos, vaya a saberse con qué oscuras intenciones, se habían aprovechado del dolor de una madre. Esa madre, ahora, con el coraje de una mujer de bien, reconoce su error y asegura que Juan Ignacio Aráoz ha muerto como consecuencia del desgraciado accidente que todos lamentamos.

—¡Esto es mentira! —grita Benavides.

—Amor de madre, abismo sin medida —dice Di Salvo— ¿Vas a denunciar la visita que hicieron a tu departamento?

—No, para qué, no vale la pena —dice Benavides—, ya acomodé todo.

—Bien, entonces volvé y poné alguna ropa en la valija. Te mandamos tres o cuatro días a Córdoba, hay un congreso de nutricionistas en Carlos Paz que Santángelo quiere que cubras.

—¡Vos estás loco!

—En todo caso —dice Di Salvo—, lo está Santángelo, pero hay que permitirle ciertas locuras: es el dueño del manicomio.

—Puede ir cualquier otro —dice Benavides y enumera—: Lamela, Morente, incluso el pibe Ercolani, pueden cubrir ese congreso.

—Santángelo insiste en que seas vos —dice Di Salvo y dice que es conveniente que se borre por unos días—. Hoy sale la nota en la que sembrás el suspenso y la semana que viene terminás la serie a toda orquesta.

—Puede ir cualquier otro —repite Benavides, en todo resignado.

—Son las leyes de este oficio —dice Di Salvo—. Apurate en hacer la valija. Tomás un avión que sale a las tres de la tarde. Aquí tenés el pasaje y el voucher del hotel.

Benavides está por decir que esa noche había quedado en encontrarse con Eugenio, pero no vale la pena, guarda el pasaje y el voucher, saluda con un gesto y se marcha a hacer la valija. En realidad, no es una valija sino un bolso. Ahí mete las cosas que necesitará para sus tres o cuatro días cordobeses, luego deja un mensaje en el contestador de Eugenio: «Tengo que salir a los pedos para Carlos Paz, nada grave, cubrir un boludo congreso de nutricionistas, nos vemos al regreso». Cuando se dispone a llamar a Paula, suena el teléfono. Atiende de inmediato: le alegra oír la voz de ella, pero no le alegra el tono de esa voz.

—Tenemos que hablar —dice Paula.

—Te escucho —dice Benavides.

—Por teléfono no, ¿a qué hora nos podemos ver?

A Benavides le preocupa ese pedido, el modo en que Paula hace ese pedido. Dice que justo iba a llamarla, le cuenta del congreso de nutricionistas y del viaje urgente a Carlos Paz, pero no le cuenta del asalto. ¿Por qué no se lo cuenta? Seguramente para no preocuparla o tal vez porque ciertas cosas no se deben decir por teléfono. Por ejemplo, lo que Paula le tiene que decir a él.

—Podemos encontrarnos en la confitería del aeroparque —propone Benavides.

—¿Cuándo volvés? —pregunta Paula.

—El lunes o el martes, a más tardar.

—Lo hablamos cuando vuelvas —dice Paula, le desea buen viaje y corta.

29. Muerte en la tarde

La Voz del Interior anuncia que «Del 9 al 11 de agosto de 1997 se realizará el IX Congreso Argentino de Nutrición, bajo el lema “Nutrición Saludable para Grandes y Chicos” y con la presidencia de la Dra. Isabel Ruiz Tejero, se ofrecerá un completo programa de conferencias, simposios y diversas actividades científicas del más alto nivel». Benavides se acredita. La mujer que le entrega la tarjeta le informa que las actividades comenzarán a las nueve de la mañana, dice que habrá un receso al mediodía y que, si lo desea, puede comer en el mini restaurant que ahí mismo han montado. Platos pobres en hidratos y calorías y preferentemente con muy poca sal, agrega con una saludable sonrisa. A las dos de la tarde se reanudan las actividades, que se extienden hasta las seis o hasta las siete, si el tema a tratar lo requiere.

Benavides cumple con buena parte del programa. Se ubica en mitad de la sala y toma apuntes de lo que dicen los médicos, las nutricionistas y los chefs en cada ponencia. De ese modo, obtiene información valiosísima. Por ejemplo, se entera que una banana de cien gramos engorda menos que una

manzana de ciento cincuenta, que las calabazas son de muy fácil disgregación y digestión y que no es conveniente hablar de dietas sino de planes alimentarios. Anota lo esencial de cada ponencia con el esmero de un escriba medieval. Para el resto de los asistentes ha ganado fama de periodista hosco, de pocas palabras, que cumple fielmente con lo que se ha propuesto, pero prefiere no establecer amistades. Escucha, anota y se aburre sin remedio. Cuando termina la jornada regresa al hotel y un par de horas más tarde vaga por las calles cordobesas en busca de algún viejo restaurant. Ni bien lo encuentra, pide papas fritas con huevos fritos, bebe vino sin descanso y remata su cena con budín de pan o flan con crema y dulce de leche. Regresa al hotel cargado de hidratos y calorías, se duerme antes de las once de la noche y se levanta poco después de las siete de la mañana. Di Salvo le ha exigido que entreviste a los expositores más importantes y Benavides también cumple con ese pedido, aunque sabe que un reportaje dedicado a los alimentos ricos en fibras, a los regímenes hipocalóricos, a los peligros de la sal y al riesgo del azúcar, difícilmente conmoverá a muchos lectores.

A lo largo de sus tres días cordobeses, ha llamado a Paula; quiere oír su voz, contarle del congreso, reírse de lo que ahí ve y escucha; también quiere decirle que la extraña. Es imposible: nadie atiende, ni siquiera el contestador telefónico. Insiste, mientras espera al coche que lo llevará al aeropuerto. No hay caso, Paula no contesta. En las casi tres horas que dura el vuelo, piensa en ella y en lo que le contará cuando la encuentre. En su bolso lleva un libro de recetas macrobióticas y otro de comidas naturales sin sal y sin aceite, son los regalos que le trae de Córdoba. Sonríe al imaginar la escena: ambos desnudos, en la cocina, ensayando una de esas recetas. Corrige: Paula no está totalmente desnuda, lleva un mínimo delantal, que apenas le cubre las tetas y deja al descubierto el

culo. Mira el reloj y cierra los ojos: en menos de tres horas estará en la cama con ella.

Benavides solo lleva equipaje de mano, por lo que no bien baja del avión corre a buscar un taxi. Lo consigue de inmediato y a las cuatro y media de la tarde está abriendo la puerta de su departamento. Todo indica que nadie ha entrado, salvo la mujer del encargado para hacer la limpieza. Tira el bolso sobre la cama y una vez más llama a Paula. Tampoco ahora obtiene respuesta. Llama a *Impacto*. Mumi le dice que Di Salvo no está, pero que lo espera a las seis. Benavides dice que seguramente llegará a las siete y le pregunta quiénes lo han llamado. Mumi recita unos pocos nombres, Paula no está entre ellos. Benavides abre el bolso, saca los dos libros de cocina, se da un baño, se pone un jean, una camisa de corderoy y opta por mocasines. Recoge los libros y la campera de cuero. Cuando está por salir advierte que no se lavó los dientes. Deja la campera y los libros sobre la mesa y corre al baño. Cinco minutos después recoge libros y campera y veinte minutos más tarde está frente a la casa de Paula. Oprime el timbre del portero eléctrico una y otra vez, pero nadie atiende. Definitivamente, no está en su casa. Hace días que no está. ¿Dónde habrá ido? ¿Por qué no le avisó? La respuesta parece tenerla el encargado, que le hace señas desde el fondo del pasillo y a paso rápido viene hacia la puerta.

—¿No sabe qué pasó? —pregunta.

Benavides dice que no sabe nada, que acaba de volver de Córdoba.

—Una desgracia —dice el encargado—, una verdadera desgracia.

—¿Qué desgracia? —pregunta Benavides.

—La encontraron muerta —dice el encargado—, a la profesora, a la señora Grimaldi. Pobre mujer, tan joven.

Contrariamente a lo que suele suceder en momentos como este, Benavides no se queda mudo.

—¿Cómo fue? ¿Cuándo fue? —pregunta.

—Hace tres días. Un suicidio, dicen. Dicen que se tragó un frasco entero de pastillas. No encontraron ninguna de esas cartas que suelen dejar los suicidas.

—No puedo creerlo.

—Nadie podía creerlo, pero así son las cosas.

—¿La policía qué dice?

—La policía no habla. Clausuró la puerta de entrada al departamento, como en las películas, ¿vivo? En este edificio nunca había pasado una cosa así.

El encargado mueve la cabeza, con gesto compungido. Benavides no sabe si por la muerte de Paula Grimaldi o por la mala reputación que esa muerte podría darle al edificio. Pregunta dónde la han velado, como si ese detalle tuviera alguna importancia. El encargado lamenta no contar con esa información, pero dice que lo puede averiguar. Benavides pide que no se moleste, que no es necesario, le agradece los datos y está a punto de darle una propina. Cruza Santa Fe y casi sin pensarlo entra en el Botánico. Los lunes a esta hora casi no hay gente. A las plantas y a los gatos poco les preocupa que Benavides ande por ahí, intentando reconstruir su última charla con Paula. El jueves ella le había dicho que tenían que encontrarse y él había postergado ese encuentro porque debía viajar a Córdoba. No fue así, dice Benavides en voz alta. Se detiene frente a las figuras de bronce que conforman Saturnalia, y repite que no fue así. Yo le dije que nos viéramos en la confitería del aeropuerto, fue ella quien postergó la cita para la semana siguiente. A las dos damas patricias y a los dos sacerdotes borrachos, al gladiador y a la prostituta, al soldado, al músico y al esclavo poco les importa la revelación de Benavides, se burlan y se ríen, sin descanso, para siempre. Benavides se marcha, murmurando cosas. Nada sabe del pasado de Paula y de su presente apenas le quedan algunos encuentros exaltados y las frustradas tortas que ella

se empeñaba en cocinar. En la mano derecha lleva el libro de recetas macrobióticas y el libro de platos sanos y sin sal. Se detiene en la puerta del Botánico. Traía esos libros para reírse con Paula, ahora son dos libros tristes. Los tira en un tacho de basura, para un taxi y le da la dirección de *Impacto*; llegará a la seis, tal como quería Di Salvo.

Mumi le pregunta qué tal Córdoba y por qué esa cara. Benavides dice que Córdoba sigue como siempre y que la cara es por una amiga, por la muerte de una amiga. Mumi le brinda un gesto de resignación o de consuelo y le dice que Di Salvo lo espera. Benavides entra y con la mano saluda a los pocos que en ese momento andan por la redacción.

—Aquí estoy —dice ni bien llega a la pecera de Di Salvo.

—¡Venís con las manos vacías! ¿Y los alfajores? —pregunta Di Salvo.

Mumi supo ver la mala cara de Benavides. Di Salvo parece no haberlo advertido.

—Mataron a Paula Grimaldi —dice Benavides.

Di Salvo busca entre los papeles de su escritorio.

—No la mataron, fue un suicidio —dice y le muestra un recorte de diario—. Pero no enloquezcas, no te complica para nada: vos estabas en Córdoba, en el congreso de nutricionistas.

—Me mandaron allí —dice Benavides— para sacarme del medio.

Di Salvo pide calma, ruega que por favor no empiece a delirar.

—No deliro. Dicen que se había tragado un frasco de pastillas. Justo ella que postulaba la medicina homeopática: en su casa no había un solo medicamento, doy fe de eso.

—Pastillas para matarse se pueden comprar en cualquier farmacia —dice Di Salvo—. Esa mujer tenía algo con el suicidio. Vos mismo me contaste lo que te había dicho de Mishima, el harakiri y todas esas cosas.

—Lo de Paula Grimaldi no fue un suicidio, fue un crimen —insiste Benavides—. Me llamó el jueves, justo cuando yo me iba para Córdoba, quería hablar urgente conmigo.

—¿Y qué te dijo?

—No sé, porque quedamos en vernos al regreso. Seguro que ella tenía un dato clave, por eso la liquidaron. Lo voy a decir en la próxima nota.

—No vas a decir nada, primero escuchá —exige Di Salvo.

—No, antes escuchame vos a mí —pide Benavides—, ¿no te das cuenta de lo que está pasando? Quieren hacer creer que Paula Grimaldi se suicidó.

—¿Quiénes?

—¡Los mismos que mataron a Juan Ignacio Aráoz! —grita Benavides—, los mismos que me mandaron amenazas e hicieron mierda mi departamento.

—¿Por qué carajo te habré pedido que escribieras sobre ese chico? —dice Di Salvo, con voz calma—. De golpe decidiste que no se había caído de la terraza, que lo habían tirado. Donde todo el mundo vio un accidente, vos viste un crimen.

—Lo mismo vio su madre.

—Ahora la madre ve otra cosa.

—¿Y las fiestas que se hacían en el Club? —pregunta Benavides.

—Las inventaste vos. Había que buscar un móvil e inventaste orgías.

—Hay pruebas de eso —afirma Benavides.

—Sí, las fotos. Te recuerdo que eso también lo inventaste. Por favor, cortala de una vez.

—Y los que entraron en mi casa y las amenazas y el ataúd que me mandaron, ¿también inventé eso?

—En este país los robos están a la orden del día. En cuanto a las amenazas y al ataúd, hay quienes piensan que eso también es un invento tuyo.

—¿Vos también lo pensás?

—No, yo no. Creo que fueron unos bromistas boludos, también creo que el asunto Juan Ignacio Aráoz te está rayando. Me parece bien que enloquezcas a tus lectores, pero, por favor, no te rayes vos. Solamente un loco puede suponer que a esa mujer, la profesora, la mataron.

—La mataron —repite Benavides.

—Se suicidó —insiste Di Salvo—, los forenses disiparon cualquier duda. Se embuchó un frasco de no sé qué pastillas, no había cerraduras rotas ni el menor indicio de lucha.

—¿Cómo sabés todo eso?

Di Salvo levanta el recorte.

—Salió en los diarios —dice.

—Es mentira.

—Para la justicia es verdad —asegura Di Salvo—, y para el resto del mundo también. Caso cerrado.

Benavides se levanta de un salto.

—Cerrado un carajo, voy a escribir sobre eso.

Di Salvo pide que se siente.

—Ahora te vas a tu casa —dice— y descansás en paz. Mañana volvés hecho una lechuguita y escribís sobre el congreso de los nutricionistas en Córdoba. Irá en las páginas 32 y 33, con un recuadro de quince líneas. Y no trates de encontrar algún asesino entre los asistentes.

30. La sombra de una duda

Faltan algunos minutos para las nueve. La calle está desierta. Benavides camina lento, como si paseara; de tanto en tanto levanta la vista y mira los edificios de la vereda de enfrente. Casi todas las ventanas se ven iluminadas. ¿Qué hay detrás de esas ventanas? Es la hora de la cena, por lo que seguramente hay distintas familias dispuestas a realizar el mismo rito: comer. Para Benavides comer en familia es algo que pertenece al pasado, a las comidas en Lobos, en la casa de sus padres. Hoy su mesa se reduce a un solo cubierto, y a veces ni a eso: las pizzas y las empanadas las come con la mano. Con o sin cubiertos, se trata de un trámite rápido, que no le demanda más de diez minutos. Entre bocado y bocado mira los noticieros de la televisión. Probablemente, las familias que se encuentran del otro lado de las ventanas iluminadas están viendo las noticias del día, en ninguna de ellas se habla de la muerte de Juan Ignacio Aráoz o de la muerte de Paula Grimaldi. Son viejas noticias, no llaman la atención de nadie. Benavides hace un gesto, que puede ser de resignación o de disgusto, y abre la puerta de su departamento. En el piso encuentra algunos sobres. Los levanta receloso, pero

de inmediato descubre que no hay nada que temer: ninguno de ellos contiene frases de amenazas o pequeños ataúdes. Se trata de dos resúmenes de tarjetas de crédito, de un aviso de vencimiento del gas y de una publicidad de artículos de limpieza. Deja los sobres sobre uno de los sillones y camina hacia el teléfono. La luz del contestador no titila, igual comprueba si hubo un nuevo mensaje: nadie llamó. Vuelve hasta el sillón en el que había dejado los sobres, guarda los resúmenes y el aviso de vencimiento y tira la publicidad a la basura. Enciende el televisor y le quita el volumen: con las figuras moviéndose le basta. Una vez leyó que había gente que hacía eso para sentirse acompañado. Eugenio le contó que daba resultado. «Suelo hacerlo», dijo. Ahora Eugenio está en San Pedro, le avisó que iba a quedarse un par de días a orillas del Paraná, pero omitió decirle si era como consecuencia de una campaña publicitaria o de una aventura romántica. A Benavides poco le importa, lo único cierto es que Eugenio no está. Destapa una botella de vino, enjuaga un vaso y se sienta con la botella y el vaso en el borde de la cama. Comienza a beber lentamente. Se queda dormido, con la ropa puesta, poco antes de terminar la botella.

A la mañana siguiente una buena ducha lo pone otra vez en condiciones. El espejo del ascensor de su casa y, poco después, el del ascensor de *Impacto*, le devuelven una imagen aceptable. Benavides aprueba, aunque íntimamente piensa que solo es una cuestión de espejos. Se cruza con Di Salvo justo al entrar en la redacción.

—Tengo un par de ideas —dice Benavides.

—Más tarde —dice Di Salvo y señala hacia arriba—, el Muñeco me acaba de llamar.

Benavides aprueba, sabe que esas reuniones suelen prolongarse.

Han pasado casi cuarenta minutos. A lo largo de ese tiempo apenas ha escrito diez líneas. Sigue sin encontrar el modo de

unir la muerte de Paula Grimaldi con la muerte de Juan Ignacio Aráoz. En sus notas jamás mencionó el nombre de Paula, ni siquiera sugirió que ella había sido profesora del chico. Solo a Eugenio y a Di Salvo le había hablado de Paula. Eugenio conocía algunos detalles del breve romance, Di Salvo ni eso. Benavides arma y desarma el rompecabezas, pero no encuentra cómo vincular una y otra muerte; precisamente, ahora que debe darle verosimilitud al texto. Sabe que las cosas que ha escrito son ciertas, pero no encuentra la manera de explicar esa certeza. ¿Y si Di Salvo tuviera razón? ¿Si lo de Paula hubiera sido un suicidio y lo de Juan Ignacio un accidente? Si fuera así, no habría historia y lo hasta aquí escrito no tendría sentido. Lo repite en voz alta y anota la frase. La borra de inmediato. La historia tiene sentido y él lo va a demostrar, aunque en este momento no encuentre el modo de hacerlo.

—Querías hablarme —dice Di Salvo.

Benavides no lo vio ni lo oyó llegar.

—Estoy trabado —dice.

Di Salvo se ríe.

—¿Trabado para escribir la boluda crónica de un boludo congreso? ¿Qué pasa con mi periodista estrella?

Benavides sonrío. No puede decirle que esa nota ya la ha escrito, incluso con el recuadro de quince líneas. Arma un gesto de resignación, de periodista estrella trabado, y dice que tiene que despejarse, que una caminata tal vez ayude.

—Sí —acepta Di Salvo, de mala gana.

Benavides mira el reloj.

—¿A qué hora cerrarás la doble de los nutricionistas? —pregunta.

—A las seis.

—La tendrás mucho antes —promete y se marcha sin esperar respuesta.

Ahora está en la calle, y no sabe hacia dónde diablos ir. Puede girar hacia la derecha y caminar hasta la esquina o puede girar hacia la izquierda y caminar hacia la esquina contraria. Decide ir hacia la derecha, ¿cuál es el motivo de esa elección? Ninguno, puro azar. Camina diez pasos y se detiene: soy dueño de mi propio destino. Se ríe del lugar común, gira ciento ochenta grados y marcha en sentido opuesto. ¿Un simple cambio de rumbo? ¿Va por ese camino porque él lo ha decidido o porque así estaba determinado? Si en este preciso momento, un balcón (o una maceta, para ser menos catastrófico) cae sobre la cabeza de Benavides, ¿se trata de la mala fortuna de hallarse en el sitio equivocado a la hora equivocada o así estaba determinado en una irrompible cadena de causa-consecuencia? Salgo a caminar para despejarme/elijo ir a la esquina de mi derecha/cambio de rumbo y voy hacia la izquierda/antes de llegar cae la maceta. Benavides piensa que el libre albedrío es una ilusión necesaria, por lo que detiene otra vez su marcha y levanta la vista hacia los balcones, no ve ninguna maceta amenazante. Sin embargo, decide cruzar la calle, por mitad de cuadra, con el riesgo que eso implica, y entra en un pequeño bar, al que solía ir cuando comenzó a trabajar en *Impacto*. Elige una mesa de la ventana y pide un café. Por largo rato mira los edificios de enfrente: los balcones continúan en sus sitios, no se cae ninguna maceta. No hay caso, tendrá que pensar en Paula, en la muerte de Paula, que es lo que estuvo evitando desde que salió a la calle, a despejarse. Le cuesta aceptar que se haya suicidado, aunque es cierto que, tal como Di Salvo señalara, parecía conocer muy bien los modos de matarse en Japón. Es un argumento débil. No necesariamente una mujer experta en diferentes tipos de venenos se convierte en Lucrecia Borgia. La muerte lo persigue sin descanso: balcones o macetas que se caen, distintos tipos de venenos, pero ni así consigue vincular el accidente de Juan Ignacio con el suicidio de Paula. ¿Accidente y suicidio?

¿Así lo acepta?, de ninguna manera. Llama al mozo, paga el café y cruza la calle rumbo a la redacción. En total, caminó menos de cien metros y no ha logrado despejarse. Esta noche se encontrará con Eugenio. Tal vez él lo ayude a desentrañar el enigma. Ahora simplemente tendrá que sentarse frente a la computadora y simular que escribe la nota que ya ha escrito. Sin duda, Di Salvo se asombrará de lo rápido que escribe su periodista estrella.

Benavides aún no entiende por qué Eugenio pidió que se encontrasen justamente ahí. Aunque su nombre sugiera un sitio reducido, cálido, casi íntimo, El Cuartito no es el mejor lugar para confidencias o charlas esclarecedoras. Lejos está de ser pequeño y el eco que producen sus paredes, aumenta sin piedad las voces de mozos y clientes.

—¿Estás por hacer alguna campaña? —pregunta.

—¿Campaña?

—Sí, tenés por costumbre visitar in situ el espacio que pensás publicitar.

Eugenio ríe.

—El Cuartito no necesita de nosotros para persistir. Fijate —dice y señala las paredes—, ya no hay sitio para colocar un nuevo afiche: Boyé a pocos metros de Maradona, Fangio en su Maserati 1500 junto a Prada y a Gatica, un poster original de *Casablanca* pegadito a Sandro y Los de Fuego, aquí no entra la publicidad, simplemente juegan con su historia, la fundaron en 1934 y desde entonces ignoran gustos y modas: nunca hicieron y jamás harán pizza a la piedra, nacieron con la media masa y con ella morirán. Todo un ejemplo.

Solo Eugenio es capaz de llegar a la ética a través de la pizza. Sin embargo, se contradice.

—Hace menos de un mes fuimos a Los Campeones —recuerda Benavides— y allí sostuviste lo contrario: elogiaste la pizza a la piedra.

Eugenio adopta gesto de sabio incomprendido.

—Y la seguiré elogiando —dice—. No estoy en contra de los modos de la pizza, solo valoro la actitud indeclinable de El Cuartito.

El mozo está junto a la mesa. Eugenio ordena para ambos un Trapiche Cabernet, una fugazzeta con queso y dos o tres porciones de fainá. El tema acerca de la pizza parece concluir ahí, porque ahora Eugenio pregunta:

—¿Qué rollo tenés con la muerte de Paula?

No es fácil edificar con palabras aquello que en el pensamiento parecía tan claro. Es como contar un sueño: nunca resulta igual a lo que hemos soñado. Benavides insiste en que la muerte de Juan Ignacio y la de Paula tienen un mismo hilo conductor.

—Sí, el haber dejado de existir —dice Eugenio y señala la fugazzeta que acaban de traer—, decime si no es un poema.

—No jodas —dice Benavides—, el mismo tipo que mató a Juan Ignacio mató a Paula.

—Esperá, esperá —exige Eugenio y coloca un trozo de fainá sobre su porción de fugazzeta—, por lo que sé, el chico se cayó de la terraza y Paula se suicidó.

—Esa es la versión oficial, ¿Así que ahora crees en las versiones oficiales?

—Sí —admite Eugenio—, creo, mientras no me demuestren lo contrario.

—Ese es mi problema —dice Benavides—, no tengo cómo demostrarlo.

—Entonces, comé que se te enfría —pide Eugenio y le señala el plato.

Benavides lleva un trozo de fugazzeta a la boca y mastica lentamente, saboreando.

—No está mal —dice—, tal vez algo cargada de aceite.

—¡Por Dios, no te hagas el gourmet! Comela junto con la fainá y vas a entrar en una verdadera armonía de sabores.

—A retórico no hay quien te gane —dice Benavides, deja los cubiertos en el plato, y agrega—: Paula no se pudo haber matado. Me llamó el mismo día en que yo me iba a Carlos Paz.

—¿Y qué te dijo? —pregunta Eugenio, parece interesado.

—Nada —dice Benavides—, quedamos en que nos veríamos a mi regreso.

Eugenio corta un trozo de fainá y lo deja a un costado del plato, toma un sorbo de vino y aún con la copa en la mano mira a Benavides.

—Yo la conocía muy bien —dice Benavides—, no se pudo haber matado.

—¿La conocías muy bien? Por lo que me contaste, la conociste hace tres o cuatro semanas.

Benavides asiente en silencio.

—Volvé a la Tierra —pide Eugenio—, ni en treinta o cuarenta años se llega a conocer a una mujer. Todas, pero absolutamente todas, son complejas y misteriosas, ahí reside su encanto.

—Paula no se suicidó —dice Benavides, aunque no parece que lo dijera del todo convencido.

—Bien —concede Eugenio—, vas a tener que demostrarlo.

—Ese es mi problema —admite Benavides.

31. El juego del miedo

Envuelto en un toallón azul, Benavides pasea por el living. Hace unos minutos salió de la ducha, ya se ha secado y ahora busca la ropa que se pondrá. En la piletta de la cocina queda un plato de postre con migas de pan, una cucharita, un cuchillo y la taza vacía que un rato antes contuvo café con leche. En cuanto Benavides se marche, la mujer del encargado se hará cargo de limpiar los restos del desayuno. Ni bien lo vea salir, ella subirá al departamento, lavará los platos sucios, pasará el plumero y la aspiradora y acomodará algunas cosas. Sabe que no debe tocar los papeles, eso se lo pidió Benavides el mismo día en que la contrató: «siempre déjelos así, como están», dijo y la mujer cumple con esa orden. Justamente, en este momento Benavides está buscando algo entre esos papeles. Separa una hoja, lee rápidamente lo que hay escrito en ella, la coloca otra vez en su sitio y se dirige hacia la ventana. El cielo se ve cubierto de nubes. Probablemente antes del mediodía comience a llover. Sin embargo, Benavides no cambia la ropa que ha elegido. Se viste y mira la hora. Tal vez es muy temprano para ir al Club. Ni siquiera sabe si encontrará a Fagot. Busca el paraguas y sale

del departamento. Viaja solo en el ascensor hasta el tercer piso, ahí sube un vecino, se supone que es del 3° A. Benavides y el vecino del 3° A hablan de la amenaza de lluvia y coinciden en que las primeras gotas caerán antes del mediodía. En cuanto llegan a la planta baja el vecino del 3° A le dice a Benavides que se le hizo tarde y se marcha casi corriendo. Benavides no tiene apuro, busca a la mujer del encargado y le avisa que dejó la puerta del departamento sin llave, que puede ir cuando quiera. En la calle advierte que persiste la amenaza de lluvia. Si consigue un taxi, llegará al Club en menos de quince minutos. Espera encontrar a Fagot, piensa que le puede explicar cosas que él no logra explicarse.

A las diez de la mañana hay poca gente en el Club. Desde hace un buen rato Benavides está de pie, con la vista fija en el largo pasillo por el que en otras oportunidades vio llegar a Fagot. Sabe que faltan pocos minutos para que, desde el fondo de ese pasillo, surja la figura maciza del encargado. Sabe que se acercará caminando lentamente. Ignora cuál será el color de su jogging, tal vez sea rojo o acaso verde. Un hombre avanza por el pasillo, pero no puede ser Fagot. El hombre que ahora ve Benavides no llega al metro setenta, Fagot cómodamente supera el metro ochenta. El hombre que no es Fagot sale a la calle, el pasillo queda otra vez desierto. Benavides siente dos golpes cortos, suaves y a su vez enérgicos, sobre su hombro izquierdo. Gira sorprendido.

—¿Usted me buscaba? —pregunta Fagot; usa un jogging azul oscuro.

Benavides vuelve a mirar hacia el pasillo: le cuesta aceptar que Fagot haya utilizado otro camino. Tendrá que aceptarlo: es él quien le golpeó el hombro y quien en este momento le pregunta para qué lo busca.

—Por varias cosas —dice Benavides y señala la puerta de salida—; lo invito a tomar un café.

—Preferiría no hacerlo —dice Fagot.

—Quince o veinte minutos, no más de eso —insiste Benavides.

Fagot acepta con un pequeño movimiento de cabeza. Benavides se dirige hacia la puerta, pero solo da dos pasos. Ahora es una mano fuerte la que se apoya sobre su hombro.

—Acá mismo hay un bar —dice Fagot—, no tienen mal café.

Benavides nunca lo había visto, pero hay muchas cosas de ese Club que aún no vio y que tal vez jamás verá.

—¿Aquí? —pregunta.

—Sí, aquí. Sígueme —pide Fagot.

Benavides lo sigue. Cruzan un pequeño patio, a un costado de ese patio dos hombres parecen estar discutiendo; un poco más allá se ve a un tercer hombre, sentado en una banqueta y ajeno a todo. Apenas salen del patio, Fagot dobla hacia la izquierda, unos metros más adelante se topan con el bar. Es más grande de lo que Benavides imaginara. La barra está en dirección opuesta a la entrada, detrás de la barra hay un hombre que parece leer algo, tal vez el diario de la mañana, algunas botellas impiden ver si se trata del diario. Junto a la barra, un mozo de pie, inexpresivo y distante, aguarda la llegada de posibles clientes. El bar está vacío. No es un cuadro de Hopper, pero se parece bastante.

—Aquí —dice Fagot e indica una mesa.

Ambos se sientan y permanecen en silencio hasta que llega el mozo. Piden dos cafés y ni bien el mozo se aleja, Fagot habla:

—¿Para qué quería verme? —pregunta.

—Por Paula —dice Benavides—. Paula Grimaldi, ¿la ubica?

Fagot lo mira fijo, parece haber algo de sorna en esa mirada.

—Usted la conoció por mí —dice—. Fui yo quien le habló de ella.

Benavides asiente, mira hacia uno y otro lado y habla en voz baja, como quien revela un secreto.

—La encontraron muerta —dice.

—¡Muerta! —repite Fagot, su desconcierto parece auténtico.

—¿No lo sabía?

—¿Por qué tendría que saberlo?

—Salió en los diarios —dice Benavides.

—No leo los diarios —dice Fagot— ¿Por qué salió?

—Porque aparentemente se trató de un suicidio; yo pienso que fue un asesinato.

—¿Usted y cuántos más? —pregunta Fagot.

—El número no tiene importancia —dice Benavides—. Creo que a Paula la mataron, seguramente el mismo tipo que liquidó a Juan Ignacio.

En este momento un hombre, que parece ser empleado del Club, entra en el bar. Echa una mirada general y finalmente se dirige hacia la mesa que ocupan Fagot y Benavides. Saluda con un gesto y con ese mismo gesto pide disculpas por la interrupción, luego se acerca a Fagot y en voz muy baja le dice algo al oído. Fagot aprueba en silencio. El hombre se marcha. Cuando está por salir del bar, Fagot le grita:

—Decile que no se haga problema.

El que ahora se hace problemas es Benavides, ¿quién es este hombre que apareció de golpe? ¿Qué le dijo a Fagot? Está a punto de preguntárselo, pero no es necesario, el propio Fagot lo explica: asuntos internos, advierte con una sonrisa. Benavides quiere irse de ahí.

—Usted tendrá cosas que hacer —dice.

—Todavía puedo dedicarle unos minutos —dice Fagot y agrega, burlón—: Así que al chico y a la profesora los mató el mismo tipo.

—Yo pienso...

—Déjese de pensar, Benavides —interrumpe Fagot—, y deje de encontrar asesinos a la vuelta de cualquier esquina. Usted en su puta vida vio a un asesino, por eso confunde aserrín con pan rallado.

—No entiendo —confiesa Benavides.

—Ese es su problema, que no entiende nada. Si dicen que esa mujer se mató, se habrá matado. Tal vez un desengaño amoroso, muchas mujeres se matan por eso.

Benavides se inquieta, ¿Fagot sabía de su relación con Paula?

—Cierto —reconoce—, muchas mujeres se matan por eso, pero Paula no se mató, la mataron.

—¿Tiene pruebas? —pregunta Fagot.

—No —dice Benavides—, no tengo pruebas.

—Entonces, déjese de inventar cosas.

—¿Inventar? Las llamadas telefónicas y el sobre con el ataúd, ¿también fueron inventos?

—En este país sobran los bromistas —dice Fagot.

—¿También fueron bromistas los que entraron a mi casa?

—¿Entraron a su casa? —Fagot parece realmente sorprendido—. En este país abundan los ladrones. ¿Qué le robaron?

—Nada de importancia —dice Benavides—, no encontraron las fotos.

—¡Ah, las famosas fotos! ¿Todavía insiste con eso? —dice Fagot y con un gesto llama al mozo.

Benavides piensa decir algo, pero se calla ante la presencia del mozo. Fagot paga, se pone de pie y le indica a Benavides que lo siga. No caminan rumbo al patio que antes habían cruzado, ahora van en sentido contrario. Atraviesan un par de corredores, oscuros y húmedos. Fagot se detiene frente a una puerta de hierro. En cuanto la abre se filtra algo de luz.

—Salga por aquí —invita, aunque más que una invitación parece una orden.

Benavides sale a una calle desconocida, ¿una salida de emergencia? Este Club se parece cada vez más a un laberinto. Gira para saludar a Fagot, pero la puerta está cerrada. La amenaza de lluvia ha desaparecido. Mira la hora y para un taxi, tal vez tiene tiempo de comer con Di Salvo. Un rato después, Mumi le borra esa idea.

—Está reunido con el señor Santángelo —dice.

Benavides se encoge de hombros y entra a la redacción. Enciende la computadora. En el bolsillo tiene los borradores de la nota que ayer escribió en su casa. Busca la carpeta de Juan Ignacio Aráoz y en la pantalla aparece una ventana que lo desconcierta: «Acceso negado», dice. Lo intenta de nuevo y el anuncio de la ventana se repite. Va hasta la mesa del diagramador.

—¿Modificaron el sistema? —pregunta.

—No, que yo sepa —dice el diagramador.

Vuelve a su escritorio. El protector de pantalla de la computadora muestra diversos muñequitos de colores que chocan entre sí y ante cada choque forman una nueva y brevísima figura. El caleidoscopio informático pretende ser gracioso, pero Benavides no está para bromas. Ve entrar a Di Salvo y se dirige hacia él.

—No puedo abrir la carpeta de Aráoz —dice.

Di Salvo lo saluda, hace un par de bromas sin importancia y por último informa:

—La tienen los del departamento jurídico.

No hay de qué asombrarse, frente a la mínima posibilidad de una demanda y con el sano propósito de evitar cualquier conflicto judicial, los abogados revisan minuciosamente todo lo publicado y todo lo que esté a punto de publicarse. Esto Benavides lo conoce muy bien. Sin embargo, mira fijo a Di Salvo y dice:

—Pienso seguir.

—¿Seguir con qué?

—Con la muerte de Juan Ignacio Aráoz y con la muerte de Paula Grimaldi, con las fiestitas que se hacían en ese Club y con toda la mierda que hay detrás de esto.

Di Salvo se echa a reír.

—No te calza ese papel, Benavides. Suena a novela de Chandler: a Marlowe le exigen que abandone el caso, pero él sigue contra viento y marea. Por favor, no confundas ficción con realidad.

—Hay cosas que no cierran.

—¡Uy, hay tantas cosas que no cierran! —dice Di Salvo—. Hace un rato, con el Muñeco hablábamos de vos. Coincidimos en que estás pasado de revoluciones. Estrés, que le dicen. El Muñeco dijo que te tomes unos días de descanso.

—¿Y la nota de mañana? —pregunta Benavides.

—Tranquilo, yo te cubro. A tus devotos lectores les diremos que estás procesando un material que asombrará al país, lo daremos a la luz el próximo jueves. Ahora tomate unas breves vacaciones el lunes al mediodía te espero aquí.

Benavides prefiere no contarle que estuvo con Fagot. Recoge algunos papeles y una libreta de su escritorio, alza su dedo índice hacia Di Salvo y lo señala con gesto acusador.

—Pienso seguir —dice.

—Acerca de eso no hay duda, Philip, vas a seguir —confirma Di Salvo con una sonrisa que puede ser de amistad o de burla.

32. Días de odio

Afuera es noche y llueve tanto, murmura Benavides, salta de la cama y se dirige a la ventana. Ahí se encuentra con la realidad: es de día y el sol se muestra generoso. Refriega sus ojos, se despereza y piensa que debe tomar el desayuno. Camina hasta la cocina, abre la heladera, saca una botella con agua y bebe un largo trago. Ahora se siente mejor, al menos más despierto, aunque no tanto como para preparar el desayuno. Una ducha tibia lo pondrá en condiciones. Fue un juicio erróneo, porque el baño ya es cosa del pasado y el presente de Benavides sigue siendo igualmente deplorable, tal como lo era antes de que abriera la canilla de la ducha.

Di Salvo le otorgó estos días de descanso, para parar un poco la máquina, dijo, pero la máquina no se detuvo ni parece que fuera a detenerse. Desde ahora hasta el próximo lunes, Benavides no tiene nada que hacer; es decir, no tiene nada que hacer para *Impacto*, pero bien podría continuar con la investigación. ¿Qué investigación? Sus hipótesis se derrumban sin remedio, nadie cree que Juan Ignacio y Paula hayan sido víctimas de un mismo asesino, ni siquiera creen que los hayan

asesinado: desdichado accidente en el caso de Juan Ignacio, lamentable suicidio en el de Paula. Con Cristóbal Colón sucedió algo parecido, solo el pequeño hijo del almirante creía en lo que afirmaba su papá, aunque en ese caso se trataba de un vínculo de sangre: los hijos suelen creerle a sus padres. En cambio, los sabios de Salamanca se rieron en la cara de Colón, como ahora Eugenio y Di Salvo se ríen en la cara de Benavides, y poco importó que el marino genovés (¿era genovés?) le hiciera la prueba del huevo a los desconfiados funcionarios de la reina. Esa imagen Benavides la vio a los cinco años en una lámina de Billiken, y aunque después le dijeron que era falsa, que eso nunca había sucedido, a él le quedó grabada para siempre. Lo cierto es que los Reyes Católicos creyeron en Colón. Si ellos no le hubieran creído, vaya a saberse cuántas cosas habrían sido diferentes. ¿Quién se atreve a decir cómo hubiese sido la historia? La pregunta no tiene respuesta, por lo que Benavides busca cualquier cosa para ponerse. Se viste rápido, echa una última mirada al living, cierra la puerta con llave y llama al ascensor. Tomará el desayuno en el bar de la esquina. Ahí mismo, frente al bar, está el quiosco de diarios. Benavides mira las diferentes revistas y se detiene ante la tapa de *Impacto*. Es el último número, tuvo que haber llegado hoy a la mañana. Levanta un ejemplar y se lo muestra al quiosquero. Junto a Benavides hay un hombre que se dispone a comprar *La Nación* y una mujer joven que ha comprado *Página/12*. La mujer joven y el hombre ven que Benavides con su mano derecha sostiene *Impacto*. Tal vez la mujer joven ahora se pregunta cómo puede haber gente que compra y lee esas revistas. También hay gente que las escribe. Benavides, sin ir más lejos. Pero la mujer joven no tiene por qué saber eso, tal vez se trata de un buen esposo que le lleva *Impacto* a su esposa. Con el fin de darle crédito a ese supuesto, Benavides también compra *Página/12*.

Ni bien entra en el bar, ve a un hombre leyendo *Ámbito Financiero* y algo más lejos a otro hombre que lee *Clarín*. Benavides pide un café con leche con medialunas y pone *Impacto* debajo de *Página/12*. Cuando el mozo llegue con el café con leche y las medialunas leerá el siguiente título: «A tres meses del asesinato de Cabezas», y debajo de ese título verá la cara de Menem. En caso de prestar algo más de atención, podrá leer lo que dijo el presidente: «Atacan a Yabrán porque quieren atacar al gobierno». Benavides prefiere que se vea esa tapa antes que la de *Impacto*. A los clientes de este bar poco les puede interesar que Susana Giménez, en traje de noche, asegure que con Roviralta estamos mejor que nunca. Aunque en este momento, a Benavides realmente le interesa *Impacto* no le queda sino abrir *Página/12*. Así se entera que aún persisten ecos de la polémica que desató García Márquez en el congreso de Zacatecas, cuando dijo que había que jubilar la ortografía y romper con las reglas gramaticales. Benavides recuerda que había dicho que con eso se podría armar una nota, pero al Muñeco Santángelo no le pareció interesante. Ahora Benavides lee que el crimen de Teresa Rodríguez sigue impune. «A un mes de la represión policial, aún no se sabe quién mató a Teresa Rodríguez, la empleada doméstica de 24 años que el pasado 11 de abril murió de un tiro en el hospital de Cutral-Có. Desde el gobierno nacional el ministro Carlos Corach advirtió sobre un “rebrote subversivo” para justificar la represión. En el ámbito provincial no hubo renunciadas. El gobierno de Sapag reaccionó argumentando que el disparo pudo haber sido efectuado por francotiradores. Pero las primeras pericias arrojaron que fue una 9 milímetros, el calibre que usa la policía».

El mozo hace un buen rato que ha vuelto a ocupar su sitio. Junto a la barra, el hombre que leía *Ámbito Financiero* ya se ha ido y el que leía *Clarín* se encontró con un amigo. Am-

Los dos charlan animadamente, ninguno de los dos mira hacia la mesa de Benavides. Es el momento, entonces, de poner *Impacto* encima de *Página/12*, mojar la medialuna en el café con leche y adoptar el aspecto de un sociólogo que mientras desayuna continúa en la investigación de ciertos medios amarillos que se han convertido en genuinos fenómenos de masa. Con lo que supone además de catedrático, Benavides pasa lentamente las páginas de *Impacto*. Así se entera que Silvia Süller será panelista en «El Papparazzi», el programa que conduce Jorge Rial; hay grandes fotos de ambos, sonriendo, felices. Las cuatro páginas siguientes están dedicadas a una gran producción que se realizó en el piso que Domingo Cavallo tiene en Avenida del Libertador. Se lo ve al ministro y a Sonia, su esposa, sonriendo, felices. El ministro asegura que a partir de ahora la deuda externa comenzará a reducirse y hacia fin de siglo será insignificante. Sonia afirma que Domingo es un marido ejemplar, que tiene un gran corazón y que se emociona, casi hasta el llanto, ante pequeñas cosas que para el resto del mundo pasan desapercibidas. El Congreso de Nutricionistas ocupa las páginas siguientes, luego hay una nota con Pepe Parada. Dice que junto a Berugo Carámbula participará en la obra «Duro de parar». Benavides llega hasta la última página. Le cuesta aceptar que no se haya dicho por qué razón en ese número no se incluyó su nueva nota en torno a la misteriosa muerte de Juan Ignacio Aráoz. Di Salvo le había prometido que él mismo se iba a ocupar de informar a los lectores. Benavides llama al mozo, paga y se marcha de inmediato. Sujeta *Impacto* con su mano derecha y olvida *Página/12* sobre una de las sillas.

En el departamento se lo ve algo más tranquilo. Marca el número de Di Salvo, aunque duda que vaya a encontrarlo. Di Salvo está y lo atiende. No parece preocuparse por lo que ahora le dice Benavides.

—No salió la aclaración que prometiste —dice.

—Orden de los cuervos —explica Di Salvo—, decretaron silencio absoluto.

—¿Por qué?

—Ni puta idea, cosa de ellos —dice Di Salvo y de inmediato agrega—: esperá, esperá, les pregunté si podíamos continuar la próxima semana, y me aseguraron que sí, que no habría inconvenientes.

Esta promesa calma a Benavides. Di Salvo le pregunta qué hará en estos días de franco y Benavides dice que tal vez vaya a Lobos, a visitar a su familia. No le dice que esto se le acaba de ocurrir y que no le parece mala idea. Di Salvo dice algo referido a la importancia de la armonía familiar, pero Benavides no lo escucha, ahora piensa en lo que podrá sospechar su padre si lo ve llegar así, de pronto, sin ningún aviso. Estuvo con ellos para las fiestas de fin de año, no tienen por qué sorprenderse si los vuelve a visitar después de casi cinco meses. Es un argumento válido, pero lo desecha: no irá a Lobos.

—Sí, va a ser bueno encontrar a la familia —le dice a Di Salvo y corta.

A las once de la mañana por TV no suele haber programas seductores. Tal vez una serie o las noticias. Enciende el televisor y en vano va de canal en canal. Está a punto de llamar a Eugenio, pero recuerda que su amigo se ha complicado en un nuevo romance: seguramente no se encuentra en casa, y aunque se encuentre no lo atenderá. Benavides no tiene ánimo para salir a caminar. Seguramente a la noche vaya a una pizzería. Le parece una buena idea. Ahora se trata de pasar la tarde.

El viernes amenaza ser tan entretenido como el jueves. Benavides comió una milanesa con huevo frito y papas fritas y se alegra de que aún no se haya producido ningún daño colateral en su estómago. Compra *Clarín* y vuelve a su casa. Ahora está recostado sobre el sillón, descalzo, recorriendo las

ofertas del Rubro 59. Una paraguayita todo fuego ofrece sus encantos y dos avisos más abajo una inocente colegiala se brinda a lo que pidan. Benavides está a punto de llamar, pero desiste de inmediato: no tiene experiencia en esos sitios. Sabe que todo se resuelve como máximo en una hora, ¿qué hacer con todas las otras que le quedarán en blanco?

El sábado decide arreglar el departamento. Mientras trabaja escucha una y otra vez *Kind of Blue*. Por más que Eugenio repita que no alcanza la calidad y vibración de *Blue Train*, el primer álbum de solos de John Coltrane, Benavides insiste en que no hay nada que supere a lo que logró Miles Davis dos años después, un milagro irrepetible en el que también participó Coltrane.

El domingo a la tarde, Benavides anduvo paseando por San Telmo. No encontró a nadie, aunque fue con la esperanza de encontrarse con alguien. El resto del domingo y prácticamente todo el lunes se entretuvo con *Bajo fondo*, una novela de Andrew H. Vachss que le habían recomendado y que realmente le gustó.

Por fin llega el lunes. A las once de la mañana, Benavides saluda a Mumi con una gran sonrisa. Mumi no parece muy contenta.

—Tenés que ir a Recursos Humanos —dice.

En Recursos Humanos jamás se auguran cosas buenas. Seguramente le exigieron a Mumi que sea ella la portadora de las malas noticias. Y ella tuvo que aceptarlo, sin protestas. Ahora Benavides entiende por qué se la ve triste y se siente halagado ante esa tristeza. Decididamente, él quiere de verdad a Mumi y sabe que en el fondo ella también lo quiere a él. Adopta el mejor estilo Bogart.

—Allá voy —dice, sin perder la sonrisa.

En la oficina de Recursos Humanos lo atiende un joven empleado, simpático y formal.

—¿Raúl Benavides? —pregunta.

No bien Benavides confirma que sí, que él es Benavides, el joven empleado simpático y formal le muestra una planilla con la liquidación y le da un cheque al portador. Dice que en la planilla se encuentra todo debidamente explicado: el preaviso, el total de la indemnización, el proporcional del aguinaldo y de las vacaciones y el total del mes, aunque usted no trabajó el mes completo.

—Fueron muy generosos —dice en voz baja el empleado simpático y formal—, no suelen ser así con la gente que despiden.

Benavides no sabe si darle una trompada o agradecerle la confianza.

—Tengo que ir a la redacción —dice—, a retirar mis cosas.

—No es necesario —dice el empleado, que continúa siendo formal, pero ha dejado de ser simpático—, aquí está todo. Solo le pido que firme los recibos.

Frente a Benavides hay un abultado sobre de papel madera y dos recibos.

Benavides comprueba rápidamente lo que contiene el sobre y firma los dos recibos: uno por el cheque, el otro por el contenido del sobre. Pone el cheque y las planillas en el bolsillo y el sobre bajo el brazo. Así camina hacia la puerta. El reo queda en libertad y sale dispuesto a iniciar una nueva vida. Una escena que ha visto en infinidad de películas.

33. Tener y no tener

Di Salvo se lo había dicho mil veces. En esta profesión es natural que sucedan cosas así. Un poco aquello de hoy estamos, mañana no. Hasta ayer, Benavides era un periodista estrella, a partir de hoy es un periodista sin trabajo. Se mira por el trasluz de una vidriera y, en rigor de verdad, no advierte grandes cambios: se ve como se veía ayer y antes de ayer y hace una semana, y de golpe decide dejar de mirarse al trasluz y afrontar las cosas tal cual son: lo dejaron en la calle. ¿Por qué? Di Salvo puede darle la respuesta. Benavides detiene su marcha. Anduvo apenas dos cuadras, desde la redacción de *Impacto* hasta este locutorio al que ahora entra. Es un sitio pequeño, pero para lo que se propone es el lugar adecuado. ¿Qué se propone Benavides? Simplemente, llamar por teléfono a Di Salvo. Por eso ahora dice que será una llamada local, y señala el piso, mientras lo dice. La empleada que lo atiende indica que vaya a la 4 y para que no queden dudas señala con un lápiz el sitio de la cabina 4. Benavides agradece la gentileza, entra, cierra la puerta, se sienta en el taburete y marca el número directo de Di Salvo. No hay forma de que Di Salvo identifique la

llamada, si no atiende es porque verdaderamente no está. O no tan verdaderamente, razona ahora: bien puede estar y no atender la línea directa ante un posible llamado de Benavides. Hay otros modos de encontrarlo, corta y marca el número de la recepción de *Impacto*. No podrán reconocerle la voz porque la cambia; en tono grave, dice:

—El señor Di Salvi, por favor.

—Di Salvo —corrige la telefonista—. El señor Di Salvo se encuentra en una reunión, por favor deje su mensaje y se lo transmitiré.

Estas chicas están perfectamente entrenadas. Eso es lo que deben decir cuando les ordenan filtrar las llamadas. Benavides, con el mismo tono grave, anuncia que no es necesario, que llamará más tarde, y corta. Está a punto de irse cuando piensa en Mumi, es una posibilidad a tener en cuenta. Marca el número de Mumi, oye la voz de ella: no todo está perdido.

—Soy yo —dice—, quiero hablar con Di Salvo.

—Creo que hoy no vino —dice Mumi.

—No me mientas.

—No te miento —dice Mumi—. Hoy no vino.

Benavides no le cree, pero entiende que nada gana con hacerse el rebelde. Le agradece la información, dice dos o tres cosas que pretenden ser amables y corta. Está otra vez en la calle. Camina algunos pasos, mira la hora y retrocede. Entra de nuevo en el locutorio. La chica del mostrador no se sorprende y antes de que Benavides se lo pida, señala la cabina 2. Mumi bien pudo haber dicho la verdad, Di Salvo puede estar enfermo; un malestar sin importancia que, sin embargo, lo obliga a quedarse en cama. Marca el número de la casa de Di Salvo, del otro lado de la línea oye su voz, pero no se alegra: se trata del mensaje que Di Salvo grabó en su contestador telefónico. Deje su nombre, pide, y promete contestar cuanto antes. Benavides no deja su nombre, porque está seguro de

que Di Salvo jamás lo llamará. Se pone de pie, y de inmediato vuelve a sentarse. Marca el número de Eugenio, cumple con la ceremonia de hablarle al contestador y espera. Tal vez lo encuentre.

—Hola, pájaro perdido —dice Eugenio.

—En todo caso, pájaro volado —dice Benavides—. Me rajaron.

Eugenio no parece sorprenderse.

—Tengo un brie maduro, provolone, manchego, camembert, jamón serrano, un buen roquefort y un cabernet sauvignon de Familia Perulán, que merece probarse. Te espero en casa.

—Tal vez entendiste mal —dice Benavides—, no hay nada que festejar: no estoy más en *Impacto*.

—Te entendí perfectamente —dice Eugenio—. Tratá de conseguir algún pan negro o de campo, pastrón y pepinos agridulces. No tardes, estoy muerto de hambre.

—Voy para allá —confirma Benavides y piensa que así son las cosas, para algo están los amigos.

En el loft de Eugenio destaca un poster de *Adiós Muñeca*, con la imagen de Robert Mitchum en su papel de Marlowe. Para Eugenio es una pieza de valor incalculable. Unos años antes, por razones de trabajo se encontró con su amigo Jordi Estrada en un set de TV 3, Televisión de Catalunya. Fue Estrada quien le presentó a Mitchum, recién llegado de Los Ángeles para una producción especial. Entre los materiales destinados a la escenografía había varios posters de *Adiós Muñeca*. Eugenio tomó uno y pidió que se lo dedicara. Mitchum estampó su firma y propuso beber algo en el bar. Por un instante, Eugenio pensó que Mitchum podría pedir un vaso de leche fría; si llegara a pasar eso, el héroe se le derrumbaría sin remedio. No hubo ningún derrumbe: Mitchum pidió un whisky doble y desde entonces Eugenio guarda ese poster

que solo dice To Eugenio, y debajo la firma de Mitchum: entre duros sobran las palabras.

Benavides aún duda si esta historia es cierta o si solo es un invento de Eugenio. Poco importa que sea o no cierta. El poster es real, como lo es el vino y la tabla de quesos que ahora están sobre la mesa. Eugenio los corta fiel a las instrucciones que en 1423 Enrique de Villena apuntara en su libro *Arte Cisoria*: el manchego y el provolone en láminas triangulares; el roquefort, el brie y el camembert, en porciones igualmente triangulares. Sobre un gran plato descansan las fetas de jamón serrano; junto a la tabla las tajadas de pan negro y de pan de campo; en otro plato, el pastrón y en un bandeja los pepinos agrídulces que trajo Benavides.

—De modo que Di Salvo no aparece por los sitios que solía frecuentar —dice Eugenio.

—No está en su casa y tampoco en la redacción; se borró —confirma Benavides.

—Suelen borrarse cuando borran a otros —dice Eugenio—, habría que ver por qué te borraron.

—¿Por qué me borraron?, por mis notas, está muy claro.

Eugenio bebe algo de vino.

—¿Por tus notas?

—¿Es tan difícil de ver? Por el asesinato de Juan Ignacio, por el asesinato de Paula —enumera Benavides.

—¿Asesinato? Tal vez él te lo resuelve —dice Eugenio y señala el poster de Robert Mitchum.

A Benavides no parece preocuparle la broma, termina de comer un trozo de brie y dice:

—El problema es que no hay nada que resolver, ya está resuelto: me sacan del medio porque abrí la Caja de Pandora.

—El problema —dice Eugenio— es que estás escribiendo la historia según tu conveniencia. Decidiste que a ese chico lo mataron y después decidiste que a tu ocasional novia también

la mataron. No tenés una sola prueba, pero insistís e insistís, por aquello de que tanto va el cántaro a la fuente...

—Que al final se rompe —interrumpe Benavides— ¿Por qué me despidieron?

—Porque es lo que se viene haciendo desde que los seres humanos venden su fuerza de trabajo. Economía de la Empresa, podrían decir. Antes te dejaban en la calle sin pagarte un mango. Ahora son magnánimos, ¡oh, las luchas obreras! Vos no te podés quejar, supongo que te habrán dado un buen toco.

—No me quejo, pero no me echaron por razones económicas: quieren sacarme del medio.

—El papel de héroe no te calza —dice Eugenio—. Tendrás que buscar trabajo. ¿Por qué no probás como publicista? Mentís tanto como en periodismo, pero con menos problemas.

Benavides dice que es una posibilidad digna de tenerse en cuenta. Promete que desde mañana comenzará a echar líneas, aunque sabe que se trata de una falsa promesa: mañana continuará buscando a Di Salvo. Pero eso será mañana, ahora bebe hasta vaciar la copa y pide a Eugenio que le vuelva a servir: el cabernet está de primera y los quesos y fiambres le hacen digna compañía. Gocemos del momento.

34. El último pistolero

Tal vez Eugenio tenga razón y va siendo hora de cambiar de oficio. Sus días como periodista comienzan a ser parte del pasado. Si aceptase el consejo de Eugenio, a Benavides dejarían de preocuparle las desavenencias conyugales de Susana, la diva, y Huberto, el polista, y no le importaría en absoluto el modo en que cuida sus piernas María Julia, la superministra. A partir de ahora, tendría que interesarse por la manera más eficaz de vender esta crema antiarrugas o aquel dentífrico que elimina el sarro y deja los dientes más blancos. No se ve redactando avisos y menos aun pensando campañas. No es cosa de tirar todo por la borda: Raúl Benavides, ese joven ambicioso oriundo de Lobos, se había convertido en un periodista estrella. El tío Bernie y Susana Giménez lo invitaron a sus programas y aún se sabe mirado por los otros; en muchos casos, admirado. Un despido injusto no debe desalentarlo, muchos grandes hombres de prensa pasaron por situaciones parecidas y hoy son verdaderos íconos del periodismo. Lo echaron del trabajo, es cierto, pero también es cierto que nuevas revistas se disputarán a quien denunció un asunto tan complejo como la muerte de Juan Ignacio Aráoz.

Un periodista que no vacila en jugar hasta la última carta, aun sabiendo que esa apuesta lo puede dejar en la calle. ¿Es esa la causa del despido? Di Salvo puede darle la respuesta, pero parece haberse borrado de esta historia. Por esa razón, desde hace un buen rato Benavides anda merodeando por los alrededores de El Impasible: es la hora del almuerzo y seguramente Di Salvo vendrá a comer. Piensa encararlo antes de que entre. Tal vez incluso terminen comiendo juntos y así, entre plato y plato, Benavides por fin conozca la razón del despido.

Lo que parecía una perfecta estrategia, amenaza con transformarse en un fracaso: Di Salvo no vino. O tal vez llegó antes y ya esté comiendo. Benavides entra en El Impasible y observa con disimulo cada una de las mesas ocupadas. Algo parecido a lo que hacía el viejo John Wayne en *El último pistolero*. Di Salvo no está en ninguna de esas mesas. Busca al mozo y le pregunta si lo vio.

—¿Al hombre de la pipa? —dice el mozo—. Hace mucho que no viene por aquí.

—¿Dónde estará? —pregunta Benavides.

—Si no lo sabe usted que es su amigo... —dice el mozo.

Benavides aprueba con un gesto, que en nada se parece al de John Wayne, y se dirige hacia los baños. Entre la puerta del de Damas y la puerta del de Caballeros hay un teléfono público. Di Salvo aseguraba que lo habían puesto ahí para que las llamadas fuesen más cortas. Ahora Benavides lo llama por ese teléfono, le dirá que está en el sitio donde solían ir a comer. A veces estas situaciones, tan de película, se hacen reales. Esta es una de esas veces: acaba de oír «¿quién habla?». Es la voz de Di Salvo. Esa voz y esa pregunta le suenan de maravilla a Benavides.

—Soy yo —dice—, estoy en El Impasible.

Di Salvo ni corta ni se muestra sorprendido, incluso parece alegrarse.

—¡Qué bueno! —dice—, pero estoy cargado de laburo, cierre, vos me entendés.

—No es necesario que vengas, solo quiero saber qué pasó.

Di Salvo seguramente esperaba esa pregunta, porque de inmediato responde:

—Ni yo lo sé. El Muñeco me llamó y dijo que ya no contaba con vos. Sabés cómo es el Muñeco.

—Sé cómo es, pero le habrás preguntado por qué no contaba conmigo.

—Se lo pregunté. Dijo que después me lo iba a explicar.

—Y todavía no te lo explicó.

—Todavía no me le explicó —repite Di Salvo.

—No es necesario que te lo explique —dice Benavides—: fue por el crimen de Juan Ignacio Aráoz.

—¿El crimen? ¿Todavía jorobás con que fue un crimen? Inventaste las fotos, ¿qué pensás inventar ahora?

Benavides se dispone a decirle que más allá de las falsas fotos, él tiene pruebas verdaderas que demuestran que se trató de un crimen. No uno sino dos, porque también mataron a Paula Grimaldi, pero solo pregunta:

—¿Entonces por qué me rajan?

—Repito —dice Di Salvo—, el Muñeco prometió decírmelo, pero todavía no me lo dijo. Viste cómo son las promesas del Muñeco.

—¿Qué pasa con el asunto Juan Ignacio?

—En *Impacto* de mañana saldrá una aclaración.

—¿Una aclaración?

—Sí —dice Di Salvo y parece vacilar—, una explicación de por qué terminamos con esas notas.

—¿Y por qué terminan?

—Ya lo vas a leer mañana. Sabés cómo es esto, cuando las cosas se acaban, se acaban.

—Y se acabaron —dice Benavides, con cierto tono resignado.

—Se acabaron —confirma Di Salvo—, pero no te calientes: hay trabajo de sobra.

—No me caliente, seguramente me dedique a la publicidad.

—¡Gran idea! —dice Di Salvo, entusiasmado— Se labura menos y se gana más.

Parecen palabras de Eugenio. A Benavides le molesta esa coincidencia. Ahora Di Salvo grita «ya voy, ya voy» y antes de que Benavides pueda decirle que lo de la publicidad aún no está decidido, avisa que lo llaman de diseño; se queja de estos putos cierres, pregunta a ver cuándo nos vemos y promete que lo llamará en diez o quince días. Podemos comer algo juntos, dice y corta. Benavides se queda con el auricular en la mano.

En *El último pistolero* John Wayne se apoya en la barra del bar. Por el trasluz de una botella advierte que lo atacarán, salta por encima de la barra y desde ahí, con su revólver, aparentemente un Colt 45, elimina a sus enemigos, uno a uno; luego se pone de pie. Tiene un par de heridas en el hombro izquierdo, pero no son de importancia. El triunfo parece estar de su lado. Sin embargo, no es así: el dueño del bar alza un fusil, aparentemente un Winchester 1873, y desde atrás realiza un disparo traperero. John Wayne cae muerto; en su mano derecha sostiene el revólver. Benavides en la mano derecha sostiene el auricular del teléfono, pero sigue vivo. Cuelga y se dirige hacia la salida. El mozo lo espera en la puerta.

—Hicimos un guiso de lentejas que está de rechupete —dice.

Benavides se excusa, dice que justamente hoy tiene mil cosas para hacer. En realidad, no tiene nada que hacer, salvo esperar la salida de *Impacto*. Hace unos minutos, Di Salvo le anticipó que publicarían una aclaración. Así dijo: aclaración, aunque de inmediato cambió por explicación. ¿Qué aclararán o que explicarán? ¿Hablarán de él o lo ignorarán por completo? ¿Será una larga nota o apenas un recuadro ubicado

en página par? Durante todo el día, Benavides repite estas preguntas y busca diferentes respuestas, aunque sabe que la definitiva recién la tendrá mañana, cuando *Impacto* por fin esté en los quioscos. Con cuatro sándwiches de miga y una cerveza Guinness, resuelve su cena, luego ve *La Reina Africana*, por la que Bogart en 1951 obtuvo el Óscar como mejor actor, el único que conquistó a lo largo de su carrera. Benavides recuerda que ese fue el tema de una de las primeras notas que escribió, sonrío y un rato después se queda dormido, con el televisor encendido.

Un martillo, golpeando sin descanso, una y otra vez, indica que en algún lugar del edificio están haciendo obras. Benavides primero oye los golpes, luego abre los ojos. En la pantalla de la TV una mujer parece discutir con otra. Benavides mira la hora, aprieta una tecla del control remoto y pone fin a la discusión. Seguramente el reparto llegará al quiosco poco después de las once. Tiene tiempo de darse un baño y desayunar. Cuando sale de la ducha decide que el desayuno lo tomará en el bar. Se viste lentamente y con la misma lentitud se dirige al quiosco. Advierte que *Impacto* ya llegó y en esta oportunidad no le preocupa que lo sorprendan comprándola. No bien el quiosquero se la entrega, la dobla dándole la forma de un tubo. Cuando era chico le gustaban los caleidoscopios; no alcanzaba a comprender por qué con solo colocar un ojo en esta punta podían verse figuras extrañas y miles de colores en la otra. Sabe que lo que lleva en la mano no es un caleidoscopio; ambas puntas están abiertas y a Benavides lo único que le importa es lo que está en su interior.

Elige la misma mesa que ocupó el jueves pasado, pide un café con leche con medialunas y se dispone a abrir la revista. Va a la página 3 y ahí mismo, donde esperaba encontrar el sumario, se topa con una nota editorial. «La Gran Estafa», lleva por título y está firmada por Joaquín Santángelo. En su

doble condición de director de *Impacto* y de principal accionista de la editorial, Santángelo escribe: «La verdad, solo la verdad y únicamente la verdad, fue, es y será la consigna de esta revista. Por eso y en nombre de esa verdad, debo confesar que no estamos contentos con nosotros mismos: por las páginas de *Impacto* difundimos una vergonzosa mentira pergeñada por un periodista que mancilló el sagrado ejercicio de la profesión. A lo largo de seis semanas brindamos una serie de notas que, supusimos, eran el fruto de una severa investigación. El autor de esa ignominia fue un hombre de la casa a quien creímos cultor del periodismo puro. A veces el traidor se esconde en la propia familia: Judas fue uno de los discípulos de Jesús. Así, ese individuo al que me resisto a llamar periodista, mediante oscuras artimañas ultrajó a esta revista y a esta editorial. Se aprovechó de la buena fe de sus compañeros y de sus jefes y, vaya a saberse por qué oscuros propósitos tejió una historia terrible y falsa. Para dar crédito a su falsedad, no dudó en deshonar la memoria de un infortunado muchacho y de poner en tela de juicio el buen nombre y honor de una madre que llora desconsolada la pérdida de su hijo. No satisfecho con esa cadena de maldad, tiñó de sospechas el prestigio de una institución social y cultural que es orgullo de la sociedad porteña. Los hombres probos que integran la comisión directiva de esa institución, políticos y empresarios de conducta intachable, también se vieron manchados por esa infame pluma».

Benavides se pregunta a qué altura del texto aparecerá su nombre. Tal vez Santángelo resolvió dejarlo en el anonimato y que cada lector se ocupe de descubrirlo. No es necesario ser Sherlock Holmes para solucionar el enigma. Aunque generoso para con sus lectores, Joaquín Santángelo decide ahorrarles ese trabajo. Es hora de que todos conozcan el nombre del impostor: Raúl Benavides aparece escrito en negrita. Ese

tal Benavides habló de fotos comprometedoras que resultaron ser falsas, dijo haber recibido mensajes de amenaza, que también resultaron falsos. Ambas cosas pretendían avalar una mentira que, por fortuna, tuvo patas cortas. Ni bien descubrieron el engaño, los directivos de *Impacto* no vacilaron en expulsar al periodista impostor. Solo queda pedir disculpas por este mal momento y seguir informando con la verdad. Esa verdad que *Impacto* postulara desde su primer número y que continuará defendiendo contra viento y marea como adalid del periodismo independiente. Pura prosa de Santángelo, aunque por ciertas palabras y giros típicos de Di Salvo quedaba claro que él lo había ayudado en la tarea.

Benavides llama al mozo, paga, dobla la revista, la coloca en un bolsillo de su saco y se marcha; sabe que no le esperan días de vino y rosas. El viernes la revista *Cosas y Cositas*, del grupo Santángelo, publica una superproducción con una gran foto de Susana Gonçalves, junto al doctor Gancedo. El epígrafe destaca la valentía de esa madre y la perseverancia de su abogado. Los diarios del sábado hablan de la víspera de la Fiesta Patria y en general coinciden en que este 25 de mayo no tiene el entusiasmo de otros tiempos. *Crónica* reproduce la foto de Juan Ignacio Aráoz, su cara angelical con algo de Botticelli y la ominosa mancha de sangre junto a la cara. Anuncia que el caso está resuelto y afirma que Raúl Benavides es un acabado ejemplo del peor periodismo amarillo. El lunes, Bernardo Neustadt le dedica unos minutos. «No tengo amigos en la profesión —recuerda— y eso me ha lastimado mucho, pero ante malvivientes como Raúl Benavides, quien alguna vez estuvo en nuestro programa, me alegro de no tener amigos en la profesión». El martes la revista *Informaciones*, también del grupo Santángelo, habla de la noble actitud de Joaquín Santángelo, quien en nombre de la ética periodística no dudó en separar de su equipo a esa manzana podrida que,

vale la pena repetirlo, en esta profesión que nos honra suele ser la excepción, no la regla. La nota está ilustrada con una gran foto, en la que puede verse a Santángelo rodeado por su plana mayor. Di Salvo está en la foto. Eso es lo que más le molesta a Benavides. Decide que mañana irá a ver a Fagot.

35. El hombre que sabía demasiado

Fiel a su promesa, Benavides se dirige al Club. Decide ir caminando. Aún le faltan una buena cantidad de cuadras; sin embargo, no apura el paso: va como si contara con todo el tiempo del mundo y como si nada le preocupase. Esto no es del todo cierto. Le sobra tiempo, efectivamente, pero hay varias cosas que le preocupan. Ayer era un periodista estrella, hoy es un acabado ejemplo de periodista amarillo: lo consideran la manzana podrida dispuesta a pudrir a las buenas y puras manzanas del resto del cajón. Su ascenso fue gracias a Juan Ignacio Aráoz; su caída también. ¿Quiénes quieren tapar la muerte de ese chico? ¿Por qué quieren taparla? No tiene respuestas para esas preguntas. Tal vez Fagot pueda responderlas. Por eso va en su busca, con la esperanza de oír esas respuestas. Un dicho popular sostiene que la esperanza es lo último que se pierde. Benavides tarda poco tiempo en perderla: cuando está a tres cuadras del Club, decide que Fagot no le dirá nada importante. Sin embargo, camina más rápido, como si tuviera necesidad de llegar cuanto antes al fracaso.

«Fagot», le dice Benavides al empleado de la recepción y repite: «Leandro Fagot», como si eso le diese más energía al pedido. El empleado levanta el auricular y murmura algunas palabras que Benavides no alcanza a oír. Ahora se le ocurre que tal vez Fagot no está, por lo que él habría hecho una caminata inútil. Escucha una voz, el tono de una voz, y recupera la esperanza. Gira la cabeza y lo ve venir en compañía de un hombre. Fagot usa un jogging azul. El hombre que lo acompaña, que bien podría ser el CEO de una multinacional, un traje oscuro. Fagot y el hombre de traje oscuro se separan con un saludo formal, que no parece afectuoso. Fagot se acerca a Benavides.

—¡Qué sorpresa! —dice y le palmea el brazo izquierdo.

—¿Sorpresa?

—Pensé que no lo iba a ver más, que nunca más aparecería. El caso ya está resuelto, como dicen en las noticias de policía, y usted se quedó en la calle. Leí la despedida que le hicieron en *Impacto*. ¿Es cierto lo que cuentan?

—Usted sabe que no es cierto.

—Yo solo sé que no sé nada —dice Fagot, sonriendo—
¡Qué personaje, Sócrates! ¿Lo habrá dicho o será otro cuento de Platón?

Benavides no ha ido para hablar de los griegos.

—Para el mundo el caso está resuelto: Juan Ignacio Aráoz murió como consecuencia de un desdichado accidente y Paula Grimaldi murió porque tuvo la mala idea de embucharse un frasco entero de barbitúricos. ¿Será posible que usted me cuente la historia verdadera?

Fagot sonríe, como si desde siempre hubiera aguardado esa pregunta.

—Lo invito a un café —dice y sin esperar respuesta lo conduce hacia el bar.

Benavides conoce el camino. En cuanto entran al patio tiene la fantasía de que va a encontrarse otra vez con los hom-

bres que discutían. No los encuentra, pero sí está el hombre solo, sentado en la misma banqueta en la que lo había visto el miércoles pasado; se le ocurre que en la misma posición.

Cuando salen del patio, Benavides repite:

—¿Será posible que usted me cuente la historia verdadera?

—Todas las historias son verdaderas —dice Fagot—, depende de quién las cuente y de quién las lea.

Ni bien entran en el bar, Fagot se dirige al mozo y por señas le pide dos cafés. De pronto se detiene, gira la cabeza hacia Benavides y pregunta:

—Tal vez usted quiere algo más fuerte.

Sin comprender por qué, Benavides piensa que en ese momento debería beber caña quemada Legui. Le resulta una idea absurda, por lo que se limita a decir que no, que está bien, que tomará un café.

—Así que usted quiere una historia verdadera —dice Fagot cuando se sientan.

—No pido mucho —dice Benavides.

—No pide nada —dice Fagot—. ¿Sabe usted qué son las bolaceras?

Benavides dice que no, que nunca ha oído esa palabra.

—Debería saberlo usted que es periodista, o lo era —dice Fagot—. A la hora del descanso o de comer el asado, los peones del campo se entretienen con historias de aparecidos. Hay que oírlos. Hablan del chancho encadenado que surge de la nada y destroza lo que encuentra a su paso, ya sean animales o criaturas humanas; hablan del fantasma de Encarnación, degollada por su marido celoso. La infeliz está condenada a presentarse las noches de cuarto menguante, llega con las ropas cubiertas de sangre y portando en la mano izquierda su cabeza cortada. Así pasan las horas muertas los peones, cada cual a su turno cuenta una mentira mayor. Es un contrapunto, gana el que consigue hacer cierta, aunque sea por algunos

minutos, la mentira que está contando. Ahora que sabe lo que son las bolaceras. ¿Le gustaría escuchar una?

Benavides descubre que no era del todo absurda su idea de beber caña quemada: ¿qué mejor que una caña quemada para escuchar historias de aparecidos? Pero él pensó en la caña quemada antes de saber qué historia le iban a contar. Esa oscura coincidencia lo intranquiliza.

—Sí, quiero escuchar una —dice—, pero sin brujas ni almas en pena. Usted me entiende.

—Lo entiendo —asegura Fagot—. Esta historia es de ahora y de aquí, con un personaje de ahora y de aquí. Se trata de un hombre que trabaja para un grupo poderoso. Los mejores abogados del país atienden los asuntos jurídicos de ese grupo. Pero a veces hay temas que deben resolverse por otras vías. Entonces los abogados dan un paso al costado y dejan la cuestión en manos del hombre de nuestra historia. Saben que realiza sus tareas sin alboroto, con exactitud y calidad. Cierta vez, por un descuido o porque alguien se fue de boca, nuestro hombre cae preso. Le aplican una condena larga; sin embargo, no dice una sola palabra. El grupo poderoso sabe gratificar esa reserva: mueve los hilos suficientes para que el hombre pase de la Unidad 5 de Caseros a un confortable y exclusivo Club Social, propiedad del grupo poderoso. Es un cambio favorable. Tiene una sola traba: no puede salir a la calle. Es preciso que permanezca oculto a los ojos del mundo.

Benavides busca en vano un cigarrillo y una vez más lamenta haber dejado de fumar: ahora necesita un poco de humo, algo que lo desvíe de esta historia que le están contando. Un relato que él no debería escuchar.

—¿Ese hombre se llama Fagot? —pregunta.

—¿Qué interesa cómo se llama? —dice Fagot—. Solo es una historia, una de esas bolaceras que se cuentan para pasar el rato. ¿Sigo?

Benavides afirma moviendo apenas la cabeza.

—Al hombre no le queda otro remedio que adaptarse a su nueva vida. Aunque en el Club siempre hay algo para hacer, sobran los ratos libres. El hombre toma el hábito de la lectura, desde novelitas policiales hasta gruesos libros de historia. De noche en noche algunas chicas vienen a visitarlo. Son punitas jóvenes que ponen buena voluntad en sus labores.

—¿Nunca más sale a la calle? —pregunta Benavides.

—No exageremos —dice Fagot—, sigue siendo el mejor. Cuando la gente del Club necesita realizar una faena en serio, recurre a él.

—¿Faena en serio? —pregunta Benavides— ¿Por qué me cuenta esto, Fagot?

—Porque usted me lo pidió. Pero no se asuste, le veo cara de asustado. Se trata de un cuento para pasar el rato, no va más allá de eso. ¿Sigo?

Ahora es el momento de afirmar que no hace falta, que ya es suficiente. Benavides sabe que tiene que decir eso, levantarse e irse. Pero a media voz dice:

—Lo escucho, Fagot.

—La Comisión Directiva del Club decide ceder sus instalaciones deportivas a dos o tres colegios. Y así, de un día para otro, el Club se llena de chicos. ¡Dejad que los niños vengan a mí! Pendejos de diez, once, doce, trece hasta quince años, corriendo y gritando. Usted sabe el quilombo que hacen los chicos cuando se juntan. A los miembros de la Comisión Directiva no parece importarles ese quilombo. Tal vez sienten que están haciendo una obra de bien. El alma humana es muy compleja. Hay chicos que participan porque les gustan esas cosas; otros lo hacen por ambición.

—¿Qué cosas? —pregunta Benavides.

—¿Usted me lo pregunta? Las cosas que dio a entender en su revista —dice Fagot—. Pero esa fue su historia, su

bolacera. Yo sigo con la mía. Algunos miembros de la Comisión Directiva se interesan por esas criaturas. Hacen un prolijo trabajo de selección. No es fácil determinar quiénes serán materia dispuesta. Hay que desechar a los que solo se interesan por curiosidad y a los que podrían hablar más de la cuenta. Finalmente se quedan con cinco chicos.

—Unos lo hacen porque les gusta, otros por ambición. ¿De qué ambición habla?

—De la ambición por entrar en el mundo de los señores poderosos. ¿También le tengo que explicar el comportamiento de las putas? Esos pibes son iguales que las putas: ofrecen los cuerpiitos a cambio de regalos.

—¿Los señores poderosos integran la Comisión Directiva?

—Qué agudeza la suya, Benavides —dice Fagot—. Algunos de esos señores poderosos son miembros de la Comisión Directiva.

—¿Quiénes forman esa Comisión? —pregunta Benavides.

—No puede con su curiosidad periodística —sonríe Fagot—. Creo haberle dicho que se trata de personajes importantes, muy importantes. Empresarios, políticos, altos funcionarios del gobierno, sacerdotes. Gente de bien.

—Nombres —se aventura Benavides.

Fagot ríe. Una carcajada que parece franca.

—Elija los que prefiera —dice—. La historia se puede modificar a gusto de quien la cuente y de quien la oiga.

Somos lo que leemos, piensa Benavides, e insiste:

—No me haga elegir a mí. Solo deme unos nombres.

Fagot gira la vista hacia una de las claraboyas del bar.

—Se hizo de noche —dice—, y tengo una cita imposter-gable. Venga mañana y le termino el cuento. ¿Recuerda lo que dije de la bolacera? Gana el que sabe mantener la mentira por más tiempo. Por lo que veo, voy ganando. Venga mañana. Total, tanto usted como yo no tenemos nada que hacer.

En eso no miente. Benavides promete que volverá mañana. Dice que quiere saber cómo acaba esta historia. Fagot asiente y lo acompaña hasta la salida. Benavides piensa que lo hará irse por la puerta de servicio. Pero se equivoca: Fagot lo lleva hasta la puerta grande. Dice que mañana lo espera y después se pierde por el corredor.

36. Crímenes y pecados

Benavides cuenta, aunque bien podría decirse que interpreta, su charla con Fagot. Hace los gestos que considera adecuados para cada momento de su relato y construye pausas que, supone, le pueden brindar cierta dosis de suspenso. Así, palabra a palabra y gesto a gesto, reconstruye todo lo que habló con Fagot. Aunque, si hemos de ser honestos, habría que escribir: todo lo que escuchó de Fagot. Porque, como suele decirse, fue él quien llevó la voz cantante. Ahora esa voz la lleva Benavides. Su interlocutor es Eugenio. No están en un bar sino en su loft. Benavides le dijo que tenía algo importante que contarle. Eugenio propuso que se encontraran en su casa y en este momento Benavides advierte que si bien Eugenio lo escucha atentamente, no parece preocuparse por lo que está escuchando: su cara continúa inmutable. Benavides acaba de ofrecerle el perfil de un posible asesino profesional, comúnmente llamado «killer», y a Eugenio no se le movió un pelo.

—Es un mitómano —asegura—. ¿Cuándo lo vas a entender?

—Te conté lo que él me contó —dice Benavides.

—El intendente, mayordomo, administrador, o como carajo lo llamen, ¿en sus ratos libres se transforma en un asesino profesional? Doctor Jekyll y Míster Hyde en un Club Social. ¿Hay que creer eso? Es mucho, Raúl.

Benavides no se inmuta.

—Mañana tengo que verlo —dice—. Iba a pedirte que me acompañes.

—¡Buenísimo! —se entusiasma Eugenio—. Así voy a conocer a tu famoso killer.

—No. No lo vas a conocer —dice Benavides—. Vos me esperarás en un bar, a media cuadra.

—¿Y en razón de qué voy a tenerte la vela?

—De mi garantía: si en una hora no vuelvo, entrás en el Club y preguntás por mí.

A Eugenio le encanta la idea. Dice que es digna de una película de terror clase B y propone ir a comer.

—Esperemos que no sea tu última cena —dice mientras se pone de pie.

—No jodas, Eugenio.

—No pretendas que me lo tome en serio. Pero tranquilo, no te voy a largar solo. ¿A qué hora vas a ir?

—Seis y media, siete, no más de eso —dice Benavides.

Ahora están en la calle, van hacia un restaurant que Eugenio quiere conocer.

—Siempre tiene casi todas las mesas ocupadas —dice—. Se come bien o es barato. Cualquiera de las dos ofertas es tentadora. Probemos.

Durante la comida, como invariablemente sucede, hablan de comidas. Cuando llegan los postres, Benavides reconoce que no fue una mala elección. Acompaña a Eugenio hasta su casa y decide ir caminando hasta la de él. Es una noche fresca y hay muy poca gente en la calle. Casi todo el tiempo piensa en Fagot, en lo que va a decirle a Fagot. Arma y desarma relatos, pero ninguno

lo convence. Mañana, a partir de las siete de la tarde tendrá la verdadera historia; si es que Fagot decide contársela.

Benavides se encuentra con Eugenio un poco antes de las seis. Propone caminar un poco, dice que les sobra tiempo y cuando se cansen pueden tomar un taxi. Se cansan en mitad de la sexta cuadra. El taxi los deja a la vuelta del Club. Van hasta el bar donde Eugenio esperará Benavides y desde donde, en caso de no volver, saldrá a rescatarlo. Todo tiene el aspecto de un ajustado operativo de inteligencia. Solo falta que sincronicen los relojes.

—Llego al Club a las seis y media —dice Benavides—. Si a las siete y media, ocho menos cuarto, a más tardar, no volví, venís a buscarme. Entrás y preguntás por Fagot. ¿Está claro?

—Clarísimo —dice Eugenio y abre un libro, *Sectas y sociedades secretas*, de Tomás Baeza, que leerá mientras espera a su amigo.

En tanto, Benavides ya llegó al Club. Acaba de entrar y le sorprende ver a Fagot. ¿Lo está esperando? Él nunca dijo a qué hora llegaría. ¿Alguien le pasó la información? ¿Alguien lo está siguiendo? Si fuera así, también tendrían noticia de Eugenio, sabrían que su amigo se encuentra en el bar, leyendo justamente un libro sobre sociedades secretas. Otra posibilidad es que Fagot hubiese ido a despedir a alguien y por puro azar, cuando el despedido por Fagot salía, Benavides entraba. Acepta esa posibilidad. Fagot se acerca. Lo saluda cordialmente, dice algo referido al final de la historia y lo toma de un brazo. Benavides piensa que irán hacia el bar, pero se equivoca, porque Fagot ahora dice:

—Usted no conoce todas las instalaciones del Club.

Benavides asiente en silencio. Es una invitación lógica: el vigilante orgulloso de las instalaciones que vigila.

—El primer sitio que quiero mostrarle es la Sala de Acuerdos —dice Fagot y prácticamente lo arrastra por una escalera. Suben en silencio hasta el primer piso.

Ahora están en un hall, solitario y ascético. El único mobiliaje es una larga banqueta negra, apoyada contra una de las paredes. Fagot abre una puerta y lo invita a entrar. La habitación contrasta con el ascetismo del hall. Una enorme mesa ovalada domina el lugar. Se encuentra en el centro del cuarto y la rodean una serie de sillas de respaldo alto. En una de las paredes hay una chimenea con leña a medio consumir, lo que significa que está en uso. En un rincón se ve un enorme samovar y de todas las paredes cuelgan cuadros encerrados en marcos ampulosos. Cada uno muestra a un hombre, ya sea mediante un retrato pintado por un pintor desconocido o por medio de una fotografía, tomada por un fotógrafo también desconocido. Por sus ropas, tanto en los cuadros como en las fotos, queda claro que se trata de individuos de diferentes épocas. Antes de que Benavides pregunte, Fagot explica.

—Los alma mater de la Institución —dice y los señala haciendo un semicírculo con el brazo derecho—. Son los que mandaron y mandan en este Club.

Benavides asiente. No cree reconocer a nadie, pero ve que algunos usan uniforme militar, otros tienen sotanas y otros simplemente trajes, oscuros en todos los casos.

—Aquí se toman las decisiones —informa Fagot.

Están los dos de pie, junto a la gran mesa. Benavides no se atreve ni siquiera a tocar alguna de esas sillas, menos aún sentarse.

—En la historia que empecé a contarle ayer —dice Fagot—, la bolacera, ¿recuerda?, hay un Club como este. En una mesa parecida a esta los miembros de la Comisión acuerdan ceder las instalaciones deportivas para los chicos del colegio. ¿Lo puede ver, Benavides? Tiempo después deciden con qué chicos quedarse; en mi historia, digo.

Benavides quiere salir de esta habitación pretenciosa, siente que los personajes de los cuadros y de las fotografías lo miran de mala manera.

—¿Se da cuenta de que hay dos historias? —continúa Fagot—: la suya y la mía. En la suya usted sugiere que en este Club se hacían porquerías. Con esos chicos, digo. Habla de fotos prohibidas y de un montón de cosas más. Todo falso.

—¿Su historia es la verdadera? —pregunta Benavides.

—La mía, ya se lo dije, es una bolacera. Es una gran mentira que nace de otra gran mentira: la suya, Benavides. Por lo tanto, si en su historia hay chicos abusados por mayores, en la mía también los hay.

—¿Aquí?

—Por Dios, Benavides, parece que usted no quiere entender. Este es un sitio sagrado —dice Fagot y señala un enorme crucifijo que cuelga de la pared opuesta—. No aquí. Sígame.

Los dos salen al hall. Fagot lo conduce hacia una cortina que oculta una escalera, corre la cortina y lo invita a subir. En el hall del segundo piso tampoco hay mucho para destacar: se ven cuatro puertas, todas cerradas. Fagot se dirige a una de ellas y la abre. Le hace una seña a Benavides y los dos entran en una habitación escasamente iluminada por un par de focos que parecen salir del piso. Una gran alfombra cubre ese piso. Tres de las cuatro paredes tienen espejos. Algunos cojines y un par de sillones, aparentemente de cuero, completan el decorado.

Fagot hace un gesto amplio con sus brazos, como queriendo cubrir toda la habitación.

—Aquí, en un lugar similar a este —explica—, se hacen las porquerías. En mi relato, digo. No sé en el suyo.

Benavides asienta y murmura algo parecido a puede ser.

—No puede ser un carajo —ríe Fagot—. Aquí aparece una de las fallas de su cuento, Benavides. Usted habla de fotos. Como bien se nota, en este sitio solo se pueden sacar con flash. Sus fotos secretas se van a pique. Un error de su relato, amigo, y no es el único.

A Benavides le preocupa el término «amigo» que acaba de utilizar Fagot. Le suena amenazante.

—¿En su historia cómo sacan las fotos? —pregunta.

—En mi historia no hay fotos.

—¿Entonces por qué matan a Paula y por qué entran en mi departamento?

Fagot ríe.

—Eso pasa en su historia, Benavides. En la mía hay una profesora muerta, la pobre mujer se suicida, y hay un robo en el departamento de un periodista, pero lo cometen unos chorros de cuarta que solo quieren robar.

—¿Qué hacen con los chicos en su historia? —pregunta Benavides en un tono que de pronto le resulta voluptuoso, inadecuado.

Fagot no parece advertirlo, porque solo dice:

—Lo mismo que hacen en la suya: videos pornográficos, whisky, vodka y merca de primera. Nada fuera de lo normal.

De pronto Benavides piensa en los padres de esos chicos: casi no los había mencionado en sus notas de *Impacto*.

—¿Y los padres de los chicos? —pregunta—. ¿No les preocupa que sus hijos lleguen tarde, de noche?

—No sé a qué hora en su historia se encuentran los señores con los chicos. En la que le estoy inventando, se encuentran a la tarde. Recuerde que a las diez de la noche comienza el horario de protección al menor. En mi historia, los padres saben que sus hijos están en un Club prestigioso, aprendiendo cosas que les servirán el día de mañana. Solo hay una madre que sabe lo que realmente pasa, pero es una señora ambiciosa que a cambio de un subsidio generoso decide no ver nada.

—Susana Gonçalves —dice Benavides.

—¿Qué manía tiene con los nombres! —ríe Fagot—. ¿Qué importan los nombres? ¿Hacen más cierta la historia? Es como esos anuncios que leemos al comienzo de algunas

películas o de algunas novelas: «basada en hechos reales». Dígame, ¿en qué cambia que se base en hechos reales lo que vemos o leemos? Reales o no, depende de cómo se cuenten.

—Sí —dice Benavides—, pero mi historia, como la suya, nace a partir de un chico muerto.

—Inevitable —reconoce Fagot—, de otro modo no habría historia.

—Ese chico muere porque se va de boca y es preciso callarlo —dice Benavides y pasa el dorso de su mano por sobre el cuello, con gesto de verdugo.

Fagot ríe con ganas.

—Usted no tiene cura, Benavides. Eso pasa en su historia, en la que les cuenta a sus lectores. Un cuento miserable, digno de esos lectores. La historia que yo invento es una historia de amor.

—¿Una historia de amor?

—Así como lo oye. ¿Usted no cree en el amor? ¿No cree que un señor mayor pueda enamorarse de una criatura? En su relato, usted imagina un sitio como este: espejos, alfombras mullidas, sillones y cojines, muy poca luz. Y fíjese, el sitio realmente existe. No uno sino cuatro. Las otras puertas que vio cerradas llevan a habitaciones idénticas a esta. En mi historia también hay una habitación así. Por un momento, la habitación que inventa usted y la habitación que invento yo pueden ser la misma: un lugar en el que se encuentran tres o cuatro pedófilos y tres o cuatro chicos a los que esos pedófilos pervierten. ¿Me sigue?

Benavides asiente en silencio.

—Aquí es donde su historia y la mía, la que usted inventa y la que yo invento, se separan. En la mía pongo en escena a un pedófilo que va más allá de las fiestas privadas que se hacen en el Club. Este hombre de golpe descubre que está enamorado del chico que es objeto de su placer. Se enamora de esa pequeña bestia obediente, sumisa y cariñosa, y fatalmente comienza

a hacer las idioteces que hacen los enamorados: necesita estar con el chico, lo cela, lo mima, no permite que otros lo toquen. Quiere tenerlo más allá de la hora que pasan en una habitación parecida a esta. Los miembros de la Comisión advierten el peligro: huelen futuros chantajes, temen que las fiestas privadas se conviertan en escándalos públicos. Entonces hablan con el hombre enamorado, intentan hacerlo entrar en razón. No hay caso: el hombre enamorado acepta cualquier cosa menos separarse de su amor; así lo llama: mi amor. Parece un culebrón, es cierto, ¿pero qué historia de amor no lo parece?

Benavides reconoce que es cierto, que casi todas las historias de amor parecen culebrones. Un buen ejemplo es el príncipe de Gales abdicando al trono de Inglaterra por amor a Wallis Simpson.

Fagot niega moviendo la cabeza.

—La historia que le estoy inventando es más trágica —dice—. Se parece a la de otro noble inglés: Eduardo II. El monarca se enamora de Pierre de Gaveston, un joven de la plebe, y comienza a colmarlo de títulos: conde de Cornualles, Señor de la isla de Man. Supongo que sabrá cuál fue el fin de Eduardo II.

Ahora es Benavides quien niega moviendo la cabeza.

—Ni la reina Ana Isabel, ni los grandes de la corte soportan las afrentas del rey enamorado. Expeditivos como son, al joven Pierre le cortan la cabeza. Pero resulta una muerte inútil: Eduardo II no modera sus gustos, hay otros jóvenes en la corte. No queda más que encerrar al rey enamorado en una de las torres del castillo de Berkeley. Ahí le meten hierros candentes por el culo hasta matarlo.

—Y los señores poderosos del Club deciden hacer lo mismo con el hombre enamorado —dice Benavides.

—Nada de eso —dice Fagot—. En mi historia ni siquiera lo piensan. Eduardo II fue uno de los monarcas más blan-

dos de Inglaterra, en cambio el hombre de mi historia es un personaje poderoso. Su muerte habría hecho tambalear a las instituciones.

—¿Quién es ese hombre? —pregunta Benavides.

—Eso queda a su gusto —ríe Fagot—. Elija el que mejor le parezca y póngale la profesión que más le agrade. Tenga en cuenta que el Club que estamos inventando solo acepta a personajes de alcurnia.

A Benavides le preocupa el plural. «Estamos», acaba de decir Fagot. Ya no se trata de dos historias, sino de una sola: la que relata Fagot.

—¿Cómo sigue? —pregunta Benavides.

—Sigue mal, pero esta no es la escenografía adecuada para contar lo que sigue —dice Fagot y pone su brazo derecho sobre el hombro de Benavides. Así, casi fraternalmente abrazados, salen de la habitación.

Están otra vez en el hall del segundo piso. Benavides piensa que ahora bajarán, pero se equivoca: Fagot lo lleva hasta el final del hall, allí hay una escalera. Fagot sube, Benavides va detrás, obediente.

Este tercer piso parece ser una sala de máquinas. Está mal iluminado, solo hay un banquito, sucio de grasa, y dos grandes y viejas ruedas de hierro sujetas a correas de cuero. Benavides imagina que pronto comenzarán a funcionar, incluso cree oír el sonido de los engranajes. Mira el piso y comprueba que hace muchísimo tiempo que no lo limpian: hay polvo y tierra por todas partes. Benavides piensa en ratas, se le ocurre que en cualquier momento se le cruzará una, pero solo ve cucarachas, grandes y negras, que van de aquí para allá, indiferentes a la presencia de esos dos hombres.

—Usted perdone la escenografía —dice Fagot—, pero es la adecuada para este momento de la historia. Tenemos a un hombre enamorado y a un chico objeto de ese amor. El hom-

bre no quiere separarse de ese chico. Hasta imagina que irá con él a una isla paradisíaca. El tema se vuelve peligroso. Es preciso eliminar al objeto de ese amor. Venga, sígame, ya falta poco para llegar al final.

La última escalera es muy angosta y desemboca en la terraza. Aunque habría que decir «en el techo», porque el sitio donde están ahora poco tiene de terraza. Es de noche y el viento no molesta. Se oye el ruido de la calle y se ven luces encendidas en las ventanas de los edificios vecinos. Una luna en cuarto creciente ilumina a Fagot y a Benavides. Están los dos de pie, frente a frente. Benavides tiene miedo, intenta disimularlo, no sabe si lo consigue.

—¿Vio cómo terminan las aventuras de Sherlock Holmes o de Poirot? —dice Fagot—: un gran recinto, generalmente una sala o una biblioteca, en la que se reúnen todos los protagonistas del cuento o de la novela. Ahí Holmes o Poirot ponen las cartas sobre la mesa, revelan quién es el asesino y por qué se cometió ese crimen. Sé que este sitio no se parece a una biblioteca o a una sala suntuosa, pero ponga otro poco de imaginación, Benavides. Aquí mismo comienza todo. Desde allí mismo se cae ese pobre chico. Solo él sabe qué hacía en este techo.

—Y lo encuentran muerto en un patio interior del Club.

—Así pasa en la vida real —confirma Fagot.

—¿Y qué pasa con el chico de su historia? —pregunta Benavides.

—Ese chico también aparece muerto. El chico de la vida real muere como consecuencia de un desdichado accidente. Al chico de mi historia lo matan.

—¿Quién lo mata? —pregunta Benavides.

—¿Eso le parece importante?

Benavides desestima al autor material y al autor intelectual, solo le interesa saber quién es el hombre por el que matan a ese chico. Lo pregunta.

—Elija el que más le guste —dice Fagot—: un empresario, un importante funcionario del gobierno o un alto miembro del clero. A su gusto.

Benavides recuerda a los retratos y a las fotos que había visto en la Sala de Acuerdos. Puede ser cualquiera.

—¿Y qué hace ese hombre cuando muere el chico? —pregunta—. En su historia digo, ¿qué hace?

—A diferencia del rey Eduardo II, entra en razones. Abandona los amores prohibidos y todo vuelve a su cauce normal. Pongamos que ese hombre es un empresario: ahí lo vemos mostrando públicamente el gran amor que siente por su mujer y por sus hijos. ¿Prefiere que ese hombre sea un alto funcionario del gobierno? Ahí lo tenemos dictando normas para el bien del país. ¿O le parece mejor que sea un notorio prelado de la Iglesia? Ahí lo vemos presidiendo fundaciones de caridad. Poco importa quién es, todos van a hacer lo mismo. Lo esencial es olvidar las fiestas, para siempre.

—¿Y la madre del chico? —pregunta Benavides—. Ella fue la primera en cuestionar esa muerte.

—¡La madre del chico! —dice Fagot— ¡Qué personaje! Ella es la misma en la historia real y en la historia inventada. En una y otra todo se jode por un boludo burócrata: ni bien se hace pública la muerte del chico, el celoso funcionario le corta el subsidio a la madre. La mujer reclama y nadie la oye. Entonces no le queda otro camino que asumir el papel de madre desesperada, contrata a un abogado de cuarta y aparecen en cuanto programa de TV los invitan. A pesar del esfuerzo, no consigue nada. Pasan los años y cuando todo vuelve a la normalidad, aparece un periodista hinchapelotas y se arma el gran quilombo. Con la madre no hay problema: una importante suma como anticipo y un subsidio por el resto de su vida bastan para que cambie de postura. La joda es el periodista.

—¿La joda es el periodista? —repite Benavides.

—O era la joda —dice Fagot—, porque en mi historia eso también está controlado.

Lo dice con tono frío, monocorde: un juez pronunciando la sentencia. Benavides no sabe si bajar la vista o, por el contrario, mirarlo fijo a los ojos. A Fagot poco lo inquieta esa mirada. Continúa hablando con el mismo tono. Benavides piensa que ese puede ser un buen lugar para morir, y siente miedo de verdad.

—¿Por qué me cuenta esto? —pregunta.

—Porque usted me lo pidió —dice Fagot—. Pensé que nunca más iba a venir y, sin embargo, vino. ¿A qué vino, Benavides?

Benavides está a punto de decir por «curiosidad de periodista», pero se queda callado.

—Vino a conocer una historia que cerrara con su historia —continúa Fagot—, y yo se la acabo de contar. Al periodista de mi relato el intendente del Club le aconseja que no se meta en esto. Pero el hombre no le hace caso y de puro irresponsable abre la Caja de Pandora. ¿Me entiende? Se entusiasma y sigue y sigue y por culpa de ese entusiasmo muere gente que no debería haber muerto.

—Paula Grimaldi —murmura Benavides.

—Ese nombre es de la historia real. En la historia real esa mujer se suicida —dice Fagot—. En mi historia también muere una profesora. El periodista de mi relato se va a la cama con esa señora y sin imaginarlo le dicta la sentencia de muerte. Después se descubre que fue un error de inteligencia o, si lo prefiere, un daño colateral, como dicen ahora.

—¿Y qué pasa con el periodista de su historia? —arriesga Benavides.

—Nada —dice Fagot—, se queda sin trabajo. El dueño de la revista en la que él publica sus urticantes notas acepta un

monto inferior al que los señores del Club imaginaban; ese tipo tiene vuelo corto.

—¿Y el periodista? ¿Por qué no compran al periodista?

Fagot sonríe.

—Porque ese hombre no está en venta —dice—. Solo se queda sin trabajo. Puede decirse que es un hombre muerto.

—¿Lo matan? —pregunta Benavides.

—No tema —dice Fagot—, a esta altura de mi historia no muere nadie más. Ese periodista, el de mi cuento, me cae bien. Pese a todos los quilombos que hace, me cae bien.

—¿Está vivo solo porque le cae bien?

—No solo por eso, Benavides. Los antiguos mataban al mensajero portador de malas noticias. En mi cuento lo mantienen vivo. Hay que demostrarle al mundo que ese hombre trae un mensaje falso, la muerte lo habría hecho verdadero.

Benavides mira el reloj. Pasó menos de una hora. Eugenio seguirá en el bar, leyendo el libro de sectas y sociedades secretas.

—¿Y ahora qué? —pregunta.

Fagot se acerca a paso lento. Es muchísimo más fuerte que Benavides. Si quisiera podría arrojarlo desde este techo al patio interior, como años antes habrá tirado a Juan Ignacio Aráoz. Pero en la historia de Fagot el periodista no muere. Esto de algún modo tranquiliza a Benavides.

—Ahora lo acompaño hasta la salida —dice Fagot—. Espero que le hayan gustado las instalaciones del Club y la historia que le conté.

Sin decir una palabra, los dos hombres bajan las escaleras. A Benavides no le importan las cucarachas del cuarto de máquinas, casi ni mira las puertas cerradas de las habitaciones en donde se hacían las fiestas, y pasa rápido frente a la puerta del Salón de los Acuerdos. Han llegado a la planta baja. Benavides vuelve a mirar la hora: en cualquier momento aparecerá Eugenio. Se arriesga y pregunta:

—¿Qué pasa, Fagot, si yo escribo su historia?

—La palabra de un periodista desacreditado frente a las voces de gente de bien, ¿a quién le van a creer, Benavides?

—Depende de cómo la escriba.

—No es cuestión de escritura, es cuestión de supervivencia. Me daría pena enterarme de que se suicidó. No tengo ganas de leer qué razones lo llevaron a esa terrible decisión. Imagino un editorial de *Impacto*, firmado por Santángelo y escrito por Di Salvo. No escriba nada, Benavides.

Llegan hasta la puerta. Fagot la abre y señala la calle.

—Fue un gusto —dice y lo invita a salir.

Benavides piensa que ahora Fagot tal vez le dé la mano o incluso un abrazo. Pero no, nada de eso. Simplemente espera a que se vaya y después cierra. Benavides sabe que nunca más volverá a ese Club y nunca más verá a ese hombre. Se dirige hacia el bar y en sentido contrario ve venir a Eugenio.

—El pueblo quiere saber de qué se trata —dice cuando está junto a Benavides.

—Nada importante. Estuvimos tomando un café, pero no dijo nada que valiera la pena. Hablamos, como se dice, de bueyes perdidos.

—¿Y tu idea de escribir algo? —pregunta Eugenio.

—Desechada —dice Benavides—. Hay cosas que no se deben escribir.

Eugenio aprueba en silencio. Ahora ambos caminan lentamente por esa calle húmeda y solitaria. Vistos desde atrás podrían confundirse con Rick Blaine y el capitán Louis Renault en la escena final de *Casablanca*.

22 de diciembre de 2011

Índice

1. Ojos bien cerrados	13
2. Buena Vista Social Club	17
3. Las reglas del juego	22
4. La cena	27
5. Miss Simpatía	33
6. Hable con ella	40
7. La fortaleza escondida	44
8. El club de los suicidas	51
9. Nace una estrella	58
10. Negocios sucios	65
11. Al filo del peligro	71
12. Té para dos	77
13. El silencio de los inocentes	84
14. Viaje al más allá	89
15. En el nombre del padre	96
16. El camino de los sueños	103
17. Network, un mundo implacable	107
18. Saló o los 120 días de Sodoma	114
19. Con la muerte en los talones	124
20. Ciudadano Kane	129

21. Apocalipsis Now	136
22. Blow-up	144
23. Las alas del deseo	150
24. Escrito en el cuerpo	159
25. Amor sin barreras	165
26. Sexo, mentiras y video	171
27. La última cena	179
28. Los invasores	184
29. Muerte en la tarde	190
30. La sombra de una duda	197
31. El juego del miedo	204
32. Días de odio	211
33. Tener y no tener	218
34. El último pistolero	223
35. El hombre que sabía demasiado	231
36. Crímenes y pecados	238

Ojos que no ven
se imprimió en junio de 2024
en los talleres de la Fundación Imprenta de la Cultura
Guarenas, Edo. Miranda, Venezuela.
Son 1.000 ejemplares

• Colección CONTINENTES •

En la sala de redacción de una revista amarillista en la Buenos Aires de la década de los años noventa, el periodista Raúl Benavides se obsesiona con un caso dado por resuelto: un adolescente se suicidó al lanzarse desde lo alto de la azotea del edificio de un aristocrático club, cuyos miembros que ostentan su membresía son ministros e importantes empresarios. Benavides, que en un principio cumple las órdenes de escribir reportajes que eleven las ventas del semanario, pronto es censurado por sus superiores cuando este descubre que entre los intereses comunes de los prestigiosos cófrades se incluye la pedofilia. Es así como Benavides, fiel a sus ideales de justicia, se ve envuelto en una investigación *a motu proprio* que oscila entre una familia disfuncional, una atractiva maestra de Literatura y perspicaces elucubraciones con su amigo, hasta dar con el amenazante cancerbero del enigmático y kafkiano club. Vicente Battista, en una narración trepidante e irónica, nos presenta este emocionante y conmovedor *thriller* policiaco ambientado en el ocaso del menemato, con un lenguaje lleno de imágenes cinematográficas y referencias a grandes películas.

VICENTE BATTISTA (Buenos Aires, 1940), narrador, ha escrito las novelas: *El libro de todos los engaños*, *Siroco*, *Sucesos argentinos*, *Gutiérrez a secas* y *Cuaderno del ausente*; los libros de cuentos: *Los muertos*, *Esta noche reunión en casa*, *Como tanta gente que anda por ahí*, *El final de la calle*, *El mundo de los otros* y *La huella del crimen*; así como tres libros de notas y ensayos: *Antología personal*, *Enlaces y cabos sueltos* y *Walsh 1957*, *Acerca de Operación Masacre*. También ha escrito teatro: *Dos almas que en el mundo*. Entre sus reconocimientos figuran el Premio Casa de las Américas, Fondo Nacional de las Artes, Premio Municipal de Literatura y el Premio Planeta de Argentina.

